

HISTORIA DEL REY CANAMOR Y DEL INFANTE TURIÁN SU HIJO

Transcripción de Elvira Bastan y Ruxandra Stoica
(Máster de Estudios Hispánicos Avanzados de la Universitat de València)



LA HISTORIA DEL REY CANAMOR Y DEL INFANTE TURIÁN SU HIJO Y DE LAS GRANDES AVENTURAS QUE HUVIERON

CON LICENCIA. AÑO DE M. D. LXII.

Aquí comienza la historia del esforçado rey Canamor y de sus grandes hechos de armas, y del infante Turián su hijo

En el reino de Persia había un rey muy noble, justiciero y amado de todos los de su reino, y dezíanle Padamón, e había por muger una noble reina, la qual llamavan Deida, e huvieron un hijo infante, muy cumplido de virtudes y muy valiente cavallero, al qual dezían Canamor. Y este rey, por no haver otro hijo ni hija que sucediese en el reino después de sus días sino este, hízolo criar a muy grandes vicios y poner en él muy grandes guardas para lo defender y amparar de los peligros y tentaciones del mundo. Y este infante pasó assí sus días desta guisa, hasta que hubo edad de quatorze años. Y acaesció un día que hubo de hablar este infante con un escudero del rey su padre de quien él mucho confiava, y díxole:

– Mi buen amigo, ya sabes cómo hasta esta presente hora siempre te amé en el mi corazón más que a hombre de toda la casa de mi señor padre; de aquí adelante mucho más te amaré y partiré contigo de la pobreza que nuestro señor Dios me diere, si dos cosas que te quiero descubrir me sabes guardar y me prometes de no me fallar.

Y el escudero, desde oyó estas palabras al infante, no podía presumir, según su edad, qué podría aquello ser y estava muy maravillado, pero con buena voluntad respondió, y díxole:

– Señor, esta es la primera cosa en que me prováis; si en ella falto me halláredes, no confiéis de mí, más yo vos haré qualquier seguridad que me mandáredes, y de poner mi corazón en vuestra merced y de vos tener lealtad hasta la muerte, que obligado soy de morir todos tiempos por vuestra merced.

Y desde el infante oyó las razones tan buenas del escudero, díxole:

– Mi buen amigo, la razón es esta: ya tú vees como soy en edad en que no devo estar en casa de mi padre. Ca los hijos de los reyes y de los otros grandes señores que son puestos en esta edad en que yo estoy, no deven estar más en casa de sus padres sino en seguir mundo por alcanzar honra y prez. Y pues ahora es mi voluntad de ir a buscar aventura si podré reinar en días de mi padre.

E desde el escudero se lo oyó decir, hubo muy gran plazer, y díxole:

– Señor, ¿este es el secreto que me queríades dezir? Yo lo he a muy buena dicha, y desde aquí pongo de ir con vos y no os dexar ni desamparar en todos los días de mi vida.

Y el infante, desde se lo oyó dezir, hubo gran plazer, y agradecióselo muy mucho, y dixo:

– Mi buen amigo, pues que a ti plaze mi compañía, yo amo la tuya. E hágote saber que me han dicho que el duque don Gordón, que ha desafiado a mi amo el conde Catagán, y han de haver batalla de oy en ocho días. Y por la criança que en mí hizo, querríale ayudar por mi persona, pues no alcanço más ayuda; y para esto querría, si te pluguiesse, que fuésemos como hermanos, que yo juro por la bendición del rey mi señor, si Dios me diere algún bien, de lo partir contigo. Y esto que yo quiero hazer ha de ser a escusa del rey mi padre y de la reina, y de los otros cavalleros, por que no me perturben mi buen propósito.

Desde el infante esto hubo dicho, dixo el escudero:

– Señor, vos ordenad como vos plazerá, que de vuestro mandamiento no passaré.

CAPITULO PRIMERO. – De cómo el infante Canamor se partió de su padre sin se lo dezir y fue a ayudar al conde Catagán, y de cómo mató al duque Gordón.

Desque esto huvo dicho el escudero, tomó el infante armas, las mejores que pudo haver, y tomó dos cavallos muy buenos y dinero lo que huvieron menester. Y todo esto fue hecho en manera que no lo supieron el rey ni la reina, ni los otros cavalleros de la casa que lo amavan mucho, que aunque era moço en los días, era muy discreto y muy sesudo, y ayudava muy bien a su padre a defender el reino, ca este infante era muy largo y esforçado en todas cosas, y muy sesudo cavallero y de mucha ventura. Y desque huvieron menester, partieron en hora buena muy secreto y fuéronse para el campo donde la batalla havía de ser, y entró como cavallero esforçado desconocido, que todos sus hechos quería hazer secretos, y parose a la parte do el conde su amo estava con otros cavalleros atendiendo la batalla. Empero quedose en un valle, cerca do havía de ser la lid, que no quería ser conocido, que todos sus hechos quería hazer encubiertos, por que después, si por ventura la batalla venciesse el conde, no lo detuviesse, que quería ir a buscar aventuras. E desque vido la lid buelta el infante Canamor, entró dentro en medio de la batalla como esforçado cavallero, e dexó a su escudero en el valle. Y el infante peleava tan bravamente contra los del duque don Gordón, por su amo el conde Catagán que le havía criado, que lo amava mucho, que era gran maravilla.

E allí fue la batalla muy fuerte y muy cruel, e duró mucho; pero mucho más durara si les diera lugar Canamor, que en tal guisa los hería con el espada, que no havía ay hombre que rescibiesse un golpe que quisiesse atender otro, y quantos en el lid havía todos tenían ojo en Canamor, los unos por se guardar y otros por le herir o matar, que nunca en aquella tierra havían visto cavallero que tanto hiziesse en armas, porque ellos no le podían durar. Y salió de la batalla el duque Gordón con un poco compañía de cavalleros que ivan ya huyendo; y el infante Canamor siguióle, ca le conoció, y pugnó de le alcançar, e alcançole ante que saliesse del valle, y diole con la espada un gran golpe por encima del yelmo que le hizo perder la vista de los ojos, e cayó del cavallo en tierra muerto, en manera que ninguna fuerça no sintió en sí, y allí llegaron los del conde y lo tomaron.

CAP. II. – De cómo el infante Canamor se partió de la batalla, y de cómo el conde Cartagán fue en pos dél y cómo le conocieron.

Desque la lid fue vencida, que ninguno ya no se defendía, saliose de entre aquella compañía por el valle arriba, do estava su escudero atendiendo, que nunca los ojos del partía, y llegó a él y diole el yelmo que le llevasse. E ívale Canamor contando lo que le havía acaescido en la batalla y de la buena andança que havía havido el conde Catagán y sus compañías. E desque el conde Catagán llegó a aquel lugar donde los suyos tenían al duque, preguntoles qué se hiziera aquel buen cavallero que derribara al duque Gordón y venciera la batalla, y dixo un cavallero que viera ir por el valle arriba a dos cavalleros. E dixo el conde Catagán:

– Creed por cierto que él es, y sin ventura soy si no tengo de saber quién es este cavallero que tan buena ayuda nos ha hecho.

Y entonces preguntó al cavallero que por dó ivan, y mostróselos. Y el conde montó con siete cavalleros a ir en pos dél, y dixo a los que quedavan en el campo que guardassen bien al duque y las armas y joyas y cavallos de los vencidos; y alcançó a Canamor, y díxole:

– Cavallero, yo os ruego por la bondad que Dios en vos puso, que me queráis atender un poco y dezirvos he dos palabras.

Y Canamor, desde que vido que él no podía hazer, atendiole, y dixo el conde:

– Yo vos ruego, cavallero, que queráis bolver a holgar conmigo y que me queráis dezir quién sois. Ca bien sé que por lo que ahora vi, que sois el mejor cavallero que nunca en toda esta tierra huvo. E bien creo que devriades estar cansado de los golpes que vos distes y de los que vos han dado. Y bien creo que para toda mi vida huviera lástima en el corazón si no supiera quién érades.

Y entonces desarmó el yelmo y el almofar, y vídole descubierto y dixole:

– Pues me preguntáis quién soy, dezírvoslo quiero, aunque se me haga grave de lo dezir. Sabed que soy Canamor, vuestro criado, que oý dezir de la priessa en que estávades y, por criança que en mí hezistes, yo soy venido a vos ayudar.

Y quando el conde aquello oyó y lo conosció, tan gran plazer huvo que no le pudo hablar, y díxole:

– ¡Ay, el mi criado y mi señor, que en buen día hize la vuestra criança! Que más me plaze con vuestra buena cavallería que con quantas cosa ay en el mundo.

Y llorava con el gran gozo que havia con él, dando muchas gracias a Dios por que tan gran honra rescibiera por su criado que criara, y díxole:

– Señor, bien me plaze que assí me acorristes en la priessa en que estava; siempre vos acorra Dios y la bendición del rey vuestro padre en todos vuestros hechos: que el que buen comienço vos dio, él vos dará buen fin. Entonces le tomó Catagan por las riendas, y dixo:

– Mi señor, vos havéis de ir conmigo, que no vos dexaré.

E dixo Canamor:

– Plázeme de muy buenamente, que sabed que llevaredes con vos a quien vos ama de corazón.

Y assí hablando llegaron al campo do estaban los otros cavalleros. Y quando los de la tierra supieron que era aquel el infante Canamor, por quien tanta honra habían recibido, huvieron muy gran plazer. Y entonces se fueron el conde y los suyos a una su villa, y llevó consigo a Canamor. E assí moró Canamor cinco días muy vicioso y muy honrado, ca no lo pudo el conde allí más detener. Y quando passaron por el campo, tomaron el despojo de los vencidos, y muchas joyas y armas y cavallos. Ca la mejoría de la batalla todos la dieron a Canamor. Y todos los de la tierra le venían a ver por maravilla, ca no podían creer ser aquel el infante Canamor.

CAP. III. – De cómo se partió el infante Canamor del conde; y de cómo libró una donzella de la muerte y mató un cavallero que la quería matar.

Allí se despidió Canamor del conde Catagán su amo y se fue su camino. Y desde que se partió del conde, hizo el conde escrevir una carta para imbiar al rey su padre Padamón, en la qual le imbió a dezir todo lo que le havia acaescido en la batalla de Canamor, y como por su causa fuera vencido el duque don Gordón. Y este infante, desde que se partió del conde, anduvo todo aquel día y la noche con mucho trabajo por una tierra yerma; y otro día por la mañana llegó a una ribera de un río muy bueno y de muchas arboledas. E allí vido cerca un monesterio de dueñas muy honrado, y fuéronse allá él y su escudero, e hizieronles allí las dueñas mucha honra, y sus cavallos muy bien pensados; y otro día por la mañana oyó al infante missa, y miró todo el monesterio y despidiose de las dueñas, e pidió a su escudero sus armas y armose. Y assí se partieron de allí, y anduvieron perdidos por una montaña muy triste hasta medio día, que no sabían a qué parte salir, y pararon mientes y vieron

lexos de sí estar en un otero una iglesia y fuéronse allá. Y desque el infante llegó cerca de la hermita, vio estar un cavallero armado de todas armas, y vio un palafrén ensillado y enfrenado con arreo de dueña. Estava el cavallero apeado y tenía el cavallo de rienda, y en la mano el espada sacada, y la lança y el yelmo cerca de sí. Y desque todo esto hubo bien mirado Canamor, dixo a su escudero:

– Mi buen amigo, atendedme aquí, que quiero ir a hazer oración en aquella iglesia.

Y desviose del camino y fuese contra la iglesia. Y desque llegó, dixo al cavallero que estava a la puerta de la iglesia:

– Buen cavallero, ¿qué aventuras sacáis de aquí?

Dixo él:

– Las que vos e yo sacáremos si quisiéredes.

Y ellos en esto estando, oyó Canamor gritos de muger dentro de la iglesia, y fue maravillado, y entró dentro y vido estar en el altar una donzella muy hermosa llorando fieramente de sus ojos, e tenía una cruz de palo en sus braços, y encomendándose a nuestro señor Jesu Christo, que havia venido a la salvar derramando su sangre por los pecadores en el árbol de la Sancta Vera Cruz; y el cavallero que estava a la puerta de la iglesia estávala toda vía amenazando, y dezíale:

– Donzella, no vos vale nada vuestro llorar, ca vos conviene salir y passar por esta mi espada.

Y Canamor, desque vido aquella triste donzella atribulada llorando, dixo:

– Cavallero, mi buen señor, ¿por qué queréis assí matar esta donzella?

Y el cavallero le respondió:

– Eso mesmo haré a vos si queréis tomar la demanda por ella.

Y dixo Canamor:

– No me parece esso cosa de cavallero hidalgo, el que en una muger quiere ensuziar su espada; pero, pues a vos plaze, yo quiero tomar en el nombre de Dios la demanda por ella.

Y entonces vino la donzella y echose a los pies de Canamor, y besóselos, y dixo:

– Señor, acorred a la triste donzella, que en el mundo no atiende otro remedio sino morir sin razón.

Y Canamor le dixo que no llorasse; que, plaziendo a Dios, él la pornía en cobro. Y desque el cavallero aquello oyó, tomó prestamente su escudo y su lança, y púsose su yelmo en la cabeça, y subió en su cavallo y dixo a la donzella:

– No vos vale nada vuestro querellar, que si esse cavallero vos quiere defender, su cabeça le costará, y después la vuestra.

Quando el infante Canamor assí se vido amenazar de aquel cavallero, hubo muy gran saña, y dixo:

– Don cavallero, vos amenazastes mi cabeça; pugnad de guardar la vuestra, y de aquí os asseguro a estas sanctas virtudes desta casa, a quien vos havedes acatado muy poca honra, que aquí será el fin de vuestra vida o de la mía.

Entonces se fueron ambos a dos a acometer muy bravamente, mas del primer golpe libró Canamor su cabeça y la de la donzella, ca le hincó la lança por los pechos, que le passó el escudo y le falsó las armas, y cayó el cavallero en tierra; y sacole la lança del cuerpo y descendió del cavallo, y metió mano a la espada y cortole la cabeça. Y desque esto hubo hecho, llamó a la donzella que viesse su enemigo, y díxole:

– Dezidme, señora, ¿abástavos esto? Sois libre deste descomunal cavallero.

Y la donzella le dixo:

– Señor, vos me librástes de la muerte; tal mérito como este yo no sé cómo le galardonar, que soy una donzella indigna, más ofrézcome ser vuestra captiva toda mi vida, que ya fuera muerta si Dios por aquí no os traxera.

Y dixo Canamor:

– Dezid, donzella, dónde os plaze ir y llevaros he allá.

CAP. IV. – Cómo, muerto el cavallero, el infante y la donzella se fueron a casa de una su hermana, y de lo que passaron en el camino y de como aquella noche holgaron en uno.

Dixo la donzella:

– Señor, de Dios ayáis todo bien que en mí hiziéredes; y, señor, pues a vos plaze, aquí está un castillo que es de una hermana, donde vos moraréis muy vicioso con cuanto a vos pluguiere. Y desde ella sepa que por vos fui librada de la muerte, y cómo matastes este cavallero malo de quien ella se temía mucho, en el mundo no sabrá plazer que os hazer.

Entonces Canamor llamó a su escudero, y subieron la donzella en el palafrén, y tomola por las riendas, y tomó el escudero el cavallo y las armas del cavallero muerto. E yéndose por su camino, comenzó Canamor a preguntar a la donzella que por qué la quería matar aquel cavallero, o cómo la había tomado allí en aquella iglesia. Y la donzella respondió:

– Señor, este cavallero que vos matastes aquí mató a mi padre malamente y a dos cavalleros hermanos míos, y tomó por fuerza a mi señora madre y casose con ella, y él tenía y poseía todo lo que mi padre nos dexó, y no dava cosa ninguna dello a mi señora madre ni a nosotras; y ahora, señor, traían a mí pleito de casamiento con un buen cavallero, y él súpolo y entendió que si yo con este cavallero me casasse, que sería hombre para le demandar lo mío. E ayer de mañana salí de un castillo que se llama de Dueñas, que es a dos leguas de aquí, y es lugar mucho honrado y vicioso, e yo he estado ende con una tía mía después que él mató a mi padre y a mis hermanos y se casó con mi madre, y para hazer este casamiento embió por mí una hermana y otros mis parientes; y este cavallero, como lo había sabido, espionos, y estúvonos aguardando en un valle por donde havíamos de passar, y tomonos en el campo y echó mano a la espada para me matar, y los escuderos apeáronse y comenáronme a defender, y en tanto yo, como triste, fuime huyendo a aquella iglesia que hallé abierta; y este cavallero malo, desde hubo muerto a los escuderos, fue en pos de mí, y encomendeme al señor Dios que me librasse, y plugo a él de me oír y de traeros por aquí por que fuesse librada.

Y desde la donzella esto hubo dicho, comenzó Canamor a le demandar el su amor lo mejor que le pudo, y la donzella era muy hermosa y había voluntad de la haver por amiga. Y la donzella, desde vio que era cavallero tan esforçado, hermoso y de gran cuerpo, y por el bien que de él había recibido, ella fue muy enamorada del, y desseávale con plazer en todas las cosas que le mandasse, díxole:

– Señor, pues que assí es que a vos plaze que haga aquello que vos me rogáis, hazedme pleito y homenaje, como cavallero hijodalgo, que moredes en casa desta mi hermana do ahora vamos algunos días, en manera que no quede yo desseosa de vos.

Y desde Canamor oyó estas palabras, vio buen comienzo, y díxole:

– Señora, vuestra buena respuesta agradezco quanto puedo, y ofrézcome ser vuestro y de cumplir vuestro mandamiento y de morar donde vos mandaredes quanto a vos plazera, y ser libre a vuestra ordenança.

Y entonces le otorgó ella que haría su mandamiento. Y así hablando en esto y en otras cosas, llegaron al castillo de su hermana, y quando la vio venir su hermana y con ella aquel cavallero, fue mucho maravillada qué podría aquello ser. Y desde llegaron, díxole que cómo venía así o qué le había acaescido. Y la donzella le contó el hecho cómo fue y cómo la había librado de muerte aquel cavallero, y cómo matara al otro. Y desde la señora del castillo lo oyó, no supo qué hazer de gozo, y fuele a abraçar muchas vezes, y díxole:

– Señor mío, vos seáis bien venido, y no podría estimar el bien que por vos nos es venido; ahora, señor, desarmaos y hagan aquí quanto mandaredes.

Entonces le desarmaron y curaron muy bien de él, y diéronle quanto huvo menester. Y en aquel día no pudo estar con la donzella, como aquella que su amor le había prometido en la habla que hizieron por el camino, pero no pusieron dónde ni cuándo se ayuntassen. Y después que Canamor cenó, hiziéronle en una cámara una cama muy rica, y a su escudero en otra cámara otra cama, y después fuéronse acostar; y Canamor, estando en la cama, començó a pensar cómo fuera errado, que no pusiera con la donzella dónde se ayuntassen. Y desde fue algún rato de la noche passada, que todos dormían, levantose la donzella de su cama secretamente y fuele a la puerta de la cámara do Canamor yazía, e hirió muy passo en la puerta. Y Canamor tenía dentro un cirio encendido, que no dormía imaginando en el su yerro, y él en esto estando, oyó herir a la puerta, y luego cuidó que sería la donzella o su mandado; y levantose en camisa y un manto cubierto, y su espada en la mano, y fue muy passo a abrir la puerta de la cámara y vido la donzella, y fue muy gozoso con ella; y tomola por la mano y metiola en la cámara; y la donzella venía en una camisa muy rica y un manto de escarlata cubierto; y así holgó Canamor con ella aquella noche, y hallola acabada donzella. Y quando tañeron a maitines, dixo la donzella a Canamor:

– Señor, por Dios vos ruego que me queráis dexar ir, que deliberada soy a vuestro mandamiento cada vez que queráis.

Y Canamor le dixo:

– Señora, fuerte cosa me es partirme de vos tan aína, pero pues que vos plaze, idvos en paz; más ruégovos señora, que no se vos olvide este lugar.

Y ella dixo:

– Señor, no olvidaré, ca vos tengo en el mi corazón como a mi vida.

Y así moró Canamor en aquel castillo ocho días muy vicioso con esta dueña.

CAP. V. – Cómo el infante Canamor se partió de la donzella y se fue por sus aventuras, y de las grandes maravillas que le acontecieron.

Después que los ocho días passaron, vido que no le era honra de morar allí más; y estando una noche en la cama con esta dueña holgando, díxole:

– Señora, no ayáis enojo por lo que vos quiero dezir. Sabed que tengo de ir por fuerça a me ver con un cavallero hasta cierto plazo, el qual se cumple de oy en nueve días; y para me adereçar de las cosas que he menester para el campo, esme forçado de me partir luego.

La dueña, desde esto oyó, pesole de corazón, y llorando muy duramente, le dixo:

– Señor, ¿qué será de mí, triste sin ventura, que quedo como vos bien sabéis? Yo os pido por merced, por amor de Dios, que no me dexéis y no seáis causa de mi muerte; y llevadme con vos, que en ninguna manera no quedaré aquí.

Y Canamor le dixo:

– Dios sabe que como a la vida vos llevaría conmigo; mas ¿qué será, señora, que voy a tan fortunado lugar como este y no me conviene llevar señora conmigo? Por ende señora, no vos cuitedes, que vuestras lágrimas son saetas para mi corazón.

Y ella le dixo:

– Señor, mi ventura me cegó el día que os conocí, que más me valiera morir a manos de aquel cavallero que vos matastes que haveros conocido; pero esto estava ordenado del señor Dios, que tan poca fuesse la mi ventura y vuestra conciencia; no puedo más hazer, mas jamás de vos no se partirá mi corazón.

Y Canamor le dixo:

– Señora, rogad a Dios que escape de la batalla do voy, que bien creo que poco vos ternedes mi deseo, que yo seré aquí cedo.

Y dixo la donzella:

– Así os guarde Dios y vos de vencimiento sobre vuestros enemigos, como vos cobdiciáis que vuestra venida sea cedo. Más bien creo que no será tan aína que a mí no se me haga tarde.

E assí passaron toda aquella noche. Otro día de mañana la dueña se levantó muy triste, y llorando fuelo a dezir a su hermana cómo Canamor se quería ir. Y la dueña, señora del castillo, desde que lo oyó, pesole mucho y fue luego a estar con Canamor, pidiéndole por merced que no quisiesse irse, y que quisiesse haver aquella posada por suya, y que quantos servicios ella pudiesse hazerle en toda su vida, no le pudiera abastar el bien que por él les havia venido. Y por muchos ruegos que le hizieron no le pudieron tener allí más. E fuesse a despedir del cavallero señor del castillo, y pidió a su escudero sus armas, y armore y subió en su cavallo. E la dueña con quien él holgava estávale mirando y llorava de sus ojos, y desde que se despidió de todos, salió por la puerta del castillo, y subiose luego la dueña su enamorada en una torre por mirar por do ivan, y nunca hizo sino llorar hasta que le perdió de vista; y desde de allí se partió Canamor, pasó por muchas aventuras que serían graves de contar.

Y a cabo de tres meses acaesció que iba Canamor por una montaña muy espessa que no hallavan por do ir a parte ninguna, ni hallavan poblado, ni havían comido cosa alguna ellos ni sus cavallos; y estavan los más tristes hombres del mundo, que no sabían qué se hazer. Y toda aquella noche estuvieron en pie, quando el uno, quando el otro, guardando a sí mismos y a los cavallos, por que no los comiessen malas bestias, assí como leones, ossos y lobos y otras bestias muchas que en derredor dellos andavan, ca bien pensaron aquella noche ser comidos de fieras animalias. Y otro día de mañana cavalgaron en sus cavallos y fuéronse su carrera, rogando a Dios que los sacasse a algún buen puerto. E yendo assí tristes por la ribera de la mar, acatando a todas partes por ver si verían algún poblado, que les aquexava la hambre muy malamente que no los podían llevar los cavallos. Y assí andando, vido Canamor una nave que andava por la ribera en la mar, e llegó hazia allá y dio grandes voces, y ninguno le respondía; y fue dello maravillado e dixo a su escudero:

– ¿Ves que hermosa aventura desta nave, y cómo está tan bien cumplida y no parece ninguna persona por ella? Y no sé qué hagamos, que en fuerte hora salimos acá.

Y dixo el escudero:

– Señor, algunos están dentro, mas cuido que están durmiendo.

Entonces dio voces como de cabo Canamor y su escudero, por ver si respondiera alguno. Y vieron salir de la nave quatro leones muy grandes, y desde que los vieron huvieron muy grande espanto y pensáronse retraer. Dixo Canamor:

– Amigo, esta es una gran maravilla, venir leones en nave e no otra persona ninguna.

Y dixo el escudero:

– Señor, a mi cuidar estos leones descendieron de la montaña y vieron la nave cerca de la ribera estar, y como son ligeros, nadaron contra ella y entraron dentro, y mataron la gente que ende hallaron.

Y dixo Canamor:

– Amigo, de buena guisa hablades que bien puede ser, ca creed que alguna gran maravilla es aquesta, y no sé qué consejo aquí tomemos. Y ellos en esto estando, descendieron los leones muy apriessa todos quatro a un batel que estava cerca de la nave y tomaron la cuerda con que estava atado con los dientes, y nadando començaron a llegar el batel contra aquel lugar do estava Canamor y su escudero, y dixo el escudero:

– Señor, quitadvos afuera ante que salgan esos leones;

Y dixo Canamor:

– Amigo, ante me plaze con ellos, ca por su venida cuido saber más desta nave.

Y entonces tomó Canamor el yelmo a su escudero y púsole en la cabeça, que bien cuido que los leones le querían acometer; y mandó a su escudero que se quitasse afuera y se fuesse; y el cavallo de Canamor estava tremiendo de miedo de los leones que sentía cabe si, y Canamor le hería con las espuelas mucho y pugnava de lo asegurar. Y los leones salieron fuera los dos de un cabo del batel y los otros dos de otro, y llegaron el batel a la ribera y desí estuvieron quedos, y a Canamor parecióle que los leones querían que entrasse en el batel, y descendió de su cavallo prestamente y llamó a su escudero que se lo tuviesse, y díxole:

– Amigo, parésceme que me quieren llevar estos leones a la nave y quiérome ir con ellos;

E díxole el escudero:

– Por Dios, señor, yo no sé cómo vos havéis de meter con quatro leones en la nave; rezelo devriades haver de las maravillas que havedes visto.

Y dixo Canamor:

– Amigo, no hay cosa por que dexé de entrar ahora en aquella nave, ya vergüença me sería si no fuesse a saber qué cosa es esta.

Y dixo el escudero:

– Señor, ¿de quién lo havedes de saber? Ca los leones no hablan, e yo no veo otro de quien se pades nada; y a mí parecer esto me parece encantamento malo y peligroso, y he gran miedo que la nave se alongara allá, y esto que yo digo quiera Dios que no nos acaezca.

Y dixo Canamor:

– Amigo, si tú los cavallos no tuvieses, perderlos ýamos, ca están muy espantados de los leones; mas estate aquí y tenlos y sossiégalos, y atiéndeme, que muy prestamente me bolveré aquí, si a Dios pluguiere.

Y díxole el escudero:

– Señor, no me parece que yo devo quedar aquí, pues os veo ir en tan gran peligro de muerte, ca no vais en lugar que deváis ir solo.

Y Canamor le dixo que todavía quería ir en su cabo, y que hiziesse lo que le mandava y le haría en ello plazer. Y entonces se santiguó y entró en el batel, y mudáronse los leones y lleváronle a la nave. Y tendió las manos y subió suso, y entró dentro en la nave, y cató a todas partes, y no vido ay ninguna persona; y descendió a la cámara y entró dentro, y vido una cámara rica de cendales y de paños de peso toda encortinada; y llegose a la cama y vido una donzella yazer dormiendo, y ella era tan hermosa que le fue fuera de su seso. Y quando la vido, todo lo ál del mundo olvidó, y desenlazó el yelmo del almofar y de la loriga y besola. Y desde lo sintió la donzella, recordó espantada, y quando al cavallero vio cabe si, cubriose [con] un manto, y dixo Canamor:

– Señora, vuestra buena ventura fue la mía; ca bien creo que en el mundo no ay muger que tan hermosa sea como vos. Y agradézcolo a Dios mi señor que me truxo al lugar do vos pudiesse haver, ca siempre seré vuestro. Y así me podré alabar que soy vassallo de la más hermosa y mejor dama que en el mundo hay.

Y la donzella respondió entonces:

– Cavallero, vos havedes hablado muy bien, y pues que vos assí queréis, yo otrosí me puedo alabar que soy del mejor cavallero y más sin miedo que dueña en el mundo puede haver; ca vos devéis saber que muchos cavalleros han venido aquí y han mostrado muy grandes covardías, y havían muy gran miedo de entrar do vos entrastes. Y nunca vi cavallero tan atrevido como vos después que soy aquí, que quando vían estos leones en el batel luego se arredravan de la ribera. Mas a vos hizo Dios tan esforçado cavallero en todas cosas, y diovos coraçón muy esforçado.

Y con estas palabras fueron muy pagados el uno del otro, y assí se fueron a la cama ambos a dos, y allí folgaron a gran plazer de sí, y hallola acabada donzella, y assí se les dobló el amor más que era de antes, y tan grande plazer havían de departir el uno con el otro, que no se preguntavan de su hacienda, e assí estuvieron holgando gran parte del día.

CAP. VI. – Cómo el infante Canamor y la donzella de la nave, después de haver holgado una pieça, se contaron sus aventuras.

Allí se le vino mientes a Canamor de su escudero que había dexado a la ribera de la mar con los cavallos, e dixo:

– Señora, quiero ir por un escudero mío que quedó allí en la ribera de la mar con los cavallos. Pero antes que vaya, dixo él, vos quiero preguntar de vuestra hazienda, o cómo andáis en esta nave, que con vos no veo a ninguna persona sino estos quatro leones. Ca yo he visto en este mundo estrañas maravillas, mas nunca tal como esta.

E dixo la dueña:

– Señor, yo vos quiero contar mi hazienda; después contarme hedes la vuestra. Señor, dixo ella, sabed que yo soy hija del rey Gramón, y es muerto gran tiempo ha; e por el hombre que él más amava en este mundo soy desterrada del reino que de derecho tenía de ser mío.

Y desde Canamor lo oyó, fue muy espantado, y dixole:

– Señora, ¿cómo es esso?

E la dueña le dixo:

– Señor mío, mi padre tenía un privado, y era un cavallero que se llamava Brocadán, y quería más que a otro cavallero de los de su reino, y porque era más fuerte en armas y más poderoso, diole el mejor condado que en el su reino había, y al tiempo de su fallecimiento dexole encomendado el reino para que después que mi hermano fuesse de edad, que se lo diesse, y cuidando que haría lealtad, dexole este cargo. Y después que Brocadán se vido apoderado en el reino e tomadas las fortalezas de su mano, començose a llamar rey; y como nosotros quedamos en su poder, echó a mi hermano en un pozo y matolo luego, y entonces se mandó llamar públicamente rey. Y a los que no consentían, mandávalos descabeçar, e assí hizo mucho mal. Y el conde Edeos, que me criara, era un gran señor en el reino de mi padre, y era gran sabio en el arte de astrología y de encantamento sobre todos los hombres del mundo, y desde supo que este malo de Brocadán había muerto a mi hermano y se llamava rey, adoleciendose, de mí, que era muger, por criança que en mí hizo, fuyo del reino conmigo. Allá donde andava cató en sus estrellas si fallaría coas por do pudiesse reinar en

el reino de mi padre, y no halló de otra guisa sino por meterme en esta nave y a estos leones conmigo que me guardassen, y vido que si algún cavallero huviesse que se quisiesse aventurar a entrar en esta nave con aquestos leones. E si por su entrada no fuesse muerto Brocadán, que no había lugar por manera del mundo por do yo reinasse; entonces hizo este encantamento que vos vedes en esta nave, y assí es que estos leones e yo ha gran tiempo que andamos aquí, y hasta ahora que sea por bien vuestra venida, no havemos hallado cavallero que osasse entrar por mí por miedo de los leones. Y ahora, señor, plega a Dios que nos muestre carrera por do salgamos de aquí. Y pues ahora vos he contado mi hazienda, pídivos por merced que me contéis la vuestra, y me digáis quien sois.

Canamor le respondió:

– Señora, de mí devéis saber que a mí llaman Canamor, hijo del rey Padamón y de la reina Deida; e yo salí de casa de mi padre desseando hazer algunos hechos por do fuesse ensalzada mi honra y fama; pues aquí soy venido a vuestro poder, a vos plega de ordenar como conozca este cavallero y me pueda ver con él.

Quando ella oyó dezir que era hijo de rey, huvo mucho plazer y fuele a dar paz, y dixo:

– Señor, pues que assí es, ordene Dios de nos lo que le plazerá.

Y Canamor le dixo:

– ¿Cómo es vuestra gracia?

– Señor, a mí llaman Leonela, hija del rey Gramón y de la reina Semerina;

Y díxole:

– Señora, ahora me dezid cómo se marea esta nave.

Y dixo ella:

– Señor, ahora lo veréis; que lo havréis a gran maravilla, que no toman ende ningún afán en la marear, que el conde Edeos, que esta nave encantara, me dio una sortija que traigo aquí conmigo encantada; quando la meto en el dedo, las áncoras se acogen a la nave y el trel se alça; entonces puedo yo ir do quisiere; y quando la tiro del dedo y la meto en la limosnera, abáxase el trel y échanse las áncoras, y todo esto se hace por encantameto, assí como si lo hiziessen unos marineros.

Y después que todo esto lo huvo contado, dixo Leonela:

– Señor, hora es que comamos.

Y dixo Canamor:

– Yo quiero ir por mi escudero, que bien cuidará que soy muerto, e ya estará él muy aquexado, que después comeremos quando mandaredes.

CAP. VII. – De cómo el infante Canamor salió por su escudero, y lo metió consigo en la nave con mucha alegría

Los ojos jamás partió el escudero de la nave, y messava reziamente sus cabellos y hazía muy esquivo llanto, cuidando que los leones habían comido a su señor, y ya no sabía que se hazer, que era hora de nona y aquexávale la hambre y no podía tener los cavallos ni assossegarlos. Y él estando en esta cuita, apareciole su señor en la nave, y huvo muy gran plazer quando le vido, y más que si lo hiziera señor de un gran señorío. Y Canamor descendió en el batel y llamó a los leones que viniessen a lo llevar, y ellos ya lo conocían y vinieron muy prestamente y lançáronse en la mar, los dos de un cabo y los dos de otro; y assí lo llevaron do estava su escudero; y quando su escudero lo vio venir desarmado, estávaselo mirando y santiguávase cómo los leones lo traían assí, y quando Canamor llegó a la ribera, los leones salieron fuera, y dixo el escudero:

– Señor, de merced le pido me diga cómo vienes desarmado y qué aventura es esta, y cómo ha tardado tanto, que ya en punto estava, señor, de desesperar y matarme con mis manos, o de me lançar en la mar, que ya llorado he vuestra muerte y la mía.

Y dixo Canamor:

– Amigo, yo bien creo que has passado gran trabajo, e yo entiendo, con la ayuda de Dios mi señor, que te lo galardonaré. Y desque tú supieres cómo tardé tanto, pues recaudé y huve la mejor ventura que otro cavallero nunca huvo, no me pornás culpa.

Y dixo el escudero:

– Señor, assí plega a Dios que vos alcançéis honra y prez y de vuestro bien aya yo parte, y vayan buenas nuevas de vos a mi señor el rey vuestro padre, que estará desseoso de ver vuestra vista.

Y dixo Canamor:

– Amigo, entra y mete esos cavallos en esse batel, y verás lo que he hallado, y si a Dios plaze que lo acabe, venirme ha por ello tanto bien que pueda reinar en vida de mi padre.

Y dixo el escudero:

– Assí plega a Dios que alcançéis lo que por vos es desseado, y vos dexé acabar todas las cosas que començaredes, por que sea como vos dezís.

Entonces metieron los cavallos en el batel y atáronlos con sus cadenas, porque se espantavan de los leones; y assí fueron Canamor y su escudero halagándolos hasta que llegaron a la nave, y los leones tomaron las cadenas con que mareavan y atáronlos a la nave, y sacaron los cavallos del batel Canamor y su escudero, y después assentáronse a comer Canamor y Leonela, y su escudero los servía muy maravillado de la hermosura de Leonela y del contentamiento que el uno del otro tenían, que más no podía ser. Y después que huvieron comido, fuéronse a holgar a su cama, y desque hovieron holgado, dixo Canamor:

– Señora Leonela, ya sabéis cómo este malo de Brocadán hizo tamaña traición como nunca fuera hecha; para vos vengar deste traidor es menester que me digáis por qué manera podrá ser ayuntada la su batalla y la mía.

Ella le dixo:

– Este cavallero ha puesto que entretanto que él pueda tomar armas, que siempre manterná campo a los cavalleros estrangeros que a él vinieren. Y esto ordenó e hizo quando se hizo cavallero, y este lugar es una buena villa que ha nombre Tersia, que es la mejor villa que en aquel reino ay; y la villa está cabe la mar; cerca está una isla y passa por ay un braço de mar hasta la villa, y no puede ninguno a ella passar sino por aquel braço de mar; y la isla es tamaña como un tiro de ballesta a todas partes. Y allí puso Brocadán que se hiziessen sus justas, e hizo poner en aquella isla un gran padrón, y encima del padrón hizo poner un escudo muy hermoso y en él sus armas, por que los cavalleros estrangeros que viniessen conosciessen que había señal de campo.

Y desque esto huvo dicho Leonela, dixo Canamor:

– Señora, yo os pido por merced que movamos de aquí, que no ay cosa en el mundo, si la muerte no, que me estorve de ir a buscar este lugar que vos dezides; ca bien creo que Dios me ayudará contra hombre que tal traición hizo.

Y desque Canamor esto huvo dicho, Leonela dixo:

– Ay, el mi señor, no sea assí, ca él es el más fuerte cavallero en armas que ay en todo el mundo; ca, señor, nunca hasta oy cavallero con él peleó uno por uno que en sus manos no muriesse; y assí ha muerto muchos cavalleros. Por ende, señor, no vos querría ver con él justar uno por uno.

Y desque Leonela esto huvo dicho, pasmose, e dixo Canamor:

– Señora, no mande Dios que assí sea que ayuntado con él uno por uno, que aya en el coraçón de me esperar, que Dios me ayudará contra hombre que tal traición hizo.

CAP. VIII. – De cómo el infante Canamor y la dueña de la nave y su escudero se fueron a buscar a Brocadán, y de cómo el infante lo venció y mató.

Por fuerça le tiró entonces la sortija de la limosnera y metiola en el dedo, y acogióronse las áncoras a la nave y alçose el trel, y luego se movió la nave de aquel lugar y alongose aína de la ribera; y Canamor y su escudero fueron mucho maravillados, que no havían visto cómo se hazia aquello por encantamento, y Leonela se lo fue todo contando cómo el conde su amo lo havía hecho, porque aquel escudero no lo havía oído, que havía quedado fuera; quando le oyó dezir que iba en demanda de Brocadán, y cómo era tan fuerte cavallero en armas, pesole y dixole:

– Señor, yo no sé qué queréis hazer en iros a combatir con cavallero tan valiente; y devéis ser contento con lo que havéis hecho, ca mejor sería que os tornásedes a vuestra tierra con tan hermosa señora como Leonela es, que no ir en más aventuras; ca, señor, devéislo fazer por vuestro padre y madre, que tienen desseo de os ver.

Canamor dixo:

– Ruégovos, amigo, que no os hagáis consejero en esto, ca no ha de haver ál sino lidiar con cavallero de tal nombradía en armas, y yo fío en Dios que acabaré esta demanda en que voy, ca no ay cosa por que lo deva dexar.

Assí anduvieron por la mar que no hallaron la villa, muy viciosos más que otros hombres que en la mar anduviessen, que todas las viandas que menester havían traía ella con el arte de encantamento; y assí andando, assomaron un día a la villa do era Brocadán; una mañana levantose el escudero de Canamor y vido una villa grande y bien torreada. Fuelo a dezir a Canamor y dixo:

– Señor, aquí somos cerca de una tierra, y veo una gran villa.

Levantose Canamor y vido la villa y parecióle muy bien; y dixo a Leonela:

– Señora, ¿es esta la villa que vos me dezis en que está aquel cavallero Brocadán?

Entonces salió Leonela de su cámara, y en viendo la villa conosciola, y dixo:

– Señor, creo que esta es Tersia la hermosa.

Y demostrole la isla do estava el padrón de Brocadán; y Canamor vido ay el escudo de Brocadán sobre el padrón, y llegaron a la ribera la nave; y Canamor dio gracias a Dios porque lo havía llegado a aquel lugar que desseava, y quando llegaron a la isla, tiró Leonela la sortija del dedo y echáronse las áncoras y abaxose el trel. Y los de la villa, que havían salido a ver la nave, que la vieron venir desde lexos, salieron todos a los muros y por las torres a ver aquella maravilla. Y fuéronlo a dezir a Brocadán, señor de la villa, cómo era allí llegada una nave la mejor que nunca hombre vido, que se mareava de suyo; y quando el conde Edos, amo de Leonela, que estava con Brocadán en la villa, que hubo hecho este encantamento, lo oyó, dixo:

– Por cierto, con gran atrevimiento y osadía ha venido este cavallero a poder de Brocadán.

El qual tomó juramento al conde Edos, amo de Leonela, que le guardasse la villa en tanto que iba a la batalla; y el conde, quando oyó dezir de la nave, luego pensó que era en la que venía Leonela, y no la osava dezir a persona ninguna porque no lo matasse Brocadán. Y desde Brocadán fue armado, pidióle por merced el conde que le diesse lugar para ir con él a la batalla, y que ay quería morir con él, y él no quiso. Y estando assí, mandó al conde que fuesse a la ribera de la mar y que mirasse qué cosa era aquella, y que supiesse qué cavallero era aquel, o que demanda traía, o si se

quería combatir con él. Y desde que el conde lo oyó, plúgole mucho con el mandado que Brocadán le mandava, por ir a ver a Leonela su criada, que no había cosa en el mundo que más amava. Y desde que fue, mirolo todo bien, que no osava hablar cosa ninguna, porque habían ido con él muchos cavalleros y assaz otra gente por mirar aquella nave; y quando el conde bolvió a dezirlo a Brocadán, y dixo que estava ay un cavallero de fuerte cuerpo y muy adereçado, y traía consigo una dueña muy hermosa y quatro leones que la guardavan, y eran marineros y que guardavan la nave. Y en tanto Canamor y su escudero sacaron muy aína los cavallos de la nave y metiéronlos en el batel. Y desde que la gente aquello vieron hacer, fueron muy espantados y Canamor entró en el batel muy bien armado y los leones con él; y todas aquellas cosas veía hazer Brocadán desde encima de la cerca de la villa. Y el conde Edos y los otros cavalleros dixéronle:

– Señor, holgad y no queráis ir ahora a esta batalla, ca no vemos buena señal en venir aquellos leones con el cavallero.

Y desde que esto vio Brocadán, hubo espanto y no quería ir a la batalla, no por miedo de Canamor, mas por los leones, y dixo:

– Amigos, ¿quién nunca vido leones por marineros, ni nave que de suyo se mareasse? Y nunca de tales maravillas oy dezir como aquí veo, y plázeme porque veo lo que nunca vi, y sabré más en qué manera o cómo es hecho aquesto que aquel cavallero trae: o es loco, o viene con atrevimiento a se poner en mis manos. Y Canamor llegó a la isla, y salió fuera del batel y subió en su cavallo, y los leones quedaron con el batel; y Canamor fuese de su passo contra el padrón do estava el escudo de Brocadán, y tomolo en las manos y dio con él en el padrón tal golpe que lo quebrantó; y desde Brocadán y otros cavalleros que con él estavan vieron aquello hazer, fueron espantados, y a los más de los de la villa plazía dello, porque cobdiciavan la muerte de Brocadán. Y desde Brocadán vio quebrantar su escudo, pesole mucho dello, y llamó a sus cavalleros y fuéronse a más andar al batel, y yendo allá, díxoles:

– Amigos, yo os prometo que aquel que ha quebrantado mi escudo que deste camino allí le ponga su cabeça en lugar de mi escudo, y mucho me plaze porque tengo tiempo de me vengar de mi deshonra.

Y entonces entró en su batel y pusieron ay su cavallo y púsose aína a la otra parte y sacó su cavallo del batel y subió muy aína en él, y dixo a Canamor:

– Cavallero, ¿cómo quebrantastes mi escudo? ¿Qué atrevimiento fue el vuestro?

Y Canamor le respondió y dixo:

– Porque quando viniere a mano, con el ayuda de Dios me atreveré a quebrantar vuestra cabeça.

– Pues que así queréis, dixo Brocadán, don cavallero loco, adereçaos y veremos qué sabréis hazer.

Entonces movieron los cavallos quanto más pudieron, y cada uno de ellos hizo su poder por se matar, y firiéronse con las lanças en los escudos de tal manera que luego fueron quebrantadas y falsadas las armas que traían. Y los cavallos toparon uno con otro de guisa que cada uno dellos cayó a su parte, y los cavalleros se levantaron muy aína y echaron mano a las espadas, y fuéronse a acometer bravamente; y quantos aquella batalla veían todos habían della espanto y cuidavan que en el mundo no había tales dos caballeros. Y cada uno dellos había gran sabor de se matar y dábanse tan grandes golpes con las espadas que no les valían los escudos ni los yelmos, aunque eran de azero, que hazían lançar centellas como de fuego, que por fuerça los hazían quebrantar; tan fuertemente se combatían que toda la gente que ende estava era maravillada de lo ver. Y Leonela, que estava en la nave cerca de la ribera, que aquello veía, estava muy triste y muy aquexada, y llorava de coraçón y messava sus cabellos, y dezía:

– ¡Ay, el mi señor! ¿Qué será de mí, triste, que quedó en poder de mi enemigo?

Y alçava las manos al cielo llorando fieramente y rogando a Dios que ayudasse a Canamor, pero que a las vegadas había mejora. Y como Brocadán era de gran coraçón y tenía gran cuerpo, peleava toda vía muy bravamente y con muy gran fuerça. Y assí anduvieron en la batalla hasta que fue medio día; y toda la gente que los estava mirando eran enojados de los ya mirar. Más ellos no se enojavan de pelear muy bravamente, y todavía se querían peor. Y desque vieron que de los grandes golpes que se davan no se podían herir ni matar, hizieronse afuera y estuvieron assí quedos, porque estavan muy fatigados de los golpes, y allí les llevaron de comer a cada uno a su parte. Y el escudero de Canamor servía a su señor, y a Brocadán servían como a rey algunos cavalleros de los suyos. Y desque Brocadán hubo comido, llamó a Canamor y dixole:

– Cavallero, levantadvos de aý, que creo que mal provecho vos havrá de tener, que no estamos en boda.

Y luego subieron en otros cavallos y adereçaron sus armas lo mejor que pudieron, que estavan todas despedaçadas, y todos salieron del campo y quedaron ellos solos; y allí se fueron a acometer en la segunda batalla, dándose fieros golpes con las espadas, tanto que los cavallos no los podían ya traer, y apeáronse. Y allí dixo Brocadán a Canamor:

– Cavallero, en vos hallo la mayor fuerça que nunca hallé en otro cavallero. Yo vos ruego que me digáis quien sois, porque me pueda alabar a quien maté o a quien vencí.

Y desque Canamor aquello le oyó decir, hubo gran saña, y dixo:

– Cavallero, soy maravillado de vuestras palabras, que esto es en Dios y no en vos, y el disporná de nos lo que le plazerá; por ende nunca vos alabaréis de mi vencimiento ni de mi muerte, y nunca se alabe el uno del otro, aunque quiera Dios que el uno de nos quede vivo.

Y quando ellos assí estavan hablando, bien pensaron todas las gentes que estavan en derredor que hazían alguna avenencia entre sí, que assaz havían hecho; y Canamor dixo a Brocadán:

– Amigo, dexemos las razones y tornemos al hecho, que havrían que dezir de nos aquellos que nos están mirando.

Y luego se fueron a acometer muy bravamente la tercera vez, y tan fieros golpes se davan que a todos parecía que entonces començavan la batalla, ca ninguno dellos no parecía cansado ni demostravan el su gran trabajo que havían passado. Y en esto estuvieron hasta hora de nona, y tornaron a subir en los cavallos desque estuvieron cansados, y començaron a golpear muy poderosamente, y la gran voluntad dellos y la fortaleza que en las espadas ponían hizieron quebrantar los escudos más aína, y hender los yelmos, que ya no los podían traer, y traían destravadas las lorigas; y cada uno dellos estava herido de muchas heridas y grandes, e ívaseles mucha sangre. Y desque Brocadán se sintió maltrecho de la mucha sangre que dél salía, començó a desmayar un poco, y tirose afuera, y dixo a Canamor:

– Cavallero, sufridvos por Dios un poco, y dezirvos he una razón, y después, si tuviéredes por bien que tornemos a la batalla, tornaremos.

Y dixo Canamor:

– Pues dezid aína lo que quisiéredes, ca no estamos en tiempo de alongar razones en tal sazón qual estamos.

Y desque Brocadán le oyó dezir aquellas palabras, pesole mucho, que bien pensó que Canamor vernía con él en alguna buena igualança, y dixo:

– Cavallero, assí es que yo puse aquí esta costumbre que los cavalleros que aquí viniessen a justar en este campo conmigo, que después que ellos fuessen mis vencidos o yo suyo, que aunque el vencido alguna buena igualança o razón de avenencia dixesse, que le no fuesse recibida y que muriesse en la batalla, y pues que assí es que yo hize esta costumbre, yo y vos la podemos desha-

zer si quisiéredes, y trataremos pleito y trato de paz, si Dios pluguiere, que assaz havemos hecho y bien nos podían dar por buenos cavalleros; y ahora vos tornad a vuestra nave y yo irme he a mi castillo, y curaremos de nuestras llagas.

Y desque Canamor esto le oyó dezir, plúgole mucho, y esforçose desque vio que quería sacar partido con él; y dixo Canamor a Brocadán:

– Cavallero, pues que assí es, la costumbre es buena, mas será mala para vos, ca creed que no será lo que vos posistes por mí deshecho, y esta será la cima de vuestra vida o de la mía; y yo vos daré melezina para vuestras llagas; y ahora pugnad con toda vuestra fuerça de vos defender, ca no me parece que es esto lo que yo oyó dezir de vos, y no me partiré desta batalla hasta que el uno de nos le dé cabo, que yo havría gran vergüença de la dueña por quien soy aquí venido si della me partiesse sin le dar cabo, y no me sería bien contado.

E dixo Brocadán entonces:

– Assí Dios vos vala, cavallero, que me digáis quién es esta dueña, y no tenga ella que poco le servís, pues por ella venís a tomar muerte.

Entonces dixo Canamor:

– Yo vine a le dar vengança de su enemigo y derecho del gran tuerto que le tenéis hecho.

Y dixo Brocadán:

– Ruégovos que me digáis quién es essa dueña que vos dezís.

Y Canamor dixo:

– Esta es Leonela, a quien vos tenéis deshonorada y deseredada del reino de su padre, el qual vos hizo mucho bien, y matastes a gran tuerto a su hermano, y veisla a dónde está, en aquella nave.

Y entonces se fue Canamor contra él muy airado y dixole Brocadán:

– ¿Aun no me queréis dezir quien sois, antes que nos combatamos?

Y dixo Canamor:

– Dezírvoslo quiero, porque se partan nuestras razones. Yo soy Canamor, hijo del rey Padamón, y bien vos digo que yo soy vuestro enemigo mortal.

Entonces se fueron a acometer la quarta vez, a guisa de buenos cavalleros y hombres de gran coraçón, y duraron gran pieça en la batalla, y Brocadán era ya cansado, con cuita de las grandes heridas y de los golpes que Canamor le dava, y olvidávasele ya la espada en la mano, que no podía herir con ella, y pugnava de se descurbrir del escudo. Y entonces se apeó Brocadán y se fue a arri-mar al padrón que estava en medio del campo, muy cansado, e ya se sentía de su muerte que era muy cercana, y dixo a Canamor:

– Por Dios, cavallero, tened un poco vuestra espada; mal aya quien tan fuerte y tan grande la hizo, que por ella y por la gran fuerça que havéis soy llegado a la fin de mis días, y ruégovos que me dexéis desarmar, y matarme heis más aína.

Y dixo Canamor:

– Ahora podéis vos ver la gran traición que hezistes a hijos de vuestro señor.

Y entonces cayó Brocadán desapoderado de su fuerça. Canamor se apeó y le quitó el yelmo de la cabeça, y desenlazole el yelmo y el almófar de la loriga, y cortole la cabeça y púsola encima del padrón, y a los más de quantos allí estavan que veían hazer esto les plazía mucho, porque Brocadán era muy cruel, y havía descabeçado a muchos quando se llamó rey y a otros hizo otras muchas sinrazones.

CAP. IX. – Cómo, después que fue muerto Brocadán, el conde Edos y los del reino fueron a la nave donde estaban ya el infante Canamor y Leonela, y de cómo fueron recibidos por reyes y se hizieron públicamente las bodas.

Después que Canamor ovó cortado la cabeça a Brocadán, quitose el yelmo e hizo su oración a Dios lo mejor que supo, y después de su oración acabada, fuese contra el batel do estaban los leones atendiéndole; y quando el conde Edos, amo de Leonela, y otros cavalleros vieron a Brocadán muerto alçaron las manos al cielo y dieron gracias a Dios; y entonces dio el conde una gran voz de guisa que todos lo oyeron, y dixo:

– Amigos, ahora os hizo Dios mucha merced, que os quitó a vuestro enemigo de sobre vos, que mató a vuestro señor e hijo de vuestro señor, y catad aquí a Leonela vuestra señora, que ha buscado cómo vos quitasse Dios a vuestro enemigo, y veisla do está en aquella nave.

Todos los del reino dieron gracias a Dios, y dixeron al conde:

– Señor, vamos por nuestra señora y nuestra reina natural, la qual biva y reine sobre nos muchos años.

Entonces, con mucha alegría y instrumentos, entraron todos en las naves y fuéronse para la nave derechamente, y el conde Edos y otros cavalleros que con él ivan subieron suso a la nave y besaron la mano todos a Leonela; y ella abraçó al conde su amo y tomole la mano por fuerça y besósela, y dixo:

– Señor conde, rogado a Dios por mi señor Canamor, que nunca desconoceré la criança que en mí hezistes, que Dios nuestro señor ordena todas las cosas que él tiene por bien; por ende, señor, vos ordenastes cómo Dios me diesse marido a mi igualdad, por el qual yo reinaré y viviré en el reino de mi padre.

Y dixo a Canamor, que estava en la cama por las heridas:

– Señor, vedes aquí al conde Edos, mi señor y padre, que ha andado trabajando cómo fuesse des rey.

Y desde le vio Canamor hubo gran plazer y fuele a dar paz, y díxole:

– Conde, yo hasta aquí no he havido vuestro conoscimiento, y hasta que a vosotros plega no me llamaré rey, más seré hermano y amigo de todos vosotros, y no lo perderéis de mí, que no vos trataré como el malo de Brocadán ni vos haré aquella compañía.

Desde esto oyeron el conde y los otros cavalleros, fuéronle todos a besar las manos, y dixeron:

– Vos sois nuestro rey natural, y venid y reinad sobre nos, que a todos los del reino plaze con vuestra señoría, y assí lo hallaréis por verdad.

Assí los llevaron con mucha alegría a Canamor y a Leonela a la villa. Allí vinieron todos los del reino. Y estando un día en los palacios ayuntados, díxoles Leonela:

– Cavalleros y mis buenos amigos: con licencia de mi señor Canamor, que presente esta, al qual remito mi error si en esta habla la discreción me fallesciere, que me castigue y corrija como marido y señor deve hazer, y si su merced me mandare hablar hablaré; donde no, callaré.

Y desde esto hubo dicho, Canamor y el conde mandáronle que dixesse lo que quisiese, y todos estaban atendiendo aquello que dezir quería, y dixo:

– Especiales amigos y cavalleros que ante mi señor Canamor estáis, las virtudes de los quales no se pueden remedar: manifiesto es a vosotros que el rey Gramón y la reina Semerina, mis señores padre y madre, que fallescidos son de esta presente vida, ser este reino suyo y reinar en él hasta en el fin de sus días; los quales dexaron hijos a mí y al infante Arnaldo mi hermano, el qual había

de suceder y reinar después de mi padre; y cómo nosotros y el reino quedamos encomendados por mandado del rey mi señor y padre al malvado Brocadán, enemigo vuestro y mío. Y él no hizo como leal cavallero, más como traidor, y mató a mi hermano y desterró a mí tan gran tiempo fuera del reino, y ahora, por gracia de Dios y ordenación del conde Edos, mi señor y padre que presente está, que ordenó y buscó carrera por do viniere con mi señor marido deliberadamente a reinar y succeder en el reino de mi señor padre. A vosotros plega abrir vuestros coraçones y partir mano del traidor de Brocadán, que quien con malo se acompaña malo ha de ser, que todas las cosas del mundo traen su semejable: el bueno con el bueno y el malo con el malo. Por ende, si alguno de vosotros está aquí que le pesa con la muerte de Brocadán y no le plaze con mi venida, yo vos ruego, como fieles y leales cavalleros, que al que lo supiere que lo diga luego aquí, porque mi señor marido e yo nos sepamos guardar dél, que muy malo es el ladrón de casa.

Y desde que Leonela esto hubo dicho, todos dixeron a una voz:

– Señora, tú eres reina y señora natural; vive y reina sobre nos muchos años, porque por tu venida seamos ensalçados y el reino mantenido en justicia.

– Pues que así es, dixo Leonela, que a todos plaze con la venida de mi señor marido y mía, yo vos ruego que lo recibáis por rey y por señor, que esse vos libró del peligro en que vivíades con vuestro enemigo; y creed que este es hijo del rey Padamón y de la noble reina Deida, reyes y señores muy poderosos y honrados, al qual tomo y recibo por mi marido y señor.

Y quando oyeron, huvieron todos muy gran plazer y alegría, que mayor no podía ser, y dieron gracias a nuestro señor Dios porque tal señor les había dado que todas sus honras llevaría adelante, y entonces le fueron todos comúnmente a besar las manos, y assentáronle en la silla de los reyes, y pusieronle la corona del rey en la cabeça, e con muchas alegrías que se hazían aquel día en la villa, recibieron por rey y por señor a Canamor, y a Leonela por reina y por señora. Y allí fueron hechas las honras del matrimonio muy ricas, y dieron a Canamor y a Leonela aquel día del recibimiento de la boda muchas ricas joyas, assí cavallos como paños de peso y seda y otras muchas cosas, y halló Canamor mucho thesoro que había dexado el malvado de Brocadán.

CAP. X. – De cómo el infante Canamor asseguró su reino, y después él y la reina se fueron a ver a su padre el rey Padamón, y del rico recibimiento que se hizo.

Desde que el rey Canamor fue sano de sus heridas, anduvo por su reino y conosciéronle las gentes y adoravan en él, y él dioles en qué biviessen, y a los malos sacó de entre los buenos, e hizo justicia dellos, y asseguró a sí y a todos los lugares y caminos de sus reinos, que estavan maltratados de aquellos que dexó el malvado de Brocadán, y de todos los que pudo haver de todos hizo justicia, y assí fue este rey Canamor muy justiciero y amigo de Dios y de su gente y muy esforçado; y después que todo su reino hubo andado y asegurado, bolviose a la reina Leonela su muger a la cuidad de Tersia, y holgó ay. Y allí estando, el rey Padamón su padre supo cómo su hijo era rey, y hubo mucho plazer, y mandó hazer por el reino de Persia muchas alegrías; y después que esto hubo hecho, guiso de lo ir a ver, y súpolo el rey Canamor cómo su padre le quería venir a ver y vio cómo no era derecho, y habló un día con la reina Leonela su muger, y díxole:

– Señora, nuevamente me es dicho que el rey mi señor padre me quiere venir a ver, por ende parésceme que más razón es que vamos nosotros a ver a él y a la reina.

A la reina plúgole dello, y húvolo en mucha dicha por ir a ver al rey Padamón y a la reina Deida, sus suegros, y dixo al rey Canamor su marido:

– Señor, de buena razón assí se deve de hazer como vuestra merced dize.

Entonces le dixo el rey que adereçasse las cosas que a ella conviniessen llevar, y que él adereçaría lo que a él convenía. Y luego mandó Canamor fletar una nave para sí y para Leonela en que fuessen, y otras quatro naves para llevar quanto menester huviessen. Y la reina llevó muy ricos paños y joyas, como aquella que iva en tal embaxada, e hizo adereçar seis dueñas y seis donzellas ricamente guarnidas. Y Canamor llevó consigo al conde Edos, con quien él hazía todos sus hechos, que no salía de su mandado en aquello que le convenía, y llevó otros veinte cavalleros y veinte donzeles de su cámara muy ricamente arreados. Assí entraron en sus naves y fuéronse en el nombre de Dios su viage; y con buen viento que huvieron, en quatro días llegaron a la ciudad de Persia do el rey Padamón estava. Y desde que el rey supo que su hijo Canamor venía, con mucha alegría mandó adereçar toda la ciudad, y que sacassen a las puertas y por las fenestras cada uno de las más ricas joyas que tuviessen en sus casas; y assí hizieron estrados muy ricos a las puertas, y emparamentaron las calles todas de muy ricos paños de peso y de seda, y con otras joyas maravillosas, que era una real cosa de ver. Y desde salieron de la mar fueron recibidos de muchos cavalleros y dueñas y donzellas con magnífico recibimiento, tañendo y cantando muy altamente muchos instrumentos; y el rey Canamor, desde vio a su padre, besole las manos, y después a su madre. Y la reina Leonela fue por besarles las manos, y no se las quisieron dar; y tomáronla con mucho plazer el rey y la reina, y diéronle muchas vezes paz, y estaban maravillados de la su beldad. Y el recibimiento hecho, entráronse en la ciudad cavalgando con muchas alegrías. Y el rey Padamón traxo a su hijo por toda la ciudad, mostrándole todas aquellas riquezas que estavan por las calles, y assí se fueron al palacio; y el rey Padamón tomó a su nuera la reina Leonela, y el rey Canamor llevaba a su señora la reina Deida, y todos los otros cavalleros a las otras dueñas y donzellas; y assí fueron en buena ordenança hasta que llegaron al palacio del rey, y allí se pagaron el rey Padamón y la reina Deida de la habla, virtudes y parescer de la noble reina Leonela; y nunca el suegro la quitaba de sí, tanto amor le había; y holgaron con ellos quinze días con muchos vicios y plazer.

CAP. XI. – Cómo el rey Canamor y la reina Leonela se bolvieron para su tierra y fueron muy alegremente recibidos

Al cabo de los quinze días, despidiéronse del rey Padamón y de la reina Deida, y entraron en sus naves y huvieron muy buen viento y la mar pagada, y al cabo de seis días llegaron a su reino. Y desde que llegaron fueron a la ciudad de Tersia, donde fueron recibidos con muy grandes alegrías. Y assí reinó Canamor gran tiempo muy amado de todos los de su reino; y conquistó muchas tierras, y mató muchos moros, y peleó muchas vezes con los turcos, y ganó mucha tierra con que ensanchó las suyas, y venció muchas batallas campales con duques y condes y reyes muy poderosos, de que hubo muy gran nombradía por todas las tierras sus comarcas, y todos le havían miedo; y puso muy gran espanto sobre sus enemigos; y siempre fue vencedor en las batallas y nunca fue vencido; y hubo un hijo en la reina Leonela, que fue maravilloso cavallero en armas y muy cumplido en virtudes. Y este infante hubo por nombre Turián.

Aquí comienza el cuento y grandes aventuras que hizo el infante Turián, hijo del rey Canamor y de la reina Leonela

Este infante Turián era tan bueno y tan adereçado cavallero en armas y en todas las otras cosas que más no podía ser otro cavallero. Y quando este infante fue en edad de veinte años, en manera que podía tomar armas, estando el rey Canamor su padre un día hablando con sus cavalleros en una huerta, este infante estava ay hablando con unos mercaderes, y preguntoles que de dónde eran, y ellos le dixeron que de la tierra del rey Ados; y a bueltas de muchas razones, començaron a hablar en el parescer de las donzellas hijas dalgo, y ellos dixeron:

– Señor, hazémosvos saber que la más hermosa donzella que nunca nosotros oímos dezir, ni creemos que aya en ningún reino es la hija del rey Ados nuestro señor.

Y Turián, quando se lo oyó dezir, fue my maravillado, y llamolos aparte y díxoles:

– Que vos Dios vala, amigos, que me queráis dezir del parescer desta donzella, que bien creo que lo podéis vosotros saber, pues sois naturales del reino del rey Ados, vuestro señor; y si la verdad me dezís, yo vos prometo que nunca de mí lo perdáis; ca yo os puedo aprovechar en vuestros hechos con el rey mi señor y en otro lugar qualquier donde vos plazerá.

Y desque esto huvo dicho el infante Turián, dixeron los mercaderes:

– Señor, vuestra merced nos demanda la verdad, y nos, en quanto supiéremos dezir, vos la diremos. Señor, esta donzella nosotros nunca la vimos, por la gran guarda que el rey Ados su padre en ella pone; mas dezímosvos, señor, que en aquel reino no hablan della naturalmente como de otra muger, mas como de cosa maravillosa.

Y dixo Turián:

– Dezidme, amigos, que Dios vos vala, ¿cómo es guardada esta donzella?

Y los mercaderes respondieron:

– Señor, el rey Ados su padre la tiene en una villa muy buena y cumplida de todas cosas, a la qual llaman Sesena, y es muy buen puerto de mar, el mejor de toda aquella tierra; y assí hizo hazer su padre un alcáçar ribera de la mar, muy fuerte y bien torreado; el cabo entra dentro en la mar y viene a juntar con el muro de la villa; y allí está aquel castillo de todas partes muy fuerte. Y allí tiene cabe aquel castillo una huerta muy hermosa cumplida de todos árboles y de todas fructas; y cabe aquel castillo está una torre muy alta que junta con el alcáçar, y allí la tiene el rey nuestro señor a su hija, y están con ella muchas donzellas de alto linaje. Y nunca el rey de allí la saca sino en el tiempo del verano, que sale a holgarse a esta huerta con sus donzellas a tomar flores y a comer de la fructa.

Y desque los mercaderes esto huvieron dicho, dixo Turián:

– Amigos, ¿sabéis cómo ha nombre esta donzella?

Y ellos dixeron:

– Señor, llámanla Floreta, y pusiéronle este nombre porque era flor de todas las donzellas.

Y Turián fue maravillado desto que los mercaderes le dixeron, y pensó en su coraçón que si él pudiesse haver tal muger como esta, que le sería gran ensalçamiento sobre todos los cavalleros de su reino. Y entonces se partió de los mercaderes y andúvose paseando en su cabo por la huerta, pensando cómo podría esto acabar. E pensó de entrar a su aventura en una nave, y llevar consigo algunos cavalleros de su padre, e ir en esta demanda desta donzella, y cuidó que si a Dios pluguiese que él la hallasse en aquella huerta do los mercaderes le havían dicho, que la podría bien haver.

CAP. XII. – De cómo el infante Turián deliberó de se partir en requesta de la hermosa Floreta, hija del rey Ados. Y de cómo hubo licencia de su padre y atavíos y aparejos para su camino, y de lo que ende le aconteció.

Desde que esto hubo bien pensado en su corazón, llamó al conde Aliseles, amo suyo que lo había criado, y habló con él toda la manera de aquella donzella como los mercaderes le habían dicho, y cómo era su voluntad de ir en aquella demanda y morir por la haver. E díxole el pensamiento que había havido por la haver, y que quería entrar en una nave con algunos cavalleros e ir a aquella villa de los mercaderes le habían dicho que estava esta donzella. Y quando el conde se lo oyó dezir, que en su niñez quería ir en tal demanda, maravillose mucho. Y díxole que hiziesse sus hechos como hombre que había de sacar hija de rey tan guardada, que primero viesse la salida que la entrada. Y desde que el conde hubo dicho esto y otras cosas, pensó en su corazón que aquella donzella venía a la huerta, y dixo al infante:

– Señor, yo creo que vos podéis haver muy bien esta donzella que dezís; y como quier que sea, yo quiero ir con vos. Y porque ayáis buen fin en vuestros hechos, id con licencia del rey vuestro padre y con su bendición, y dezidle que queréis ir a otro lugar, que si le hazéis esta relazió no vos la dará; y esto ponedlo en obra por que partamos lo más aína que vos quisiéredes, y podremos en tanto que nos haze buen tiempo.

Y desde que Turián oyó dezir al conde esto, plúgole mucho porque quería ir con él y fuesse luego al rey su padre, que estava en el palacio departiendo con algunos cavalleros de su corte, y llevolo a la cámara de la reina su madre, do estava con sus donzellas, y apartolos y besoles las manos, y díxoles estas palabras:

– Señores, con mocedad y poca discreción, y fallescimiento de mi entendimiento, no sé si podré acabar según devo lo que a vuestra merced començaré a dezir: a vuestra merced le plega de me corregir y emendar si por ventura no vos viniere en plazer; a vuestra merced pongo de me emendar y de vuestros mandamientos no passar, y cessar toda cosa que en mi voluntad esté propuesta de començar.

Y desde que el infante esto hubo dicho, el rey y la reina començáronse a sonreír, y no podían pensar qué les quería dezir, y pensaron que burlava. Y finalmente mandaron que les dixesse lo que quisiesse. Y luego el infante habló, y dixo:

– Señores padre y madre, cuyas manos beso vezes sin cuento, si posible a mí es. Hágoles saber que mi voluntad y propósito es por algunos días de me partir de vuestra señoría e ir con algunos cavalleros de los vuestros, si vuestra merced me los diere, a un lugar, por provar mi mocedad e ir a buscar otro mi igual con quien pueda hazer alguna justa por mi persona. Ca, señor, los hijos de los reyes y de los grandes señores, mal parescen todavía en casa de sus padres después que son hombres para hazer algunas cosas por sí mismos. Y, señor, lo vuestro ganado lo tengo, y por alcançar prez y honra y fama me tengo de trabajar, que assí hezistes vos, señor, que alcançastes a ser rey en vida de mi señor abuelo el rey Padamón, por vuestros buenos hechos. Por ende, por no salir de vuestro mandado, demando licencia para que en el nombre de Dios me ayudéis en lo que mandaredes y me dexéis ir.

E desde que el infante esto hubo dicho, el rey y a la reina plazíales mucho por el un cabo y pesávalas por el otro, porque no tenían otro hijo en que pusiessen su amor; y que le amavan más que a quanto había en el mundo. E mandole salir fuera de la cámara y que ellos lo verían y hablarían lo que cumpliesse a su honor; y el infante les pidió por merced que no le estorvassen su propósito y que deliberadamente abriessen mano del y le dexassen ir con su propósito començado. Entonces

el infante salió de la cámara. Y el rey y la reina mandaron llamar al conde Aliseles, amo del infante, y dixerónle todo el hecho según Turián se lo había dicho, y huvieron sobre ello su acuerdo. Y por ellos bien visto y examinado, dixerón que fuesse en el nombre de Dios. E luego mandaron llamar al infante, y venido le dixo:

– Hijo, todo este hecho tuyo havemos visto y examinado con el conde, y como quiera que mucho seríamos gozosos en tenerte siempre cabe nos, pero pues que a ti plazze ve bendicto de Dios ahora; y en razón de la orden que has de llevar, veamos qué es lo que demandas para tu camino.

Y el infante Turián dixo:

– Señor, no quiero de vuestra merced otra cosa sino que mandéis a mi señor el conde Aliseles que vaya conmigo, so cuya ordenança y mandamiento yo biva y haga mis hechos; y con él me mandéis dar treinta cavalleros mancebos que en mi ayuda sean do conviniere, y una nave bastecida de armas y de vituallas y de todas las otras cosas que havemos menester y a vos venga en plazer.

Y desque el infante esto hubo dicho, el rey preguntó al conde si le plazía ir en este camino, que Dios le haría mucha merced y a él también si con el infante fuesse. Y el conde hizo semblante como que no sabía do quería ir Turián, y dixo que desseando servir a su merced, que le plazía ir en aquel camino. Y el rey y la reina se lo agradescieron mucho, so protestación que quando a Dios pluguiere que bolviessen, de se lo galardonar. E mandó llamar a todos los mancebos hijos dalgo de su corte, y díxoles lo que tenía ordenado el infante su hijo, cómo quería ir a buscar aventuras, y si les plazía algunos dellos ir con él y que les pagarían sus tierras a cada uno. E como todos los gentiles hombres querían mucho a Turián y desseavan su compañía a do quiera que fuesse, dixerón que todos irían con su merced a morir do quiera que él fuesse. Desque esto huvieron dicho los gentiles hombres, el rey se lo agradesció mucho, y mandó al infante que tomasse de aquellos gentiles hombres los que él quisiesse y menester huviesse. Y estando assí, él escogió treinta de los más galanes y más desembueltos que le parecieron, y desque los otros que quedavan aquello vieron, huviéronlo por mengua y dixerón al rey:

– ¡Cómo, señor! ¿Nosotros que acá quedamos no somos hombres do convenga? Esto es de nos gran desfallecimiento, y no lo aya a enojo vuestra merced si sobre ello acaesciere algún desfallecimiento y desastre grande.

Y respondieron sobre esto los treinta gentiles hombres que el infante llevaba de tal manera que hubo entre ellos tal escándalo y tal bollicio en la ciudad, que huvieron harto que hazer el rey y el infante en los poner en paz; y estava la ciudad en tales términos que estava en punto de se perder y de estorvarse la partida del infante.

CAP. XIII. – De como el infante se partió al puerto de Sesena con licencia de su padre, y de la gran alegría de los suyos, y del consejo que hubo.

E desque estos hechos fueron assossegados y los gentiles hombres igualados, el rey mandó fletar una nave y bastecerla de armas y vituallas y las otras cosas necesarias. Y desque esto fue hecho, el rey dixo a Turián que quando quisiesse partir, que fuesse en el nombre de Dios, que todo estava adereçado, más que le rogava que le quisiesse dezir la verdad, dó quería ir o qué empresa quería tomar, y que començasse cosa que saliesse con su honra y la fortuna no lo persiguiesse. El infante le dixo que su voluntad era dispuesta ir hasta el reino del rey Ados, y que ende haría alguna cosa de lo que a su honra cumplía. Y el rey y la reina le rogaron que toda vía les imbiasse un mensajero, por que supiesen buenas nuevas dél siempre. Y al cabo de quatro días, el infante y los suyos

fueron a demandar licencia al rey, y besáronle las manos y despidiéronse del. Y el rey y la reina le dieron paz y bendición, y llorando la reina encomendólo mucho al conde, que ya el rey se lo había encomendado. Y assí descendieron con ellos hasta la ribera de la mar, haziendo muchas alegrías y con muchos instrumentos, que era una real cosa de ver; y el rey había muy gran plazer porque veía a su hijo ir muy alegre y esforçado cavallero, y quando se partió el rey echole la bendición y díxole:

– Hijo, la bendición de Dios y la mía vaya contigo; y ruégote que por do quier que fueres, seas señor e igual de los tuyos, y parte con ellos de lo que Dios te diere de tus ganancias, ca desque les algo dieres, morirán por ti.

Y entonces movieron la nave en el nombre de Dios y fuéronse su camino y huvieron buen viento, y llevaban buenos marineros; y el infante iba muy alegre y gassajado con los suyos, y en diez y seis días llegaron a la tierra del rey Ados, y los mercaderes también con ellos en la nave. Y quando los marineros reconocieron la tierra, subieron entonces en el mástel de la nave, por ver si devisarían alguna tierra, y vieron cómo estaban cerca de la ciudad de Sesena do ellos querían, y dixeron al infante:

– Señor, albricias vos demandamos, que ya somos cerca de la ciudad de Sesena.

Y mostráronse a ojo cómo estava ribera de la mar; y él huvo mucho plazer, y dixoles:

– Amigos, antes que allá llegemos, pensad e ayamos nuestro consejo cueradamente de lo que devemos hazer.

Y desque huvieron hablado, acordaron que no llegassen la nave a la ribera, mas que fuesse el infante en el batel con quinze cavalleros y los otros que guardassen la nave.

CAP. XIV. – De cómo el infante Turián salió con quinze cavalleros y robó la infanta Floreta, y de lo que con ella passó.

Y luego hizo sacar las armas al batel, y armáronse los quinze cavalleros. Y llevó consigo los mercaderes que se lo habían dicho, y assí se fue Turián con una gran siesta que hazía, y por ventura aquella hora había salido la infanta Floreta a la huerta con sus donzellas, y havíase echado a dormir cabe una fuente toda cubierta de rosas y otros hermosos arboles, y todas sus donzellas con ella; y aunque la siesta era grande, no les hazía embargo. Y el infante Turián, desque allá llegó, por no ser visto de los de la villa, arrimose al muro que estava entre la mar y la huerta, y puso ay su escala que llevaba en el batel, y subió suso muy sotilmente, y con el conde y otros cinco cavalleros, y los diez cavalleros quedaron a guardar el batel. Y el infante entró muy passo por la huerta catando a todas partes do vería a Floreta, y andando assí y el conde con él, vídola estar durmiendo con sus donzellas cabe la fuente a gran sabor. E llegó a ella y dixo en su corazón:

– De buena ventura soy, que esta es Floreta, aunque yo nunca la vi.

Y estuvo pensando qué haría e cómo la tomaría; y el conde se llegó a él muy passo y le dixo a la oreja qué hazía, que aquel hecho no era de tardar, que tal donzella como aquella no era de dexar allí, pues era pertenescente para él. Entonces se abaxó Turián y tomó la donzella muy passo en los braços, y ella iba durmiendo; e yendo assí, a la descendida del escala, recordó muy espantada, y començó a dar grandes gritos, y recordaron todas las donzellas; y quando hallaron menos a su señora, començaron a dar fieros gritos, y desque esto oyeron los de la villa, vinieron todos armados a la ribera de la mar, y començáronles a tirar con las ballestas, y otros lançávanse en las naves y començaron a ir en pos dellos; y no osavan llegar quando veían tantos cavalleros bien armados, y tiravan con ballestas que no osavan llegar; y assí se fueron Turián y sus cavalleros y llevaron su

doncella. Y quanto ivan ellos de alegres tanto iva ella de triste y llorosa, e hizoles muy buen tiempo y la mar muy pagada. Y Turián entró en la cámara de la nave y tomó a Floreta por la mano, y metióla en la cámara, y desarmáronle; y desque todos los cavalleros fueron desarmados, saliéronse fuera de la cámara y quedaron Turián y Floreta ambos a dos arrimados a una cama, y díxole:

– Señora, cessen ya vuestros lloros, que no os aprovechan ninguna cosa: que Dios me hizo mucha merced en me adereçar que yo fuesse a aquel lugar do vos estávades, que yo os huviesse y vos traxesse a este lugar do vos ahora tengo; ca yo os juro que, según la hermosura que de vos me dixeron, no quisiera no vos haver visto por quanto ay en el mundo; y buena ventura dé Dios a quien me habló de vos, ca por mucho bien que de vos me dixeron, no me pudieron tanto dezir como en vos veo; por ende, señora mía, no vos pese por esta fuerça que vos he hecho; siempre os verná por mí mucha honra, y podrá ser que valga yo por vos mucho más.

Y no embargante que Floreta estava llorando y solloçando, y mirando a Turián, que le parecía muy bien lo que dezía, y estava muy enamorada dél; y limpiando sus ojos, díxole:

– Señor, pues que a Dios plugo que huviesse de ser vuestra, y por mi ventura esto estava ordenado de mí y soy deliberada a vuestro mandato, no puedo ál hazer, plega a Dios nuestro señor que yo valga más por vos y nos amemos de tal amor, por que yo olvide al rey y a la reina, mis señores padre y madre, so cuyo desseo biviré todos los días de mi vida.

Y diziendo esto Floreta, començó a llorar muy rezió, que era gran dolor de la ver. Y Turián, quando assí la vio, por dar alegría a su coraçón, con mucho plazer fue a la dar paz y saltávanle las lágrimas de los ojos porque la vía llorar, y alagándola alimpió los ojos, y començó con palabras de amor a confortalla. Quando esto vido Floreta, dixo a Turián:

– Virtuoso señor, una cosa vos quiero preguntar, e yo bien creo que si me amáis de coraçón que me la diréis.

E dixo Turián:

– Señora, grave cosa sería aquella que vos me preguntássedes que yo no os dixesse, aunque me fuesse recibir muerte.

Y Floreta le dixo:

– Señor, quiero vos preguntar quién fue el primero que de mí vos habló.

Turián le dixo:

– Señora, porque os quiero bien, quiérovos contar todo el hecho de la verdad, pues me lo preguntáis. Hágovos saber que unos mercaderes que vienen aquí en nuestra compañía, vassallos del rey Ados, vuestro señor padre, me lo dixeron, y me contaron muchas virtudes de vos, las quales al presente quiero dexar de vos las recontar.

Quando la infanta oyó dezir a Turián que vasallos del rey su padre se lo havían dicho, y que estaban allí, fue maravillada y plúgole mucho dello, por saber de qué lugar eran. Y pidió por merced a Turián que la dexasse estar con ellos un poco por saber dellos alguna cosa; y Turián le dixo:

– Señora, tiempo tenéis de estar con ellos cada vez que quisiéredes; y pues havemos derramado muchas palabras en hechos agenos, tornemos a los nuestros. Señora, como quiera que los mercaderes me dixeron que vos llamavan Floreta, quiero ser certificado dello, que bien parece que el que vos puso este nombre fuistes dél bien mirada por ser tan verdadero en vos. E yo vos juro, por la bendición del rey mi señor padre, que assí vos podéis llamar flor de las flores.

Y desque esto hubo dicho Turián, dixo Floreta a Turián:

– Señor, dixéronvos verdad, que el mi nombre este es, y en mí no cabe otra hermosura sino la que vos me queréis dar. Pues, señor, yo vos he contado mi hecho, a vos plega que sepa yo el vuestro.

Y Turián le dixo que él havia por nombre Turián, hijo del rey Canamor y de la reina Leonela. Y quando ella le oyó dezir que era hijo de rey y de reina, huvo mucho plazer y fuele a dar paz con puro amor. Y luego la tomó Turián en los braços y dio con ella en la cama, y allí hizo Turián todo lo que quiso con ella. Y hallola muy acabada donzella y virgen. Y fueron el uno del otro muy pagados. Y dixo Floreta:

– Señor, ahora he olvidado el llorar y amor de padre y madre, y en vos es todo mi bien y esperanza y amor.

CAP. XV. – De cómo el infante Turián, después de haver hablado con la infanta, habló con el conde y los suyos, y cómo se partieron, y de la gran tormenta que passaron.

Desque en hora buena huvieron hecho, salió Turián de la cámara, y quedó Floreta en la cámara. Y estando en esto, el conde Aliseles estava hablando con los cavalleros, y díxole:

– Hijo mío, la bendición de Dios y la del rey vuestro padre ayáis en tan noble empresa como tomastes, ca bien creo yo que havéis acabado esta aventura con esta señora por que seáis rey en vida de vuestro padre, y muy gran señor, y ayamos nosotros parte de vuestro bien.

Entonces dixo Turián:

– Yo vos juro, señor conde, por la bendición del mi señor, que no querría oy estar sin esta fuerza desta donzella por el reino de mi padre; ca yo entiendo, plaziendo a Dios, de ser rey en vida de mi padre, o muy gran señor por causa della; y si a Dios pluguiere que todos vamos con bien y se adereçan nuestros hechos, yo partiré de mi pobreza con vosotros.

Y assí ivan todos muy alegres en aquel viaje; y Turián mandó a los marineros que subiessen encima del mástel por ver si divisarían tierra, y vieron cómo estavan aún en el reino del rey Ados padre de Floreta. E dixo Turián:

– Por Dios, amigos, pugnad de guiar la nave contra Tersia la hermosa, que querría ir allá con esta señora, que está ay el rey mi padre.

Y assí ivan todos con gran alegría porque estavan ya cerca del reino del rey Canamor, padre de Turián. Y assí andando, tomó el conde Aliseles y sacó a Floreta de la cámara, y traíala por la mano, y arrimáronse ambos a dos al cabo de la nave, y mostrávale el conde las villas y castillos que estavan por la costa de la mar, y díxole:

– Señora, si a Dios pluguiere, desta tierra toda seréis vos señora y Turián, que todo esto es del rey Canamor su padre, y es tierra muy viciosa.

Y dixo Floreta al conde:

– Señor, assí plega a Dios que lleguemos allá todos con bien; ca, si yo bivo, no lo perderéis de mí los que aquí venís.

Y a ella pareciole muy bien aquella tierra, y no veía la hora de ser llegada a la ciudad de Tersia. Y andando assí, al tiempo que ivan en la mejor sazón, vínoles un viento de cara muy malo, que les hizo bolver la nave atrás, y desque los marineros aquello vieron, dixerón al conde:

– Señor, ¡perdidos somos!

Y ellos estavan tan desacordados, que no sabían qué se hazer; y la mar conturbávase y rebolvíase, y parávase cada ola en tal manera más brava, que maravilla era; y estavan todos desacordados, y hazía muy gran ñublado, y truenos y relámpagos. Y dixo Turián:

– Conde señor, no veo buena señal.

Y luego tomó a Floreta por la mano, por que no viesse a ojo su muerte, y metiola en la cámara de la nave, y díxole al conde:

– Señor, entradvos aquí con Floreta, y esforçadla en tanto que yo voy a ver que hazen estos.

Y el conde entró en la cámara con Floreta y començó a hablar con ella muchas cosas de pasatiempo por que no parasse mientes en la fortuna de la mar. Y el infante Turián fue a los marineros, y dixoles:

– Amigos, ¿qué remedio ponéis en este hecho?

Y los marineros le dixerón:

– Señor, el remedio y bien nos venga de aquel que lo sabe dar; ca, según ahora vemos, perdidos somos.

Y desde esto oyó el infante Turián, pesole mucho de coraçón, que no sabía que se hazer, de manera que su ánima era en mucha tristura, ca muy mayor dolor estava en su coraçón por la muerte de aquella señora que no de la suya, por el gran amor que le tenía; y mientras más iba andando el día, más se conturbava la mar, de guisa que las arenas hazía a suso subir, y todo quanto en la nave iba, todo se les iba perdiendo, y no podían estar, que se les henchía la nave de agua y del todo se iban ya a perder, y el mástel se estremecía que se quería quebrar; y assí andava la nave a la redonda, que cuidavan se despegava, y eran más ciertos de la muerte que no de la vida. Y Turián rogava a los marineros que no diessen voces y que callassen su trabajo, por que no lo oyesse el conde que estava con Floreta en la cámara; y el conde no pudo assossegar, que bien veía el trabajo que fuera andava, y tenía a Floreta muy desmayada, de manera que se iba a la muerte, y no salía afuera a ver la tempestad por que Turián no supiesse del desmayo de Floreta; antes dixo Turián a los marineros:

– Amigos, por Dios, no desmayéis, ca más no viviréis por vos dexar morir y desamparar. E hizo atar el mástel de la nave, y atáronlo con cuerdas bien, y començaron a gobernar la nave, y esto hazían a malas penas, que no podían estar en sus pies, y vínoles ya la noche muy oscura y espantosa, que no sabían a qual parte iban. Y dixo Turián al maestre que tomasse el aguja y viesse si iban bien, y esso poco que mareavan se lo hazía hazer Turián por fuerça, que él y los marineros todos se querían ir a lançar en la mar. Y assí anduvieron toda aquella noche en muy gran tormenta, agua, viento, truenos y relámpagos, y apedreava. Y quando vieron el día, plúgoles mucho con él, y desde se vieron aquella mañana en la mar alta, huvieron muy gran espanto, y como el día iba andando, assí el viento iba quebrantando, y la mar se hazía más llana, mas no podían saber en qué lugar eran; y assí se tornaron aquella noche atrás más que pudieran andar en quinze días con buen viento; y desde el medio día fue passado, vieron tierra ante sí, y quisieran ir allá. Y dixerón los marneros que era aquella tierra del rey Ados, padre de Floreta; y andavan muy enojados de la mar, tanto que no lo podían sufrir, y acordaron de salir fuera a la ventura, mas el viento no les quiso dexar. Ca vino de escontra essa tierra, e hízosela aína perder de vista, y metíalos muy altos en la mar. Entonces dixo el conde Aliseles con desesperación:

– Amigos, esta fortuna que Dios nos da es por nuestros pecados y por nuestra mala ventura; no sé qué consejo nos tomemos ni a qual parte salgamos.

Entonces el infante entró en la cámara de la nave y halló a Floreta muy aquejada, y conortávala lo mejor que él podía, y dezíale:

– Señora, laodo sea Dios, ya somos fuera de la tempestad y del peligro, y de toda tribulación.

Y entonces dixo Floreta:

– Señor, assí plega a Dios porque no vea ya más pesar, ca dirá ahora el conde que el vuestro pecado y el mío les haze a ellos esto padecer.

Y el conde Aliseles les dixo a los marineros:

– Amigos, ¿qué viento es este?

Y ellos dixeron que, si les durasse, que bien podrían ir en cinco días a sus tierras, y mareavan muy bien con aquel viento que les era buelto; y luego les hizo otro viento que les fue muy contrario, que les hizo mayor tormenta que la primera, de guisa que anduvieron un mes por la mar muy cuitados y con muy esquivia tormenta, y los vientos se les bolvían de muchas maneras, que no podían salir a tierra ninguna que fuesse.

CAP. XVI. – Cómo el maestre de la nave y el conde, y todos los cavalleros, acordaron de echar a Floreta en la mar, pensando salvar con ello la vida a todos.

Dixo el maestre de la nave al conde:

– Señor, creed que en fuerte punto entró esta donzella en esta nave, que nunca de aquí saldremos en tanto que ella aquí anduviere. Y ahora ved que queréis hazer, que este mal nos viene por algún pecado suyo o por los nuestros, que veo que nos vamos a la muerte y no lo vemos.

E todos cataron en esta razón que el maestro dezía, y vieron que podría ser verdad.

Y mientras que Turián estava en la cámara con Floreta, que ya no sabía de sí, apartáronse escondidamente todos los cavalleros, que Turián no lo supiesse, a aquella habla que el maestre había dicho. Entonces dixo el conde:

– Amigos, paréceme que pues a nuestro señor Turián podemos dar vida, que busquemos por todas partes por dó se la demos; ya sabéis la encomienda que el rey su padre dél nos hizo; y pues que assí es, tomad esta dueña y lançadla en la mar, que más vale que se pierda ella que nosotros y nuestro señor; por ende ved lo que queréis hazer. E si en esto que yo digo acordáredes todos, no lo detardemos, que no estamos en sazón de alongar razones.

Entonces dixeron todos que era bueno, y que se hiziesse como el conde mandava; y el maestre de la nave dixo:

– Señor, ya sabéis que tal hecho como este se deve hazer con gran acuerdo y secreto; y para que mejor lo podamos hazer y a nuestro salvo, vamos a la cámara ahora que Turián y Floreta están durmiendo, y saquemos todas las armas, y assí no terná con qué la defender, y tomársela hemos por fuerça, y assí la echaremos en la mar más aína.

Y con este acuerdo se fueron todos muy quedo y entraron en la cámara, y sacaron las armas todas que dentro estavan. Estando ellos en esto, recordó Turián despavorido, y violos estar todos juntos, y díxoles:

– Amigos, ¿en qué andáis o qué queréis hazer que vos miráis unos a otros?

Y allí dixo el conde:

– Señor, yo vos lo quiero dezir. Por ende ruégovos no lo ayáis a enojo, que bien creo que si hazemos lo que tenemos hablado y acordado entre nosotros, que escaparemos de la muerte vos y todos nosotros. E si assí no lo hazemos, es cosa muy cierta, según la fortuna tan contraria nos es por nuestros pecados, no esperamos sino morir en esta mar.

Y Turián le dixo:

– Señor conde, si por aventura vosotros esso tenéis pensado de hazer, sería muy gran bien.

Entonces le contó el conde la habla que habían hecho, que si Floreta no muriesse que nunca del mar saldrían.

Y quando Turián esto oyó, fue mucho espantado, y dixo:

– Por cierto, conde, no havéis hecho habla de amigo, sino de enemigo, que en la mi muerte hablastes, que no en la de Floreta, y sobre esto tengo de morir; ca en buena fe vos no podéis matar a ella que a mí no matéis primero.

Dixo el conde:

– Por Dios, señor, no seáis de mal seso, y no queráis morir en esta mar por una muger; ca por demás vos es, que no os dexaremos nos aunque queráis.

Y desque la infanta Floreta esto oyó, vinose para Turián llorando mucho de sus ojos, con el gran miedo de la muerte, diziendo:

– ¡Ay, el mi señor Turián!, ¿No se podría escusar esta mi muerte?

Entonces dixo Turián llorando:

– Ay el mi señor conde, de merced vos demando que no vea yo su muerte; mas si assí lo queréis hazer, echadnos a ambos a dos en la mar, pues que por nuestro pecado nos vienen estos males y por la sacar yo de casa de su padre.

Allí se despidió ella de Turián, llorando la muerte que había de pasar, diziendo:

– ¡Ay el mi señor y el mi buen amigo Turián!, ¡Qué ventura mala fue la mía el día que vos conocí, que tan poca fue a mi vuestra vista!

Y acabando esto de dezir, travaron todos los cavalleros della para la echar en la mar. E desque Turián lo vio, començó fieramente a llorar y mesar sus cabellos, que no había hombre que no huviesse duelo dél, y todos lloravan, que no sabían que se hazer, de que estavan en aquella tormenta, y desseavan buscar la vida por qualquier parte que fuesse. Y Turián les dixo:

– Señores, por Dios os ruego que si el tiempo abonare que no la matéis, que en acordándoseme della será poca mi vida, y, por Dios, no me parece que este es buen acuerdo de vassallos ser en muerte de su señor; y siquiera alguno de vosotros devría de apartarse de tal traición y no consentir en tal consejo y en tal traición, mas bien parece que todos sois contra mí, y bien creo que de lueñe vino esta habla hecha.

Y dixo el conde:

– Señor, porque biváis lo hazemos, que si mataros quisiésemos, a ella y a vos dexaríamos en esta nave solos, ca somos bien ciertos que nunca de aquí saldremos desta mar, mientras aquesta dueña aquí anduviere.

CAP. XVII. – Cómo Turián se retruxo con Floreta, y de cómo el conde y los otros, pensando en su propósito de la echar en la mar, por ruego de Turián la dexaron en una peña sola.

Entrose Turián con Floreta a la cámara, y allí començaron ambos a dos a departir su tristura, y lloravan ambos que no había hombre que los viesse que no los ayudasse a llorar y no le quebrantasse el corazón; y dixo Turián a Floreta:

– Señora, ¿vistes nunca en vuestra vida tan gran traición de vassallos, ordenar la muerte de su señor?

Y dixo ella:

– Señor, si ellos saben que por mi muerte vos y ellos saldréis desta fortuna, muy gran derecho hazen, que más vale que muera yo que no vos ni ellos, ca, señor, en fuerte hora entré yo aquí con vos, que el mi pecado y el vuestro haze todo esto.

Y dixo Turián:

– Señora, por Dios no digáis eso, que la vuestra muerte no será sino la mía; y si ellos me dexan mis armas, yo vos los mataré a todos; y ahora, señora, yo haré cosa por do me ayan ellos de matar, o me mataré yo con mis manos.

Estando Turián en esto, estava un cavallero escuchando a la puerta de la cámara, y oyó todo lo que havían dicho y fue lo a dezir a los otros, y dixerón ellos:

– Pues que assí es, dexémosla esta noche, y desde la mañana venga, tomemos a Turián y atémole las manos; y después tomaremos a Floreta y echarla hemos en la mar.

En esto acordaron todos, y a Turián y a Floreta se les hizo aquella noche muy pequeña, pensando en lo que havían de hazer aquellos cavalleros; y toda aquella noche no hizieron sino llorar; y quando vino la mañana, la nave estava muy dentro en la mar, y el conde y los otros cavalleros se fueron a la cámara donde estavan Turián y Floreta, y abrieron la puerta y entraron todos dentro, y desde Turián y Floreta los vieron, fueron espantados; y tomaron a Turián y atáronle las manos, y él dava fieros gritos diziendo que hazían gran traición y por Dios lo quisiessen dexar, que él no era ladrón, que a los ladrones atavan las manos quando los havían de pugnir del mal que havían hecho, y que huviessen piedad dél, siquiera por el pan que havían comido del rey su señor. Y de todas estas palabras no curava el conde ni los otros cavalleros, y dezíanle:

– Señor, sabed que ni por esso dexaremos de hazer aquello que sea bien para vos y para nosotros.

La infanta Floreta se abraçó con Turián llorando y dando fieros gritos, que no havia hombre que no quebrasse el coraçón de las cosas que cada uno dellos hazía. Entonces echó el conde mano de Floreta y torcióle los dedos, y apartola de Turián y dixo a los otros:

– Tened a Turián, irla he a lançar en la mar, que estamos aquí alongando razones con nuestro daño.

Y quando aquello vio el infante Turián, començó a dar muy grandes gritos y dolorosas palabras, rebolcándose por el suelo, que con las manos atadas no podía nada hazer; y los otros cavalleros estavan todos asidos del; y desde vido que ál no podía hazer, dixo al conde:

– Por Dios y por merced te pido, que me dexes hablar un poco con ella; y después haz de mí y della lo que quisieres.

Quando el conde esto le oyó, díxole:

– Señor, ¿hasta cuándo han de ser estas hablas?

Y llegola el conde a Turián llorando, y díxole:

– Despachad, señor, con ella essa habla, que ya vedes que no estamos en tiempo de la detener mucho tiempo, pues nuestra muerte es muy cercana.

Y Turián habló con Floreta solloçando, que no podía hablarle palabra y díxole assí:

– Señora mía, triste fue aquel día que de ti me hablaron; más pues assí estava ordenado que por mí muriesses, por te sacar de casa de tu padre, bien pueden dezir que de tu muerte yo soy matador; y como quiera que el conde te manda matar, yo me puedo llamar matador y homicida tuyo, y tu ánima será a mí cargada. Pero, señora, como tú mueras ahora, miémbtrate de aquel que murió por ti y tomó muerte y pasión, que vas a morir mártir deste mundo, pues mueres a sin razón; y luego soy contigo, plaziendo a Dios, que pensando en ti, mi vida fenecerá, y en esto no ay que dudar. Y pues que esto no se puede escusar, por Dios te pido que me quieras perdonar.

Y Floreta, bañada en lágrimas, dixo a Turián:

– Señor de mi vida: pues esta muerte estava ordenada de mí, yo la recibo con mucha paciencia, porque sé que me matan a sin razón, y tanto más me pesa de vuestros trabajos como de los míos; por ende yo vos perdono para aquí y para delante de Dios nuestro señor.

Y desde esto hubo dicho, dieron paz; y luego la tomaron los marineros, y atáronle las manos, y sacáronle de la cámara toda descabellada, los cabellos rubios como filos de oro, luengos que le

llegavan abaxo de las rodillas. Y assí fueron con ella todos llorando. Y ellos que le tenían para le dar mano subida encima del bordo de la nave para la lançar en la mar; el conde, que havia quedado en la cámara con Turián llorando, que la no quería ver morir, salió prestamente y dixo que la tuviesen un poco; entonces salió Turián muy aína con sus manos atadas, y fuese al cabo de la nave donde los marineros tenían a Floreta para lançarla, y miró muy lexos y vido una roca muy alta que estava dentro de la mar, y dixo:

– ¡Ay conde, mi señor! Por Dios y por la criança que en mí hezistes, y por el buen amor que con mi padre havéis, que no mandéis matar esta infanta, mas mandadla llevar a aquella peña y allí morirá, y no vea yo su muerte.

Y dixo el conde:

– Señor, ¿qué pro vos tiene esso que dezís, pues tiene de morir en la peña, que allí no está cosa con que pueda vivir, que no avrá allí qué comer, ni agua dulce que beber, y por esto vale más morir que tantos males sufrir.

Y desque esto huvo dicho el conde, dixo Turián:

– Señor hazedme tanto bien que me la mandéis llevar allí y me pongáis con ella, y allí moriremos ambos a dos, que bien creo que por mí y por ella havéis vosotros estas tormentas; y aunque esta donzella matéis, si a mí aca dexáis, por esso no cessará la mar de hazer sus tormentas, que tanta parte y más he yo con el pecado que ella padesce como ella, y después havréis de me echar a mí en la mar, si no todos moriréis; por ende, señor conde, no hallaréis tan bien donde me dexéis como en aquella peña con Floreta.

Y dixo el conde:

– Por Dios, infante, no cobdiciéis vuestra muerte, ca no andamos aquí por vos dexar morir, que no es essa la encomienda que vuestro padre nos dio, que ahora no se hará nada de vuestro ruego.

E dixo el conde a los marineros:

– Amigos, echad a essa dueña en la mar y desempachemos este hecho.

Y entonces Turián, con sus manos atadas, fue a echar mano de las haldas de la dueña, y detúvola que nunca de allí la pudieron echar, y dixo al conde:

– Señor, pídoos por merced que pues della no vos adolecéis, que vos adolezcáis de mí, triste hombre sin ventura, que no se pierde mi ánima por la suya, y no la mandéis ahora echar en la mar, que en la su muerte no ganaréis nada. Más pídoos por merced que la mandéis poner en aquella peña, que tanto basta su muerte allí como en la mar.

Y el conde le dixo llorando:

– ¿Quién querría ir allá con ella, que la mar anda tan brava que nunca allí podrá ir ninguno con el batel?

Y los marineros no la havían gana de echar, que por dichosos se tenían de la tener quanto pudiessen, aunque el conde les hiziesse mucho mal. Y dixeron a Turián secretamente que rogasse al conde que la mandasse llevar a la peña, que ellos la llevarían por su amor, aunque supiesen recibir muerte. Y allí besó el infante las manos al conde, y pidióselo por merced que no la mandasse matar, que no fallestería quien la llevasse a la peña por el su amor. Entonces dixeron quatro marineros, con la gran cuita que huvieron de la muerte de la infanta y las cosas que Turián hazía:

– Señor, nosotros la llevaremos, aunque vemos ser peligro, que la mar anda muy brava.

El conde les dixo:

– Amigos, si vosotros lo pudiéssedes hazer, no ay cosa en el mundo con que yo mayor plazer aya, que a mí no me plaze con su muerte tan poco como a vosotros.

Entonces descendieron los marineros al batel, y tomaron a Floreta en los brazos y desatáronle las manos. Y despidiose de Turián y del conde y de todos los otros cavalleros, llorando de fiera guisa, y quanto más llanto hazía, muy mayor dolor le era a Turián; y dixo Floreta al conde:

– Señor, bien parece que por ser muger triste y sin ventura, arredrada de mi padre y parientes, son los mis pecados más fuertes y poderosos para hazer adversidades y fortunas en la mar más que todos los de vosotros. Yo voy a morir, más no me puedo quejar ante Dios, sino de vos que me matáis a gran sinrazón, y a Dios pongo por juez que sabe todas las cosas. Y desde Floreta esto dixo, començaron todos a llorar amargamente, con la lástima que habían della, y entonces dixo un escudero de Turián:

– Señor, ir quiero con ella, ca yo quiero ver do la ponen, que miedo he que antes que allá lleguen la matarán, y después dirán que la han llevado a la peña.

Entonces dixo Turián:

– Amigo, buena ventura te dé Dios, que a ti he de mi parte, e yo te prometo, si Dios de aquí me saca, de te lo galardonar bien.

– Y entonces movieron los marineros el batel, y fuéronse en el nombre de Dios. Y luego que de allí se partieron, hincó Floreta las rodillas y las manos altas al cielo llorando, y començó a contemplar con el señor Dios, pidiéndole por merced que ordenasse della lo que su merced fuesse, y ordenasse y llevasse su alma a buen lugar; y assí fueron todos llorando con ella y maravillándose de aquellas cosas que dezía a Dios, hasta que llegaron a la peña con mucha fortuna. E Turián y el conde, y los otros cavalleros que quedaron con ellos en la nave, nunca los ojos partieron dellos. E quando venía la ola, hazía alçar el batel por tal vía, que ivan todos en gran peligro, y los de la nave dezían:

– ¡Perdidos son aquellos hombres!

Y aunque Turián aquello veía, quiesiera ir con ellos, a muerte o vida. Y plugo a Dios que los marineros llegaron a la peña y sacaron a Floreta en los brazos, y despidiéronse della con muy gran manzilla porque la dexavan sola y sin abrigo ninguno, y allí dixo el escudero de Turián llorando:

– ¡Ay, señora! ¡Mal ayán quantos tal pensamiento tuvieron, que las dos cosas del mundo que más se aman hizieron apartar! Y, señora, vos moriréis en este yermo y Turián, imaginando en vos y en la vida que havedes de passar, morirá, y mejor fuera que murieran quantos fueron y consintieron en este consejo.

Y allí dixo Floreta con grandes solloços, bañada en lágrimas y demudada de su real asseo:

– Amigo, idvos en paz, y dezid a mi señor Turián que comoquiera que yo soy cierta de la muerte más que de la vida, que no ay cosa que más aína me mate que el su desseo y la lástima que dél llevo.

Y entonces se partió el escudero de Floreta, y fuesse al batel, que le estaban atendiendo los marineros.

CAP. XVIII. – De cómo los marineros se partieron y el escudero de Turián, y dexaron a Floreta en la peña, y de cómo anduvieron por su viaje.

Mudaron su batel y fueron su viaje hasta que llegaron a la nave; y siempre ivan departiendo del trabajo que Floreta allí había de passar. Y ella, desde se vio sola, començó a dar muy grandes gritos; y estuvo allí mirando por do ivan con su fortuna, hasta que los perdió de vista; y desde ya no los vio, que los echó el viento muy lexos, subiose por la peña arriba hasta que llegó encima della.

Y quando Turián vio venir a su escudero, plúgole con él por saber aquel lugar do havia dexado a Floreta, y Turián le dixo:

– ¿Cómo es esso, amigo mío? Dios te de buen galardón por lo que aquí has trabajado por mí; dime nuevas con que cessen mis ojos de llorar.

El escudero le apretó y dixo:

– Señor, ella me dixo que no havia cosa que más aína la matasse que vuestro desseo, y que mayor ansia en su coraçón tenía de vuestros trabajos que de los suyos.

E desde que el escudero desto le contava, trastornávasele el coraçón y llorava muy reziamente, y maldezía a su ventura y no quería que ninguno le hablasse ni le entrasse en la cámara a ver, sino su escudero, y a todos tenía por enemigos. Y aquel escudero le conortava en lo que podía, y le traía de comer y se lo dava. Y Turián le dixo:

– Amigo mío, ¿dó la dexaste? ¿Cómo quedava?

Y el escudero le dixo:

– Señor, yo la dexé cabe una fuente de agua dulce, cabe la qual estavan muchas buenas yervas con que podría passar algún tiempo; y, señor, si pluguiesse a Dios que la mar abonasse y a vos hiziesse buen tiempo para que tornássemos a vuestra honra por ella, yo tornaría con vos por vuestro servicio, y la traeríamos muerta o viva.

Y todo esto le dezía por le conortar, y todo el conorte le era nada.

CAP. XIX. – De como Floreta, andando por la peña, topó con Ortaleza, muger del conde Lampinón, y de lo que con ella passó.

E Floreta assentose en la peña, y, desde que vio venir la noche, no sabía qué se hazer de miedo por verse allí sola; y levantose de allí muy cuitada, y subiose por la peña arriba. Y parose en lo más alto della y anduvo buscando abrigo do se pudiesse abrigar. Y vio en somo de la roca una iglesia muy pequeña, que estava escondida entre unas peñas. Y en esta iglesia hazía Dios muchos milagros de grandes virtudes, y llamávase Sancta María del Estrella, porque allí en somo de aquella iglesia estava siempre de noche una estrella muy luciente. Y assí cabe la iglesia estava una casa muy pequeña. E allí morava una noble dueña muy sancta y amiga de Dios; y esta dueña havia por nombre Ortaleza. Y desde que murió el conde Lampinón su marido, oyendo las nuevas de grandes virtudes como aquella hermita hazía, dexó el mundo y dio todo lo suyo a los que lo havían menester; y por estar más apartada de las gentes, tomó una criada suya que desseava servir a Dios y fuéronse allí; y un hijo que tenía, que era señor y conde en aquella tierra do su padre havia sido, visitávala cada sábado y hazíale llevar todo lo que havia menester. Y allí llaman oy día los christianos “la Peña Sancta”. Y en otro tiempo, los gentiles llamavan “la Peña Esquiva”, porque siempre es en derredor della la mar más brava. E fuesse Floreta contra la iglesia, y vido un huerto pequeño cabe una fuente y paresciole poblado. Y la dueña Ortaleza, desde que hubo hecho oración, salió fuera de la iglesia y vio ir a Floreta por en somo de aquella peña, y fue muy espantada, que no podía presumir ni pensar qué cosa podría ser aquella, y entró luego en la iglesia y llamó a su criada, y díxole:

– Hija mía, no sé qué cosa es ésta que una muger anda por aquí.

Y la moça, desde que la vio, fue muy espantada, y dixo:

– Señora, ¿qué haremos?

Ca bien pensaron que era alguna cosa mala que les venía en figura de muger. Y la dueña Ortaleza hizo el signo de la cruz, y sanctiguose y encomendose a Dios, y fuesse para ella, y conjurola en

el nombre de Dios que le dixesse quién era o cómo andava, o quién la había allí puesto en aquella peña. Y Floreta le respondió prestamente, y dixo:

– Señora, no me conjuréis, que muger soy natural como vos, formada de formamento, que Dios nuestro señor me quiso formar como a vos.

Y la dueña Ortaleza le dixo:

– Pues que así es, hija mía, ¿quién vos puso en esta peña, que quinze años ha que está en ella, que nunca vi muger sino a vos?

Y Floreta dixo:

– Señora, mis pecados me traxeron aquí; y a mí llaman Floreta, y soy hija del rey Ados y de la reina Bormida, reyes muy poderosos. Y ellos me tenían en una ciudad suya que se llamava Sese-na. E acaesció por mi pecado que huve de salir a una huerta en unos palacios de mi padre a haver plazer con mis doncellas, según lo había de costumbre otros días; y esta huerta está en la costa de la mar, cercada de una fuerte cerca. Y estando allí con una gran siesta durmiendo con mis donzellas, vino allí un infante, hijo del rey Canamor, rey de Persia, con mucha gente armada, y pusieron escalas a un muro y entraron dentro en la huerta. Y estando yo durmiendo con mis donzellas so unos rosales, por mis pecados fui arrebatada y llevada, y lançáronme en una nave, y di gritos y no fui acorrida como devía, y andando nuestro camino, que me llevaba este infante a casa de su padre, hizo tormenta en la mar, de manera que todos pensamos ser perdidos, y unos marineros que ende ivan dixeron a un conde que con ellos iba, que era ayo del infante, por quien todos se regían, que mis pecados acarreavan aquella tormenta, y sobre esto huvieron su consejo secretamente, que no lo supimos el infante ni yo, y así fui sentenciada a muerte, diciendo que así como yo muriesse, que luego abonaría la mar; y para hazer esto, fueron todos juntamente y entraron en la cámara de la nave, y tomaron las llaves y metieron dentro todas las armas del infante, por que no me defendiese, y ataronle las manos, y tomaron a mí los otros por mandado de aquel conde, y atáronme las manos y lleváronme a lançar en la mar. Y el infante mi señor, adolesciéndose de mí, llorando y haziendo gran sentimiento por ser muger y haverme él sacado, entendiendo que si aquella muerte passasse que llevaba de mí gran pecado, echose a los pies del conde y besole las manos, y pidiole por merced que no me mandasse matar, y finalmente, señora, por no alongar razones, que serán muy largas de contar si todo por menudo se huviesse de relatar, que por ruego del infante mi señor ordenaron que fuesse aquí traída a esta peña, que era lugar despoblado, y que aquí moriría por que él no viesse mi muerte. Y, señora, en fin y conclusión del hecho, unos marineros me traxeron aquí en un batel, los quales ha muy poco que de mí se partieron, y yo como triste muger sin ventura, andando buscando do me abrigasse, quando vi la noche venir, huve de subir suso en esta roca, y desde que vi poblado plúgome mucho.

Y desde Floreta todas estas razones hubo acabado, la dueña Ortaleza fue muy espantada, y llorava con ella, y assiola por la mano y fuéronse ambas departiendo contra la iglesia, y entrando dixo Ortaleza a su criada que con ella estava:

– Hija mía, cata aquí otra compañera.

Y diéronse paz. Y Floreta hizo su oración, dando gracias a Dios que la había escapado de la muerte y la había deparado tan buena ventura en hallar tal compañía. Y desde hubo fenescido su oración, fuéronse a cenar. Desde huvieron cenado, la dueña Ortaleza le contó toda su hazienda: cómo había sido condessa, muger del conde Lampinón, señor de Irlanda, y que después que el conde su señor y marido falleció, desseando siempre servir a Dios y acabar en su servicio, que propuso en su voluntad de dexar los vicios y bienes deste mundo, que son dexaderos, y ir a buscar las riquezas que siempre permanescen, y había quinze años que estava allí.

– E ahora, hija mía, pues plugo a Dios y a vuestra ventura de vos traer aquí, plazerá a Dios que ambas hagamos aquí tal vida por que merezcamos la gloria del paraíso.

Y dixo Floreta:

– Señora, pues que assí es que Dios me hizo tanta merced en venir a conoscer tal compañía, yo lo he a buena dicha, y de aquí adelante me parto y olvido de todas las cosas del mundo y me allego con vos al servicio de Dios, y tómovos por mi señora y por mi compañera, y el bien que en mí hizíeredes, de Dios lo ayáis, aunque indigna, y no sea merecedora.

Y aunque ella esto dezía, otra cosa tenía en el coraçón, que más quisiera ella estar con Turián. Y la condessa Ortaleza estávala mirando, y maravillávase de su hermosura y del su bien dezir, y por la conortar, dezíale:

– Hija señora, no vos matéis ni ensangustiéis vuestra ánima, que por aventura plazerá a Dios que esse cavallero que vos dezís, pues él tanto vos ama y por él havéis passado tanto trabajo, que verná a saber de vos, pues él sabe este lugar do vos soys.

Y entonces dixo Floreta:

– Señora, los que a mí aquí traxeron no sabían nada deste lugar, que cabe el agua me pusieron, y dexáronme allí y fueronse a la nave; y ellos bien cuidarán que yo soy ya muerta, que ellos por lugar despoblado me traxeron aquí. Assí cuidará Turián que soy muerta, y no curará de me venir a buscar.

Y assí estuvieron sirviendo a Dios muy viciosas de las cosas que havían necessarias, que su hijo el conde le imbiava cada semana todo lo que havían menester; y Floreta en poco tenía todo aquel vicio, con desseo de Turián, que nunca el coraçón dél partía.

CAP. XX. – De cómo el infante y los suyos se partieron y llegaron a la tierra del rey su padre, y de cómo trató secretamente de bolver por Floreta.

Quando los marineros llegaron a la nave, dixeron a Turián las nuevas de Floreta cómo quedava; luego començó a llorar y todos los otros con él, y dixo al conde:

– Yo no me puedo quejar de hombre de quantos aquí están mas que de vos, y todos soys mis enemigos, y vos, conde, el capital. ¡A mal vaya la criança que en mí hezistes si nunca de mí buen deudo ayáis!

Desde allí jamás habló al conde ni a los que con él fueron, sino al escudero. Y allí mandó Turián que mudassen la nave y que se quería bolver al reino de su padre con fuerte ventura. Y luego huvieron buen viento, y en cinco días llegaron al reino de su padre. Y quando supo que su hijo venía, uvo mucho plazer y con muchas alegrías lo salieron a recibir, que había grandes días que no había sabido dél; y todos salieron de la nave con gran alegría sino Turián, que estava muy triste y encubría su tristeza lo más que podía, por que el rey su padre no supiesse nada de lo que le había acaescido, ni los otros no lo ossavan hablar por miedo del rey su padre; y assí fue todo callado hasta en aquella sazón que adelante oiréis.

Estando Turián en la corte del rey su padre, y todos los cavalleros aún no lo havían visto, a cabo de quinze días llamó a su escudero, y díxole secretamente:

– Amigo, sabete que el coraçón tengo trastornado, y pienso ser loco por mi triste ventura, imaginando noche y día en Floreta, y aunque la quiero olvidar, no puedo, y quanto como y bevo me es muerte. Por ende, mi buen amigo, yo te ruego que por mi amor tú quieras trabajar de haver una nave la mejor que tú pudieres, y busca para ella otros marineros que sean buenos y te hagan segu-

rança de hazer tu mandado; y ruégote que lo hagas lo más secretamente que tú pudieres, que ninguno lo aya de saber; y si no hallares otra mejor nave que la mía, tómala, y no cures de ninguno de aquellos que con nosotros fueron, ni se lo hagas saber, que no fallecerá quien vaya con nosotros, y mete todo aquello que ayamos menester; y mete tres cavallos y mis armas, y toma todo el haver que huvieres menester; y ruégote que lo hagas muy secreto, como dicho tengo.

El escudero no sabía qué se hazer desque esto oyó a Turián, y pesole mucho porque lo tomaría en mentira, que había dicho que había dexado a Floreta cabe una fuente de agua dulce, y que estaban allí yervas con que podía passar algunos días. Y todo se lo había dicho por le conortar. Y el escudero no sabía qué hazer, pensando que sería muerta Floreta. Pero hubo de cumplir todo lo que su señor le había mandado en quatro días. Y desque lo hubo hecho, vínose para Turián, y dixo:

– Señor, todo está adereçado; paréceme que devéis entrar, que ahora haze buen tiempo. ¡Plega a Dios que ayáis mejor viaje que la otra vez!

Y Turián dixo:

– Amigo, esta noche entraremos, plaziendo a Dios, y quando fuere la noche, ponme el batel a la ribera.

E todo aquello hacía assí por que el rey y la reina no lo supiesen, por que no le estorvassen su viaje.

CAP. XXI. – De cómo se partió el infante Turián y su escudero a buscar a Floreta y cómo la hallaron.

Quando fue la noche, que todas las gentes reposavan, levantose lo más secreto que pudo y fuese a la ribera, y entró en el batel, y huvieron buen viento, y passaron la haz de la mar muy aína. Y desque huvieron passado, dixo Turián a los marineros:

– Guiad cómo la nave vaya a aquella peña que vos he dicho.

Y ellos pugnaron de lo assí hazer. E a cabo de seis días llegaron cerca de la peña, y en aquella sazón estava Floreta sobre la peña, que acabava de hazer oración y había salido a espaciarse fuera de la iglesia, y alzó los ojos contra la mar alta y vio venir aquella nave contra la peña y fuese de allí muy aína a lançarse en la iglesia, y dixo a la señora:

– Puestas somos en trabajo, que aquí viene una nave de gente estrangera. ¡Quiera Dios que no vengan a me hazer mal! Quiérome lançar en una cámara; pídivos por merced que cerréis por de fuera.

Entonces la dueña Ortaleza salió fuera de la iglesia, y vido la nave estar cerca de la peña, y fue corriendo y cerró la puerta do estava Floreta. Y estando en esto, llegó Turián con la nave a la peña e hízola ancorar, y descendió al batel y llegó a la peña. Y salieron Turián y su escudero encima de ella, y rogó a los marineros guardassen muy bien la nave; y subieron en la peña y miró a todas partes, y Turián, desque no vio a la donzella Floreta, escureciósele el corazón, y todo turbado dixo al escudero:

– Dime, tú, ¿no me dexiste quando bolviste con los marineros de llevar a la donzella Floreta que la haviades dexado aquí en esta peña, y que la haviades dexado cabe una fuente de agua dulce, y que había cabe de ella muchas yervas con que podría passar algunos días? ¡Yo veo que de quanto me dexiste no ay nada!

Y el escudero no sabía qué decir de vergüenza, y dixo:

– Señor, vuestra merced me perdone, que no lo dixese sino por vos conortar, de que vos vi estar tan triste y tan evitado; ca, por cierto, señor, en este lugar do estamos la pusimos.

Y dixo Turián muy triste, que no sabía qué se hazer de sí, al escudero:

– Dígote, amigo, que todo mi mal es doblado, y más me valiera que me dixeras verdad, que no renovaras mis dolores, ca si por ventura aquí la pusieras, el cuerpo muerto o los huessos aquí estuvieran. Y pues has hecho venir a ti y a mí en balde, jamás bolveré a ojos de mi padre.

Y desde que el escudero esto le oyó dezir, comenzó a llorar, y dixo:

– Señor, subid más arriba, y por ventura está suso en la peña.

Y dixo Turián:

– Antes creo otra cosa: que la lançastes en la mar, y acordastes de dezir que la havíades aquí puesto.

Y comenzaron de subir suso a la roca. Y en subiendo vio Turián la iglesia, y vio cabe la puerta la dueña Ortaleza, y hubo muy gran alegría en su corazón, y dixo a su escudero:

– Amigo mío, ahora te digo que es algo de lo que me dixiste, que es viva Floreta.

Entonces mudaron con mucha alegría contra la iglesia, y fallaron a Ortaleza, y díxole Turián:

– Señora, ¿vuestra merced saberme ya dezir de una dueña que fue puesta aquí en esta peña por unos marineros?

Y Ortaleza no le quiso dezir cosa ninguna hasta que supiesen quién era, como quiera que le parecía el amigo de Floreta por las señas que ella le había dado, y dixo Turián:

– Por Dios, señora, no me la queráis negar, que si ella es muerta, aquí moriré yo por su desseo, y si viva es, demandad lo que quisiéredes, que a peso de oro vos la compraré mil veces.

Entonces dixo Ortaleza:

Señor, ¿quién sois vos que tanta demanda me hazéis?

Y dixo él:

– Señora, yo soy Turián, hijo del rey Canamor y de la reina Leonela, que por mi mal conocí a esta dueña la primera vez que la vi. E ella esso mesmo a mí si ella es muerta, que por mí murió, que la fui a sacar de casa de su padre. Y por ende quiero aquí hazer penitencia de este peccado hasta que muera.

Ortaleza comenzó a llorar de aquellas palabras que Turián dezía, y dixo:

– Señor, esforçadvos, que no moriréis por esso, que, plaziendo a Dios, yo os la daré biva, que yo la tengo a muy buena guarda en aquella casa; que quando vio venir la nave, pensó que era otra gente estraña y hubo miedo, y díxome que la encerrasse allí.

Y Turián le fue a besar las manos por las buenas nuevas que le había dicho, y dixo Ortaleza:

– Señor, aquí quedad y no passéis adelante hasta que se lo yo diga cómo sois aquí, ca yo sé bien el su corazón, que le diré las mejores nuevas que nunca ella oyó; y fuese la dueña a la cámara, y dixo a Floreta:

– Hermana, aquí están vuestros amores primeros.

Y ella no le pudo hablar, que se le enflaqueció el corazón con la gran alegría que hubo. Y Turián, con licencia de Ortaleza, entró en la iglesia e hizo oración, y dio muchas gracias a Dios por la buena ventura que avido había; y después de hecha su oración, fuese contra la cámara do Ortaleza estava con Floreta; y quando se vieron, fuéronse abraçar y a dar paz de corazón, y assentáronse cabe una cama, y Ortaleza salióse fuera, y assentáronse ambos a dos y comenzaron a departir sus trabajos y lo que cada uno de ellos había passado. Y Floreta preguntó a Turián si venía con él el conde y los otros cavalleros sus enemigos que con él habían ido la primera vez. Y Turián dixo a Floreta:

– Señora, ¿por tal me tenéis que había de traer en mi compañía hombres que tal traición me hicieron? Ca bien devíades ser cierta que son nuestros enemigos.

Y en tanto que ellos estaban en la cámara, hablando y habiendo gassajado, guisoles el escudero de comer. Y desque fue guisado, mandáronlos llamar a comer, y allí comió Ortaleza con Turián, ca él la amava mucho por el bien y honra que Floreta de ella había recebido.

CAP. XXII. – De cómo el infante Turián y la donzella Floreta se partieron de la condesa Ortaleza, prometiéndole de se amar siempre el uno al otro.

Después que huvieron comido y havido gassajado, dixo Turián a Floreta:

– Señora, estemos con esta dueña que tanto bien vos ha hecho, y demandadle licencia y ved qué es lo que le plaze de mí por la buena obra que vos ha hecho y por el trabajo que con vos ha passado.

Desque esto hubo dicho Turián, Floreta se fue prestamente estar con la dueña, y díxole:

– Señora de mi vida, a la qual por méritos no podría galardonar el bien que de vos he recebido. Ya sabéis cómo el señor Dios traxo aquí mis desseos al infante Turián mi señor, y ahora, señora, él me quiere llevar consigo; como quiera que acatando bien vuestra compañía y aína a él olvidando con vos estava mi corazón, y pues plugo a Dios de lo assí ordenar, que él viniesse a me buscar, y acatando los trabajos que por mí ha padescido, no puedo resistir su compañía ni contradézir su palabra, del qual soy apremiada; por ende, señora, pídoos por merced que vos no lo ayáis a enojo y me deis licencia; y no quisiera haveros conocido tan poco como a Turián; y, señora, mi señor Turián me dixo que vos dixesse que vuestra merced fuesse de me demandar qualquiera cosa que vos venga en plazer, que mi señor Turián no vos podría satisfazer el bien que en mí hezistes.

Desque Floreta esto hubo dicho, la dueña Ortaleza le respondió:

– Hija mía, conocida por breve tiempo: las cosas que son ordenadas por Dios nuestro señor, sin ninguna dubda se han de cumplir; pues vos sois en poder de este cavallero, el qual ha padescido por vos e vos por él assaz trabajos de mal y con puro amor, y pues sois ambos a dos hijos de reyes o iguales en sangre, casadvos con él, que este matrimonio es la primera orden que Dios hizo, con la qual á él mucho plazer; e id con él en el nombre de Dios, y lo que yo de él y de vos quiero es que me hagáis pleito omenaje, como hijos de reyes, que vos no desampare y haga por vos como si fuéssedes su legítima muger y vos por él como si fuesse vuestro propio marido, pues sois pertenesciente para él.

Y desque estas razones hubo dicho la dueña Ortaleza, llegose Turián a la habla, y dixo:

– Señora, ¿dezís algún mal de mí?

Y la dueña le dixo:

– Señor, el mal que de vos dezimos es este: que me hagáis una merced que vos quiero pedir, assí como hijo de rey que vos sois, y que me lo juréis de lo cumplir assí.

Y desque la dueña Ortaleza esto hubo dicho, dixo Turián:

– Señora, no hay en el mundo cosa que vuestra merced me mande, que yo no cumpla y haga más aína que por la reina Leonela, mi señora madre.

Y la dueña Ortaleza le rogó que amasse aquella dueña con puro y verdadero amor, y que no la desamparasse en toda su vida, pues a Dios plazía de se la llevar de su compañía, por lo qual gran dolor sentía, y no la quisiera haver conocido. Desque esto hubo dicho, Turián le dixo:

– Señora, plega a Dios que vamos con bien este viaje a casa del rey mi señor, que assí lo entiendo hazer y cumplir como vuestra merced me manda; que, señora, no ay en el mundo cosa que yo más ame que a esta muger. Ca, señora, si el mi amor no fuesse puesto con el suyo tan demasiado, no havría padecido lo que por ella he padescido y padezco y padesceré hasta la muerte; y de esto que digo a vuestra merced no passaré de vuestro mandamiento.

Entonces se abraçaron y se besaron las dueñas llorando. E Turián se despidió de la dueña Ortaleza, y assí se fueron a su navío y dixo Turián a Floreta:

– Señora mía, no ayáis miedo de peligro ninguno, que por gran fortuna que venga, no ay ninguno que os empezca sino Dios del cielo que tiene el poder.

Y del bastimento que Turián traía en su nave, mandó dar de ello a la dueña Ortaleza. Y assí se entraron en su nave y mudaron en el nombre de Dios.

CAP. XXIII. – De cómo aportaron en tierra perdidos por la fortuna de la mar, y cómo descendieron de los navíos, y los navíos con el viento de noche se levantaron, y ellos quedaron en tierra y fueron a parar al castillo de Itaños.

En aquella sazón la mar hazía llana, pero no les hazía viento para que pudiesen ir a su tierra, y assí se andavan por la mar baldíos, que no sabían a dó estaban; y a cabo de tres semanas vinieron a una tierra do era señor el duque don Marrón, cormano del rey Ados, padre de Floreta. Y Turián andava enojado del trabajo que havía passado en la mar, y dixo a los marineros:

– Amigos, llegad la nave siquiera cabe esta tierra do estamos, y estemos una noche fuera de la mar.

Y llegaron la nave aquella ribera y no havía allí ningún poblado, y passaron adelante y vieron alexos delante de sí una villa, y plúgoles mucho. Y antes que allá llegassen con gran pieça, salieron de la nave en una ribera que estaban muy nobles verduras y muchas fructas, cerca de una fuente de muy buen agua dulce. Y desdeque allí fueron, sacaron los cavallos de la nave y holgaron allí una noche, y sacaron las armas de Turián, y guisaron de comer, y salieron todos a holgar fuera por la ribera, como hombres que salían de la mar y se hallavan en terreno; y después que huvieron cenado y vieron venir la noche, dixo Turián a los marineros:

– Idvos, amigos, a vuestra nave, ca no sabéis cómo se bolverán los vientos, y si viéredes que la mar se buelve y se embravece, venid aína por nosotros.

Desdeque Turián esto hubo dicho, los marineros se fueron para la nave, y fincó Turián con Floreta y con su escudero fuera en la ribera; y los marineros echáronse a dormir en la nave, y el viento començó a crecer, y quando los marineros acordaron era ya la nave levantada y las áncoras todas levantadas y quebradas con el gran viento que hazía, y los governalles, y alongose muy aína de la ribera. Y Turián recordó muy espantado del gran ruido que el viento hazía, y dava grandes voces a los marineros; y desdeque la vido alongada de la ribera, no supo qué hazer, y llamó a su escudero y díxole:

– Amigo, ¿qué será de nosotros?

Y cavalgó el escudero de Turián en su cavallo, y anduvo toda la noche por la ribera de la mar por ver si vería la nave; y quando vino la mañana viola mucho alongada dentro en la mar, tanto que de ella no se podían aprovechar. Y bolvióse el escudero a su señor Turián, y díxole:

– Señor, buscad otro remedio que bueno vos sea, que de la nave no vos podéis aprovechar.

Y dixo Turián:

– Amigo, dígame que no nos mataremos por lo que no podemos haver.

Entonces mandó ensillar los cavallos y dixo a Floreta:

– Señora, por cosa que veáis no ayáis enojo, que de las fortunas nuestras lo mejor que tenemos es que estamos en terreno; y dixo a su escudero:

– ¿Sacaste alguna cosa de la nave de lo que traías para nuestra gobernación?

El escudero le dixo:

– Señor, sí-. Y que esforçasse, que assaz había sacado para su bastecimiento para algunos días.

Quando esto oyó el infante Turián, hubo muy gran plazer y esforçose mucho por que Floreta no desmayasse, que más sentía el dolor suyo que la perdición de él, y díxole:

– Señora mía, esforçaos, que ya no me pesa tanto; vamos en el nombre de Dios para aquella villa, y allí sabremos de la nave, de algunos que havrán salido de la mar, que si ella perdida no fue, ellos vernán a saber de nos.

Y allí tomaron a Floreta y subiéndola en un palafrén fuéronse contra la villa que havían visto delante de sí. Y antes que allá llegassen, vieron en la ribera de la mar una torre muy alta y bien almenada de alto muro, y dixo Turián a Floreta:

– Señora, esforçadvos, que vedes aquí una hermosa torre, donde iremos a saber nuevas qué tierra es ésta do somos, o cómo llaman aquella villa; y desviáronse del camino y fuéronse contra aquella torre, y hallaron la puerta del corral abierta, y entraron dentro y vieron las casas muy hermosas; y dixo a Turián:

– Ay Dios! ¡Qué hermosas moradas son estas! ¡Quién pudiesse estar aquí algún día!

Y ellos en esto estando, no hallando ninguna persona a quien preguntar, dieron golpes a la puerta de un palacio, y vieron estar un cavallero armado de todas armas, salvo el yelmo que no tenía, ni escudo, ni lança; y estava a pie y su espada sacada en la mano, y dixo el cavallero a Turián:

– Vos seáis muy bien venido, que por vos cuido yo de salir de aquí.

E Turián dixo:

– Cavallero, ¿cómo es esso?

Y el cavallero dixo:

– Yo vos lo quiero dezir. Cavallero, vos devéis saber que ésta se llama “la Torre de los justadores”, que qualquier cavallero estrangero que aquí viniere ha de haver batalla con el caballero que es señor de la torre, y si el cavallero estrangero que viniere fuere vencido, quedará por servidor del que es señor de la torre y la dueña que traxere servidora de la suya. Y si el cavallero que es señor de la torre fuere vencido, él y su dueña serán servidores del cavallero estrangero; quien esta justa ha de hazer, ha de traer dueña consigo; y quando el cavallero estrangero venciere al señor de la torre, luego le ha de entregar el otro la torre y ha de ser su siervo, e la dueña sierva de la suya. Y esto que yo vos digo hizo y ordenó el duque don Marrón, que es señor de esta torre y de toda esta tierra.

E quando Turián esto oyó, fue muy maravillado de tal costumbre, y dixo al cavallero:

– Mi buen señor, yo he bien oído vuestras razones, y aprendido he la costumbre de esta torre; ahora me dezid cómo se llama el cavallero que esta torre tiene.

Y dixo el cavallero:

– Guárdala Itaños bien a cinco años; y hágovos saber que este es el mayor cavallero en armas que nunca hombre vido; y quando él esta torre hubo en guarda, fue publicada la de su fama por toda la tierra, de tantos cavalleros como mató y derribó, que ninguno no osa hazer con él armas. Ahora, señor, vos seáis bien venido, que mucho me plaze con vos, que no pierdo nada con vuestra venida, que en la batalla el uno de vosotros ha de ser vencido y fincará aquí en mi lugar, e yoirme he en el nombre de Dios, que nuestro señor sabe cómo he estado aquí un año a mi desplacer, pas-

sando mucha vergüenza en servir a quien no debía servir por mis merecimientos, contrastándome mis peccados la victoria.

Y desde esto hubo dicho el cavallero servidor de Itaños que la puerta guardava, dixo Turián:

– Amigo, bien havéis razonado quanto a vos ha placido; yo soy un cavallero pequeño, según vedes, y con mi mocedad nunca me he visto hasta el día de oy con cavallero ninguno; ahora mi ventura tráxome a conocer este cavallero tan famoso como vos me dezís; yo quiero ver su persona y por ella juzgaré si me conviene entrar en campo con él. Por ende vos ruego que le vais a llamar, y pasemos por lo que havemos de passar.

Desde Turián esto hubo dicho, dixo el cavallero:

– No ha de ser la batalla como pensáis; os havéis de holgar, y aposentarvos han y hazervos han mucha honra, y en tanto enbiarlo han a dezir al duque don Marrón, que es señor de toda esta tierra, cómo sois aquí venido y que venga a ver la batalla, a la qual vos terná a derecho, según la costumbre de la torre.

Entonces fue el cavallero a despertar a Itaños, que estava dormiendo. E díxole cómo era venido allí un cavallero grande de cuerpo y muy bien hecho, y que le parecía hombre de gran fuerza y traía consigo una dueña muy hermosa.

CAP. XXIV. – De cómo descendió Itaños a ver el cavallero, y de cómo los hizo aposentar, y de cómo se vieron en batalla e Itaños fue vencido y Turián quedó en la torre.

E desde Itaños esto oyó, levantose prestamente y descendió al corral do estava Turián, y con mucho gasajado lo abraçó y saludó; e hízolos descender de los cavallos, y tomolos por las manos y llevolos a un palacio muy bien obrado de muy ricas pinturas, y desde allí fueron entrados, dixo Itaños a Turián:

– Señor cavallero, vos seáis bien venido con la señora que traéis; catad: aquí esta cámara en que holguéis vos y vuestra dueña. Desarmadvos y haved mucho gasajado, y después hablaremos vos y yo más largamente.

Y luego descendió abajo e hizo pensar bien los cavallos y guisar a ellos de comer, y comieron los cavalleros en uno y las dueñas a su cabo en mucho gasajado, y los cavalleros mirábanse, que parecían valientes, el uno al otro, y cada uno de ellos tenía assaz que hacer en defender su honor en la batalla que esperavan de haver; y las dueñas se miravan, y la dueña del cavallero Itaños, alcaide de la torre, estava maravillada de la hermosura de Floreta, y tanto se amavan como si fueran hermanas o entre sí algún gran deudo huvieran. Y desde huvieron comido, el cavallero de la torre dixo a Turián:

– Señor mío, ¿havéis sabido la costumbre de la torre y lo que havéis de hazer?

Y Turián le dixo:

– Señor, bien lo sé, que aquel cavallero que guarda vuestra puerta natural, el qual está esperando lo que vos y yo havemos de hazer, me lo contó; pero por ser más cierto de ello, de vos lo quiero saber, por que no me pueda llamar la ignorancia.

E Itaños se lo contó palabra por palabra, según que el otro cavallero se lo havia contado, y desde esto hubo sabido Turián, Itaños lo enbió a dezir al duque don Marrón, señor de la torre, que morava aí cerca en una su villa, haziéndole saber a su merced cómo era venido allí un cavallero muy noble, el qual traía consigo una dueña muy hermosa. Y aquel día holgaron los cavalleros y las dueñas con mucha alegría; y otro día por la mañana ya sabían lo que havían de hazer; y levantose

Turián por la mañana, y mandó a su escudero ensillar los cavallos; y estándose armando, llegó Itaños armado en punto, y díxole:

– Cavallero, ¿plázeos que vamos a despachar este hecho?

Y díxole Turián:

– Vamos en hora buena, y ¡ya lo huviésemos despachado!

Y Turián se despidió de Floreta con mucho plazer y rogando a Dios que le ayudasse; y luego salieron sus dueñas en sus palafrenes muy bien arreadas, y ellos salieron en sus cavallos muy bien armados, y tomó cada uno la suya, y assí se fueron hablando con mucho plazer, como si no huvieran de haver batalla, hasta el campo do havían de entrar, que era entre la torre y la villa do el duque morava; y quando allegaron, ya estava el duque atendiéndolos con mucha gente que havía venido por ver la batalla, y dezían los unos a los otros:

– ¡O! ¡Qué hermosos dos cavalleros y qué hermosas dueñas traen! Mas la dueña de aquel cavallero que ahora vino vence y lleva de beldad a la otra.

Y todos se maravillaban de su parecer, y las dueñas estuvieran en un cabo del campo acompañadas de muchos y notables cavalleros.

Y el duque, porque era juez de verdad y havía bien de mirar lo que los cavalleros havían de hazer, se puso en medio del campo en lo más alto. Y desque huvieron entrado en el campo, el duque se fue para ellos y habloles la manera que havían de tener. E desque les hubo bien mirado y estado con ellos, apartáronse afuera, y fuese a su lugar, y dioles licencia que se fuessen a acometer; y los cavalleros movieron los cavallos muy reziamente, y fuéronse a herir de las lanças en los escudos, de manera que Turián quebrantó la suya, y el otro cavallero que recibió el encuentro echó la lança en tierra, que no se havía de aprovechar más de ella, según la costumbre; y metieron mano a las espadas, y a todos parecía que, según ellos se herían, que no curavan de las vidas, y saltavan las centellas de los yelmos, a tan fieros golpes se davan; y quanto más entre ellos durava la batalla, tanto más se les encendían los coraçones; y heríanse tan reziamente con las espadas, que todos se maravillavan de la fuerça de Turián de los grandes golpes que dava; e iva ya enflaqueciendo Itaños, ca ya quisiera hablar para darle la mejoría del campo a Turián, sino por vergüença que se lo resistía. E todos davan la mejoría del campo a Turián, y dezían que assaz havían hecho, que en tan poco espacio nunca tanto vieran hazer a cavalleros. E ya el buen cavallero Itaños andava cansado, y quisiera holgar si le dexaran. Y desque no lo pudo sufrir, tirsse afuera y dixo a Turián:

– Cavallero, si os pluguiesse, tiempo sería que holgássemos.

Y dixo Turián:

– ¡Nunca Dios lo mande que ante tantos nobles cavalleros como aquí están mostremos nosotros tal cobardía!

Y no le hubo dicho Turián estas palabras, quando le dio un golpe con el espada encimo del yelmo, que le hizo desatinar, y acudíole con otro tanto, que se le olvidava el espada en la mano.

Y todos dezían que si Itaños porfiasse que sería muerto, que andava mal herido y lleno de sangre; y heríale Turián con la más fuerça que podía. Y tan grandes golpes y tan a menudo le dava, que maravilla era; y él no podía levantar la mano para dar ningún golpe a Turián que le empeciesse; y assí dixerón los cavalleros al duque:

– Señor, bien tenemos firmemente que el que es señor de la torre havrá de ser servidor.

E assí hizo Itaños quanto pudo, que toda su fuerça perdió; y desque más no pudo hazer, tendió su espada en tierra en señal que era vencido, y dixo a Turián:

– Dvos yo mi espada, cavallero, y no me lo agradezcáis que vos la do, que si con ella pudiera haver victoria de lo que desseava, no vos la diera, ca mala fue vuestra venida, que quanta honra y quanto bien tenía y había ganado en cinco años, todo me lo havéis hecho perder en medio día.

Y Turián le dixo:

– Vuestra ventura vos lo hizo perder.

Y dixo Itaños a Turián:

– Nunca esta ventura me fue contraria con otros cavalleros tan famosos como vos, como me fue con vos.

Y Turián le dixo:

– Cavallero, las palabras no hazen los hechos; vos huvistes vencimiento sobre esos cavalleros que vos dezís, e yo lo huve sobre vos porque plugo a Dios; otro día verná que lo havrá sobré mí; por ende no vos enojéis.

CAP. XXV. – Cómo fue por el duque entregada la torre a Turián sobre la qual había hecho el desafío.

E quando el duque vio vencido a Itaños, fue muy maravillado, que según su tardança que en la batalla hazían, pensava que Itaños había de vencer, según su fama y fortaleza; y tomó el yelmo de la cabeça e hízole desenlazar el almófar de la loriga, y vídole [la] cara, la qual desseava ver, y paresciole tan bien qual nunca otro cavallero le paresció, y díxole:

– Por Dios, cavallero, muy gran virtud y gran fuerça havéis en armas y en parescer; y bien parece que sois merescedor de la señora que con vos traéis; y ahora agradezco yo mucho a Dios por que vos traxo aquí, que por vuestra causa yo cuido alcançar mayor honra en mi tierra; y vos iréis ahora a ser señor de la buena torre”, y aí moraréis vos, porque sois el mejor cavallero que nunca aí moró; y ahora sé yo bien el derecho que vos en ella havéis, y ruégovos que me demandéis mayor don, que en cuanto en mi poder sea de lo dar no lo negaré.

Y allí dixo Turián:

– Señor, las vuestras virtudes y fama me hizieron venir a vuestra tierra por las conocer, de lo qual doy muchas gracias a Dios, por ser vasallo de tal señor; y como quiera que a mí no es dado de demandar a vuestra merced cosa ninguna, vos, señor, seréis tal que por ser cavallero estraño, aventurero y pobre, me ayudaréis a sostener mi honra, ca, señor, no tengo otras rentas para me mantener a mí y a esta señora y un escudero, sino con ayuda de los señores tales como vos.

Y con estas razones lo sacaron del campo y lo llevaron con muchas alegrías a la torre; y Floreta y la otra dueña de Itaños ivan en uno departiendo de los grandes vicios que habían de haver Turián y su dueña en aquella tierra; y la una iva llorando y la otra riendo, y el cavallero Itaños iva atrás con tres cavalleros, e iva maldiziendo su ventura por ser assí amenguado en breve tiempo de quien nunca pensó. Y assí entraron todos por la puerta del corral de la torre. Y el duque y Turián y Floreta descavalgaron, y tomola el duque de la mano y subieron suso a la torre, y entregóselo el duque y ordenó cómo viviessen; y rogoles afectuosamente que se quisiessen haver bien con Itaños y con su dueña, que ellos eran tales que los servirían sin enojos.

E Turián le dixo:

– Señor, no me aya vuestra merced por tal, que bien nos sabremos llevar con buen amor.

CAP. XXVI. – De cómo fueron solemnemente celebradas las bodas de Turián y Floreta.

Aquí dixo Turián al duque:

– Señor, todos mis hechos tengo hablados con vuestra merced, y del que más me entiendo honrar tengo oculto, el qual a vuestra merced quiero hablar, pues dexistes que me ayudaríades en esto. Señor, demando a vuestra merced ayuda, como quiera que mi muger e yo tenemos dadas juras el uno al otro, entendería, señor, que si mi casamiento no se hiziesse según devía, que los hijos que Dios me diesse no los habría por legítimos, es mi desseo en ser por vos cassado públicamente.

Y desde esto oyó, plúgole mucho, porque por su causa Turián había de ser honrado en su vida; y desde los hubo aposentado a Turián y a Floreta en lo alto de la torre, y al cavallero Itaños y a su dueña en lo baxo en un palacio, y despachado y dado licencia al otro cavallero que guardava la puerta, que estava el primero, que se fuesse a su tierra con su dueña. Y desde hubo ordenado estas cosas, partiose el duque para su villa y habló aí con algunos cavalleros; y contoles las virtudes de Turián, y como era su voluntad de le ayudar para su boda, la qual quería él allí hazer a plazer de todos; y desde los cavalleros y los de la villa esto oyeron huvieron singular plazer: lo uno porque el señor duque quería ayudar a Turián, y havíanlo ellos en mucha dicha, y plaziales mucho porque lo querían muy bien. Lo otro porque vernían a las bodas todos los cavalleros y gentiles hombres de toda su tierra, y harían justas y alegrías. Y desde el duque supo las voluntades de sus cavalleros, que eran dispuestos de le ayudar cada uno con lo que pudiesse para su boda, mandó llamar su secretario y mandó escrevir sus cartas para todas las ciudades y villas y lugares de su ducado; y dende a todos los otros señores comarcanos que le viniessen a ayudar y a le hazer honra, y que llevassen luego las cartas, y desde fueron todas las cartas por los lugares del ducado, huvieron su acuerdo e hizieron sus repartimientos y ayudas, y fueron muchos a las bodas: lo uno por ver a Turián y a su dueña, que sonava su fama por toda la tierra, y lo otro por hazer servicio al duque. Y en tanto que esto se hazía, Turián aderecó todas las cosas que eran necessarias para su boda, con el ayuda que el duque le hizo. Y en este comedio vinieron muchas gentes de todas partes y presentaron a Turián sus dones y muy grandes dádivas, y assí hizo honradamente su boda; y fueron hechas muchas alegrías, y duraron quince días. El duque hizo allí muy grandes salas, e hizo gran costa. Y Turián pidió por merced al duque que le diesse algunas aves de rapiña con que caçasse, y dos cavalleros casados para que viniessen allí con él, y él dixo que le plazía; y de aquí se despidieron todos y fuéronse cada uno a su tierra y el duque a su villa, y quedaron Turián y su dueña señores de la torre, e Itaños y su dueña por servidores. E al tiempo que el duque se iva, rogó a Turián que por su amor se huviesse muy bien con aquel cavallero, como se hubo al tiempo de la batalla, y Turián dixo al duque:

– Virtuoso señor, assí me vala Dios no querría entrar en otra tal batalla.

E dixo el cavallero Itaños.

– En verdad, señor Turián, no vos combidaré yo a ella.

Passadas todas estas razones en gran solaz, se despidió el duque de Turián, y díxole que luego le imbiaría los dos cavalleros y las aves que le había demandado. Turián le dio las gracias por ello; y de cómo el duque don Marrón de allí se partió hasta que llegó a su villa que era cerca, nunca en otra cosa fue departiendo con sus cavalleros, sino en las bondades de Turián y el parescer de su dueña, y dixo el duque:

– Por cierto, dizen que es muy acabada donzella la hija del rey Ados mi cormano, mas creo que por mucho de ella dizien, no será tan hermosa como esta.

E allí moraron Turián y Floreta muy viciosos, ca la amava Turián más que a sí mismo; y de quantas cosas havían menester estaban allí abastados; y Floreta havía gran pesar por las batallas que Turián havía de haver cada día; y dezía Turián que el día que no hazía armas que no estava en sí; y desde fue sonada la fama por las provincias comarcanas, en las quales havía famosos cavalleros, veníanle a buscar; y aunque no traían dueña, hazía con ellos armas senzillas; y assí hubo día que se combatió con tres cavalleros, que en sus tierras los havían por muy buenos y valientes cavalleros, y los venció.

CAP. XXVII. – De cómo el rey Ados vino al duque don Marrón que le dicesse al cavallero de la Torre de los justadores, para que por él entrasse en el campo con el rey Diácolo, rey de Ungría, el qual le pedía a su hija Floreta en casamiento, que se le havía prometido.

Acaesció un día que estando allí muy pensativo, vino a su noticia cómo el rey Diácolo era gran señor y rey de Ungría, y era moço y valiente cavallero, y havía reptado al rey Ados, padre de Floreta por el pleito de ella, que se la havía a él traído primero en casamiento, y el rey Ados se la havía otorgado. Y quando fue a estar el rey Diácolo con el rey Ados para despacharlo, dióle el rey Ados por respuesta que la donzella no era en su poder y que se la havían hurtado, que no sabía quién y quién no. E quando el rey Diácolo esto oyó, no supo qué se hazer, ca le pesó mucho, que era muy enamorado de esta donzella, según la hermosura y virtudes de ella. Y díxole que le dicesse la donzella, si no que le daría sobre ella campo, y que él la havía dado a otro por mayores riquezas que por ella le havían dado. Y como quiera que el rey Ados le contó toda la manera como se la avía llevado de la huerta, como era la verdad, no se lo quiso creer, y reptole ante el emperador Tibas, señor de Alemaña; y desde fueron ambos los reyes antes el emperador, desmintiéronse el uno al otro, y sobre esto demandaron campo al señor emperador, y él se lo otorgó, y dioles plazo conveniente aquel que los reyes pudieron cumplir y se podían guisar para se ir a salvar. Y el rey Diácolo era muy hermoso y gentil hombre y valiente cavallero en armas, qual no havía en todo su imperio, y havía entrado en campo con reyes y duques, y muchas vezes havía llevado lo mejor, y havíanle todos gran temor. Y el rey Ados no havía gana de entrar en el campo, que bien sabía que no era tan buen cavallero en armas como él, ni fallaría rey ni cavallero que con él quisiesse lidiar uno por otro. Y estando el rey Ados en este tan gran pensamiento, oyó dezir como en la Torre de los justadores estava un cavallero de muy fermosa conquista, y pensó ir a ver al duque don Marrón su cormano, y hablar con él de aquel desafío que el rey Diácolo le havía hecho. Y adereçó su partida, y fuese para allá con diez cavalleros por ir más aína. Y andando sus jornadas, llegó en tres días a casa del duque. Y quando el duque le vio, fue muy maravillado, que no sabía de su venida; e hízole mucha honra. E después que huvieron comido y holgado, el rey Ados apartó en una huerta al duque, y contole el hecho de su venida, como el rey Diácolo lo havía reptado ante el emperador sobre su hija, diziendo que se la havía prometido en casamiento a él, y que por riquezas que le havían dado la havía otorgado a otro, y sobre esto le havía reptado; y cómo el emperador les havía otorgado campo a día señalado a que fuessen a salvarse de lo que havían hecho; y ahora que él era venido a le rogar y pedir de mucha gracia, pues que él era hombre anciano y tal que estava en disposición de no poder tomar armas contra el rey Diácolo, que le rogava afectuosamente como a hermano que le hiziesse haver el cavallero que estava en la Torre de los justadores, para que tomasse por él este campo y que se lo galardonaría muy bien. Y desde el rey Ados esto hubo dicho, el duque don Marrón le respondió:

– Señor cormano, este cavallero es de muy gran manera, y no sé si querría dexar la torre. Ca si el campo huviera de ser en la torre, bien pienso que le hiziera, pero tan lexos creo que no querrá ir; y como quiera que sea, vamos allá, y veamos qué hallaremos en él.

Y acabadas las razones, salieron de la huerta, y el duque mandó ensillar, y cavalgaron y fuéronse contra la torre do estava Turián; y el duque iba diziendo al rey si tenía la verdad en esto que le demandava el rey Diácolo, que el cavallero no tomaría batalla sino por hecho verdadero. Y el rey le dixo que él tenía la verdad en esto que le demandava, que aunque por su persona lo huviesse de combatir, que Dios le ayudaría con la verdad que tenía. Y el duque le dixo que pues él tenía la verdad, que dexasse el cargo de la batalla al cavallero, si la quissiese tomar. Y quando llegaron a la puerta del corral de la torre, llamaron muchas vezes, que no les querían abrir; y salió Itaños, que morava debaxo de un palacio. E desque vio que era el duque, abriole la puerta, y subió suso presuntamente y díxolo a Turián. Y él, quando lo oyó, descendió luego. Y el rey le contó todo el hecho de la verdad, según lo había contado al duque su cormano, y díxole:

– Cavallero de virtudes cumplido: yo soy aquí venido con mi muy amado cormano, por que os ruego esta demanda que vos plega de la aceptar, y tomar esta empresa por amor de mí: que si vos no me acorréis en esta batalla, yo soy perdido.

Y Turián le dixo:

– Señor rey, porque vuestra merced quiere loar a mí, indigno cavallero, agradezco vezes sin cuento quanto puedo a vuestra señoría; bien creo, señor, que sabréis cómo yo tengo cargo de sostener la honra de esta casa en quanto pudiere y llevarla adelante, la qual tengo de mi señor el duque assaz encomendada; pero, señor, dexadas todas cosas, con licencia del duque mi señor y por ensalçar vuestro honor, a mí me plaze de aceptar esta demanda, la qual me es grave de hazer por ser fuera de esta casa, ca, señor rey, mi voluntad era dispuesta el día que tomé esta torre de no buscar en otra parte aventuras ningunas, sino las que viniessen a esta torre; pero pues que vos veo a tiempo de menester y puesto en tanto trabajo, y acatando que dize un ejemplo: que el que bien haze nunca lo pierde, a mí me plaze de lo hazer, con tanto que nos fundemos sobre la verdad, si la tenéis en esto que vos demandan, y que vos fuesse assí llevada esta donzella.

Y el rey Ados le dixo que assí era la verdad como había de morir, y que era él el que más mal librava de aquel hecho, en perder a su hija y encima ser reptado por ello. Quando esto oyó Turián dixo:

– Señor rey, no vos ensangustiéis; de vuestra hija no digo nada, pero, pues tenéis derecho, yo tomo esta batalla por vos en el nombre de Dios.

Y quando Turián esto huvo dicho, el rey fue mucho gozoso y fuelo abraçar. Y allí hizo seguridad de no le faltar, si no fuesse peligro de muerte o de lisió, hasta doze días de ser con él en la ciudad de Amposta, do estava el emperador a la sazón, y allí se había de hazer el campo, la qual era a quatro jornadas de la torre do Turián estava; y el rey se despidió y se fue con el duque.

CAP. XXVIII. – De cómo Turián se despidió de Floreta, diziendo que quería ir a hazer armas por el rey su padre, y de cómo llegó el rey Ados al emperador do se habían de hazer las armas.

Desque partieron, subió suso Turián y contó a Floreta el hecho de su padre, y cómo tomava aquella batalla por amor de ella y por complazer a su padre. Y desque Floreta le oyó dezir que su padre había estado allí y ella no lo había visto, pues que estava en su honor y casada con buen marido, comenzó a llorar y maldezir su ventura, porque la primera vez que su padre iba a su casa

recebía tan poco honor de ella; pero con todo esto dio muchas gracias a Turián porque quería tomar por su padre aquel trabajo, y fuelo abraçar y dar paz, rogando a Dios que lo librasse y traxesse a vista de sus ojos, salvo, y libre, y sin pesar; y dándole muchas vezes paz, le pidió por merced que la llevase consigo, y Turián le dixo:

– Señora de mi vida: yo no voy a bodas para [que] vos pudiéssedes ir conmigo, mas quedaos en vuestra casa y hazed buena compañía a essas dueñas, y holgad con vuestras donzellas.

Y dexóle allí los quatro cavalleros con sus dueñas que el duque le havia dado, y a su escudero, y rogó a Itaños se fuesse con él, y él fue muy gozoso por ir en su compañía. Y assí tomaron sus cavalleros y armáronse, y llevó Turián consigo un page, y despidiéndose de Floreta y de las otras dueñas, rogó a Floreta que mandasse todavía cerrar la puerta del corral y parasse bien mientes por la casa. Y Floreta tomó las dueñas todas y subiolas a la torre, y después partiose luego Turián con Itaños y con su page, y fuéronse a do estava el duque a se despedir de él; y hallaron al rey Ados que aún no era partido. Y plúgoles mucho con su venida, e hizieron allí aquella noche a Turián mucha honra. Y el rey Ados estava muy enamorado de él, y preguntava a los cavalleros si era tan valiente en los hechos como era hermoso y grande en el cuerpo, y todos le dezían que era mucho más en los hechos que no lo que en él parecía; y plazía mucho al rey porque se lo alabavan, porque entendía de salir con su honor. Y otro día por la mañana, el duque se levantó y les hizo rica sala, y comieron y holgaron y sus cavalleros bien pensados, y fuéronse a despedir de la duquesa, que era una noble señora, sobrina del rey de Inglaterra; y otro día salieron de allí, y fuéronse su camino hasta que llegaron a la ciudad de Amposta, do estava el emperador, y se havia de hazer el campo dende a tres días. E quando el rey Ados llegó con Turián, el rey Diácolo era ya venido muy arreado, ca lo quería y amava mucho el emperador; y desque ambos a dos los reyes estuvieron ante el emperador, dixo el rey Diácolo al rey Ados:

– Paréceme que estáis bien descuidado de esta batalla que havemos de hazer aquí, que no metemos mano al hecho. ¿Havéis vos de lidiar o ha de lidiar otro cavallero por vos?

Entonces vino Turián, e hincó los inojos ente el emperador y besole las manos, y dixo que, plaziendo a su señoría, él havia de lidiar aquella batalla con el rey Diácolo por el rey Ados; y viéronle los reyes, y condes, y otros muchos cavalleros que aí estavam, y maravillávanse de su cuerpo cómo era valiente. Y dixeron que assaz era suficiente cavallero para defender la opinión del rey Ados. E desque el rey Diácolo lo vio, pesole mucho porque era tan valiente cavallero, y lo quisiera haver más con el rey Ados que no con él; y pensó que los cavalleros y grandes señores que estavam allí, que le ayudarían con la habla a resistir aquel cavallero que no entrasse con él en la batalla; y desque vio que no le ayudava ninguno, dixo al emperador:

CAP. XXIX. – De cómo el rey Diácolo dixo que no pelearía sino con hijo de rey, y de cómo Turián dixo que era hijo de rey, y se fueron al campo, y el rey Diácolo murió de manos de Turián.

– Señor, yo no consiento que el rey Ados traya por sí cavallero a la batalla, si no fuere hijo de rey y de reina como yo soy.

Y dixo Turián:

– Ni por esso quedará la batalla entre vos y mí, que yo soy hijo de rey y de reina como vos.

Y desque el emperador aquello lo oyó, plúgole mucho, y preguntole que cuyo hijo era. Y él le dixo que Turián le llamavan, y que era hijo del rey Canamor y de la reina Leonela, reyes de Persia.

Y preguntole otras muchas cosas, y desque esto le oyó dezir, el emperador fue muy gozoso y fuelo luego abraçar como de cabo, y el rey Diácolo huvo gran tristeza, que ya no quisiera haver tomado aquella demanda, y díxole Turián:

– Buen rey, adereçad vuestros hechos en bien, y pugnad de vengar vuestra deshonra, que yo soy el cavallero que llevé la donzella con que vos haviades de casar, por quien reptastes al rey Ados; y dixo el rey:

– Amigo, mucho parláis; en el campo nos veremos vos e yo, y allí querréis hablar y no vos darán lugar.

Y dixo Turián:

– Rey, allá nos veremos, y, como vos dezís, las palabras no hazen el hecho.

Y desque esto huvo dicho Turián, dixo el emperador:

– Rey e infante, yo vos quiero dar por buenos cavalleros, hazedme este plazer que cesse ya esta batalla entre vosotros, pues es sabida la verdad.

Y al rey Diácolo plaziale de ello, mas no pudieron con Turián quantos ende estaban; y dixo Turián al rey Diácolo:

– Demandemos licencia al señor emperador, y vamos a fenescer este hecho.

Y diéronles luego juezes que los guardassen a derecho, y armáronse y cavalgaron en sus cavalleros, y el emperador con ellos, e ivan con ellos muchos buenos cavalleros que los acompañavan, y otra mucha gente de la ciudad y de otras partes, que havían venido a ver aquella batalla, y assí con muchas alegrías los traxeron por toda la ciudad.

Y dende fuéronse luego al campo do la batalla havía de ser. Y desque fueron dentro, el emperador y los reyes y condes subiéronse en los cadahalsos que estaban hechos para ellos, y toda la otra gente en derredor del palenque. Y desque todos fueron posados, los cavalleros començaron su batalla a hora de tercia y duraron en ella hasta hora de nona, y rompieron cada [uno] tres lanças muy gruesas de hierros muy azerados, tanto que de cada encuentro tomavan muy grandes reve-ses los cavallos, que no podían soportarlos, y rompidas las lanças no se podían falsar las armas, y apeáronse de los cavallos muy prestamente, y metieron manos a las espadas, y començaron a se herir tan bravamente que havían espanto los que miravan, y traían ya los yelmos todos abollados por muchas partes y los escudos hechos rajados; y la loriga de Turián estava por muchos lugares destravada, y él herido de muchas heridas. Y el rey Diácolo estava sano y sana su loriga, porque estava encantada, que era del emperador, y havíasela dado para aquella batalla, y tenía tal virtud que cavallero que la lavasse, si espíritu no le falliesciese, no le matarían, ca era muy fuerte, que ninguna arma le podía empecer. Y quando vino el medio día, el emperador, haviendo duelo de Turián, que andava mal herido y todo bañado en sangre, mandó a los juezes que los diessen por buenos, que assaz havían hecho. Y los juezes fueron a ellos, y apartáronse los cavalleros cada uno a su parte, y estuvieron assí un poco, y dixéronles lo que el emperador les mandava. Y Turián dixo que se quería poner a la merced del emperador, mas que no lo haría hasta que el uno de ellos dexasse la vida; y en diziendo esto, arredráronse afuera los juezes, y los cavalleros se fueron acometer de tan fieros golpes, que era espanto de lo ver, que saltavan las centellas de los yelmos como fuego vivo; y todos decían que moriría Turián, que estava mal ferido; y el rey Diácolo no tenía herida ninguna, que traía la loriga encantada del emperador. Y dixo el emperador a los reyes que con él estaban:

– ¿Qué vos parece, reyes, de estos cavalleros porfiosos? ¿A qual juzgariades vosotros que quedará muerto en el campo?

Y todos dezían que Turián, que sostenía la porfía, como quiera que todos veían a Turián pelear más bravamente, aunque traía la loriga toda destravada, y el yelmo todo abollado. Y aquí se apartaron cada uno a su parte, y dixo el rey Diácolo:

– Si Dios me vala, ahora creo, Turián, las vuestras bondades, que de vos oí dezir que hazíades en armas más que otro cavallero; y bien lo puedo yo entender en el mi yelmo y escudo, mas no en mi cuerpo; pero, si lo quisiéredes conoscer, yo os he dado a entender quien soy, e ya iréis conociendo la mi espada en vuestro cuerpo.

Entonces respondió Turián:

– Bien parláis vos, mas si desnudáis esta loriga y vos vestís otra, aína vos sacaría yo de esas palabras. Pero como quier que yo esté, non ayáis de mi sangre duelo que se derrame, que a la fin de la batalla lo veremos cuál llevará la honra y prez.

Y dixo el rey Diácolo:

– Ya vos bien conocéis que la llevaré yo.

Y el emperador y los reyes, y todos los otros señores, bien pensaron que hazían alguna consecuencia entre sí, y que se querían dar por buenos cavalleros; y fueron allá los juezes a ver qué tratavan; y desde que Turián los vio ir, fuese para el rey Diácolo, y díxole:

– Rey, el diablo vos dio a vos y a mí tantas razones.

Y allí se fueron a dar tan grandes golpes con las espadas, que todos los que estaban en derredor habían espanto. Y desde que vio Turián que le no podía herir, tanto era la loriga fuerte, travó de él con el brazo muy fuertemente, y hazíale rebolver, y dávale muy fieros golpes con el espada; y con tan gran fuerça le dava, que le machucava la carne, y aquí dixo el rey Diácolo a Turián:

– Yo bien sé cómo se puede partir nuestra batalla, si no fuere por miraglo que Dios quiera hazer.

Y dixo Turián:

– También lo sé yo como vos: o mataré yo a vos, o vos a mí, o que vos os desdigáis del mal que dexistes del rey Ados, y así viviréis siempre con vergüença; y ahora no me mováis oy otros pleitos, que no se partirá nuestra batalla si no fuere por estas dos cosas, o por qualquier de ellas; por ende no curemos de más holgar, que vergüença nos es de tantos señores como nos están mirando que piensan que lo hazemos con cobardía.

Y aquí se fueron acometer la tercera vegada, y de aquí adelante fue el rey Diácolo perdiendo la fuerça: y Turián conoció en qué términos lo tenía y fuele dando tantos de los renovados golpes encima del yelmo, hasta que le hizo perder el sentido y dio con él en tierra muerto, que se ahogó en las armas de los golpes que Turián le dio, que nunca de él salió gota de sangre, y así lo mató. Y desde que Turián vio muerto a su enemigo, alzó las manos a Dios y dióle muchas gracias, y a muchos de los que allí estaban plazía de su muerte, porque era rey muy sobervio y cruel, y a otros penava, y más al emperador, que lo quería y amava mucho.

CAP. XXX. – Cómo Turián fue llevado del campo con mucha honra, y el emperador lo mandó curar, y absolvió al rey Ados de la demanda puesta; y de cómo imbió Turián nuevas a su muger.

Desde que traxeron a Turián a casa del emperador, con muy mayor honra que le habían llevado al campo, salieron a lo recibir y a lo ver la emperatriz y Excelonesa, su hija del emperador, y todas las otras donzellas y dueñas que estaban por las torres; y todos los que lo miravan, cobdiciavan verlo desarmado. Y dixo Excelonesa:

– ¡Poco valió allí al rey Diácolo la loriga encantada ni las brahoneras!

La emperatriz le dixo:

– Hija, antes valió mucho, ca matáralo más aína este cavallero, si no fuera por la loriga.

Y desque todos se despidieron, el emperador se entró en su palacio y mandó curar de las llagas a Turián; y allí le fue hecha mucha honra hasta que fue sano. Allí dixo el rey Ados al emperador:

– Señor, ¿yo soy salvo de aquella cuestión que demandava a mí el rey Diácolo?

Y el emperador le dixo:

– Rey, vos sois salvo a guisa de buen rey, y de aquí adelante razón es que seáis buen amigo a Turián.

Y en tanto que Turián sanava de las heridas, nunca el rey Ados de allí se partió, sino curando mucho de él; y en este medio imbió Turián sus cartas a la infanta Floreta su muger, en las quales le hazía saber cómo había vencido la batalla y muerto al rey Diácolo su enemigo, y cómo el emperador no lo dexava partir y que huviesse plazer y pusiesse buen recaudo en la torre. Desque Floreta vio la letra de Turián, besola muchas vezes, dando gracias a Dios por la victoria que le había dado en la batalla; y estando Turián escribiendo esta carta, vídolo el emperador cómo la escribía, y díxole que para dónde escribía, y él respondió que para su muger, que le embiasse algunas cosas de las que había menester para servir a su merced.

CAP. XXXI. – De cómo el emperador rogó a Turián que traxesse a su muger y se viniesse a vivir con él.

Ahincadamente el emperador rogó a Turián que quissiese imbiar por su muger y viniesse a vivir con él, y que le haría muchas mercedes, tantas que en poco tiempo él sería grande hombre en su corte. Y quando Turián oyó estas palabras al emperador, pesole pensando que le haría quedar por fuerça, e díxole:

– Señor, a vuestra señoría plega de me dexar vivir en aquella tierra do vivo; ca, señor, el duque don Marrón no me dexará traer la muger, ni yo le demandaré tal licencia, que me ha hecho tanto bien quanto yo no pensé. Por ende mi persona será quando pudiere con vuestra merced, sirviéndovos en todas las cosas que me mandáredes. Pero, señor, la muger y la casa déxemela vuestra merced estar.

Y desque el emperador le oyó dezir estas palabras, no le quiso contradezir su voluntad, y díxole:

– Pues que assí es, por mi amor quedad aquí conmigo algunos días, y llevad ración de mi palacio para vos y para vuestro escudero.

Y Turián le dixo que le plazía hazer su mandamiento. Y assí holgó allí algunos días Turián con Itaños; y desque Turián fue herido en la batalla hasta que fue sano de sus llagas, nunca otra persona curó dél sino la emperatriz y Exceleonesa su hija, que nunca de él se partía, quando la una, quando la otra, y assí passaron muchas palabras de requēsta de amores entre Turián y Exceleonesa, que era muy enamorada de él, posponiendo perder la vergüença y qualquier daño que por le complazer le pudiesse venir.

CAP. XXXII. – De cómo mandó el emperador traer el cuerpo del rey Diácolo que quedava muerto en el campo.

Mandó el emperador en su palacio a todos aquellos señores que con él estaban, que fuesen por el rey Diácolo que estava en el campo, y fueron por él todos los reyes y condes, y cavalleros, y ricos hombres en muy ricas andas, según que requerían a rey; desde fue traído al palacio del emperador, mandole desarmar y no le hallaron herida de que saliese sangre, mas tenía el cuerpo magullado, negro como el carbón de los golpes; y de que esto vieron los señores, todos fueron maravillados; y dixo el emperador:

– Ved, amigos, qué fuerça la de aquel cavallero, matar assí este rey, que era tan valiente como él, y, sin herida de que deviesse morir, con la gran fuerça lo ahogó.

Y allí dixerón los cavalleros:

– Señor, si Turián traxera esta loriga, malo fuera de ahogar.

Y mandó el emperador catar la loriga, y halláronla sana como la metieron en el campo, y dixo:

– Ahora es bien provada mi loriga.

Y dixo el hijo del emperador:

– Señor, si Turián traxera esta loriga, serían juntas las dos cosas más fuertes del mundo.

Y mandola tomar y las brahoneras, y mandolo llevar a Turián, y dixéronle como el emperador se lo imbiava, y él lo recibió por se lo dar, mas no para entrar en campo con ningún cavallero con ellas, que dezía que el que con tales armas entrasse en campo con otro cavallero, que si lo matasse que lo mataría malamente y no como devía. Y desde todo esto fue hecho, mandó tomar el cuerpo del rey Diácolo y sepultáronlo honradamente, según pertenecía a rey. E desde vinieron de las honras, todos se despidieron del emperador y fuéronse a sus posadas, y los otros a las suyas.

CAP. XXXIII. – De cómo Turián descubrió al rey Ados todo el hecho de la verdad y de su hija, y se partió a verla a la Torre de los justadores, y Turián quedó con el emperador; y de cómo requéstó a su hija.

El rey Ados quedó en el palacio con el emperador y con Turián. E contole cómo le había llevado su hija, y de las fortunas que por ella había pasado. Oído por el rey, fue mucho maravillado, y díxole:

– Hijo, pues plugo a Dios que esto assí fuesse y assí estava del ordenado que mi hija fuesse vuestra muger, yo le doy muchas gracias por ello y él me hizo mucha merced en vos la haver dado.

Y passadas estas palabras, dixo Turián:

– Señor, ¿qué queréis hazer?

Y él le dixo:

– Hijo, en tanto que vos aquí estáis, yo quiero llegar a vuestra casa a ver a mi hija, vuestra muger, la qual tengo gran desseo de ver.

Y Turián le dixo:

– Señor, mucha merced me haréis en ello, que mucho haré por me despedir del emperador y ser con vos presto.

E otro día por la mañana se despidió el rey Ados del emperador y de la emperatriz, y fuese su camino a la Torre de los justadores a casa de Turián. Y Corvelín, hijo del emperador, vino por Turián al palacio del emperador y llevolo a su posada, y allí le hizo mucha honra; y allí venían todos

los cavalleros a le ver y hablar con él, y desde que Turián estava en disposición do sano, la emperatriz envió por su hijo, y preguntole si estava bueno Turián, que se lo hiziesse allí venir, que quería hablar con él un poco. E Corvelín fue a la posada suya y traxo a Turián muy adereçado, y desde que llegaron ante la emperatriz, ella lo rescibió muy solemnemente, y su hija Excelonesa y otras muchas dueñas y donzellas, y plúgole mucho a Turián por ver a Excelonesa a su voluntad, que hablaron mucho de su buen parecer, como quiera que otra vez la havía visto y se havían hablado, pero no a su plazer; y assentose la emperatriz cerca de él, y de la otra parte Excelonesa, y Corvelín le dexó allí y fuese a andar con otros cavalleros. Y estando Turián cercado de muchas dueñas y donzellas, y todas estavan hablando de sus virtudes y de la gran valentía de su cuerpo, y dezían que no valían nada todos los otros cavalleros a comparación de aqueste, y no havía ninguna que le no quisiera por amigo. E desde que la emperatriz huvo hablado con él un poco, fuese a la cámara, que la llamava el emperador, quando Excelonesa estava con Turián y con algunas donzellas. Y Turián, desde que se vio solo con ella, començó a reqüestarla de amores, diziéndole:

– Señora, las virtudes de vos y lindo parescer y perfección cumplida de vuestra señoría, las quales corren por todo el imperio, me hizieron venir a esta tierra, y busqué manera cómo legítimamente viniessse a ella.

Y diziéndole estas palabras, echole mano de las manos, y desnudole un guante de la mano derecha y díxole:

– Señora, este guante tomo en señal, porque toda hora aya conmemoración de vuestra real persona. Excelonesa le dixo:

– Señor infante, yo de vos no quiero prenda sino las virtudes y buena criança que de vos se recuentan; y lo que vos ruego es que de vos no sea olvidada.

Y Turián le dixo:

– Señora, ahora yo soy de todas las otras tierras partido, y a esta tomo por mi natural tierra de vos morades, y el vuestro amor me hará siempre aquí venir; y así pienso llamarme servidor de una de las más virtuosas y acabadas señoras de todo el mundo; y por bien o mal que me venga, nunca dexaré de loar a vuestra señoría. Desde que Excelonesa estas palabras le oía plazíale mucho de ellas, y díxole:

– Señor infante, yo he escuchado muy bien vuestras palabras, las quales son bien afeitadas si los hechos se siguen en ellas; ca las condiciones de los hombres son tales, que después que vos havéis aprovechado de las mugeres, no curáis más de ellas, y assí pienso que haréis vos.

Y Turián le dixo que le prometía por su amor de nunca se partir de casa del emperador, y dixo Excelonesa:

– Si vos esso mantenéis como leal cavallero, haré alguna cosa de lo que vos plazerá.

Y Turián le besó las manos, las quales ella tenía como el alabastro, y él le rendió muchas gracias, y que se lo prometía con su juramento que hizo, el qual él quebrantó después, según adelante oiréis.

CAP. XXXIV. – Cómo Turián y la hija del emperador se huvieron en uno, por sotil industria de Turián, en la huerta del emperador.

Como Turián era muy quisto y amado del emperador y de la emperatriz, y de Corvelín, y de reyes y de cavalleros de toda la corte, supo en poco tiempo las entradas y las salidas para entrar en el palacio, y Excelonesa le dixo toda la manera y el hecho como la podría haver en una huerta que estava en los palacios de su padre, cumplida de todos los árboles y fructas del mundo, y que si allí

no la había, que no había otro cabo do la pudiesse haver. Y concluyendo entre ellos esta habla, el infante Corvelín llamó a Turián, que se quería ir a su posada, y díxole:

– Amigo, vamos de aquí, que es tarde.

Entonces se levantó Turián, y dio el guante a la señora por que no se lo conociessen, y despidiose de ella muy pagado y con buena esperança de la haver; y Excelonesa esso mismo todo su pensamiento y cuidado tenía puesto en Turián, y quisiera estar con él, como quiera que fuera siempre; y devéis saber que esta huerta do Exceleonesa salió a holgar con sus donzellas, que era cercada de alto muro y parecía toda desde la posada del infante Corvelín, que estava encima de ella; y desde allí mirava Turián la entrada y la salida de la huerta; y en esta huerta estava un rosal apartado de los otros árboles, grande y muy hermoso, y hazía de sí muy gran sombra, tal que no podía el sol entrar por parte ninguna que fuesse; y allí estavan muchas yervas verdes muy olorosas; y por aquella hermosura de aquel rosal iva siempre allí Excelonesa a holgar con sus donzellas, y merendava allí muchas vezes; y acaeció que dende a quatro o cinco días después de la habla, desseando tener allí a Turián, fuesse a la huerta con una siesta, en tanto que el emperador dormía, y toda la otra gente reposava en sus posadas, y el palacio estava sin bollicio ninguno de gente, con una donzella secretaria suya, de quien mucho confiava, y había por nombre Vergoña. Y estando un día Turián pensando en Excelonesa, subiose a un sobrado alto que estava en la posada de Corvelín, y vido a Excelonesa y a Vergoña estar hablando cabe el rosal, y presumió si podría ir allá sin peligro ninguno, y vio que no había otra manera sino como quiera que fuesse entrar en la huerta de noche y quedarse allá; e hízolo assí, que aquel día anduvo con el infante y con otros cavalleros muy gasajado, y a la noche fuéronse todos a sus posadas, Y Turián, desque vio que era tiempo de ir, al primer sueño levantose de su cama y fuese en derredor de la huerta, buscando lugar por do entrasse, y llegó al muro. Y vio un lugar baxo, y magüera era ligero, a malas penas subió suso y descendió a la huerta, y fuese por ella adelante catando a todas partes, y no vio ninguno; y fuese a la puerta de la torre, y parose a escuchar y pareciole que todos durmían, y no sentía ningún ruido, y tornose a la huerta so un naranjo.

Y estando imaginando en ello, pensó de dormir allí un poco, y dormiose; quando el alva vino que despertó, contose por muerto si alguno lo hallasse y lo viesse salir de la huerta, que luego lo diría al emperador, que era señor muy bravo. Y andando en esta imaginación, cató por la huerta si fallaría lugar donde se pudiesse esconder que no fuesse visto, y vido el rosal cabe sí y metiose so él, ca no le pudieran hallar si no llegassen al rosal, tan atropado estava con la tierra y cubierto de muchas hojas y rosas; y assí estuvo todo el día padeciendo hambre, atendiendo la señora que saliesse a la huerta. Desque el emperador hubo oído missa y comido, y todos los gentiles hombres idos a sus posadas, y el palacio desembargado, que ningún bollicio de gente había en él, y pasado el medio día, la infanta Excelonesa llamó tres donzellas y saliose a la huerta a holgar y a dormir la siesta, según que había de costumbre algunos días. Y estando Turián tendido so el rosal, violas venir, y ovo singular gozó, y ovo miedo de ser visto de las donzellas, y encogiose. La infanta Excelonesa iva en cabellos, ca los había muy bellos, y más rubios que hilos de oro muy luengos; y allí, aquel rosal, era su lugar de los ir a lavar y peinar, y assí hazían todas las otras. E allí venía cubierta de un manto de escarlata, aforrado en cendal. Y desque entró en la huerta, dio el manto a Vergoña su secretaria, de quien mucho confiava. En tanto que Excelonesa andava por la huerta tomando de la fructa, el ojo de Turián, metido so el rosal, andava en pos de ella, que pensava ser fuera de su seso por saltar con ella; y presumía tantas cosas, que no sabía qué se hazer, que más quisiera tene-la así, so aquel rosal, que ser señor del imperio de su padre, y con todo el miedo que tenía, todavía quisiera salir a ella. Y desque huvieron andado por la huerta y tomado de la fructa lo que huvieron

menester, fuéronse so el rosal. Y yendo la infanta Excelonesa delante las otras donzellas suyas un trecho, vio debaxo de las ramas a Turián, y fue espantada, y hízole de señas que estuviesse quedo, y apartó a Vergoña y díxole:

– Amiga, bien sabes que te amo en mi corazón más que a ninguna de todas estas otras, y te amaré de aquí adelante como a mi vida, mas cata si te descubriere una poridad que me la tengas secreta.

Vergoña respondió:

– Señora, no me provéis, que no soy tan necia que vuestra honra no la sepa guardar hasta la muerte, que en ningún tiempo no me havéis tomado en falta; por ende no me dexéis de dezir lo que vos plazera por ninguna cosa, que presta so que a lo cumplir.

Desde esto hubo dicho Vergoña, dixo Excelonesa:

– Amiga, si yo amase en mi coraçón a un cavallero tanto que por su amor tomaría muerte, tú, ¿ayudármelo ías a cobrar?

Y dixo Vergoña:

– Señora, no ay en el mundo cosa que a vos venga en plazer que yo no haga y vos la ayude a cobrar.

Y dixo Excelonesa:

– En el mundo no hay cosa que más ame que a Turián, que es muy noble y virtuoso cavallero, e hijo de rey y de reina muy honrados, como tú bien sabes; y querría, si a Dios pluguiesse, cómo le hiziesse quedar en esta tierra, porque el emperador mi señor me le diesse por marido; y para esto querríale complazer en todas las cosas que a mí possible fuesse.

E quando Vergoña oyó las palabras de la infanta su señora, díxole:

– Señora, pues que assí es, vuestra merced me mande qué haga.

Y la infanta le dixo:

– Amiga mía, lo que te ruego es esto: que te apartes con essas otras donzellas so un árbol de esos, y dormid y holgad, y diles que quiero dormir un poco so este rosal; y hágote saber que so el rosal tengo a Turián.

Y desde esto oyó Vergoña fue muy espantada, pensando en aquel hecho que su señora quería hazer; y desde más no pudo hazer, tomó las otras donzellas; haziendo de si buen semblante por que las otras no lo entendiessen, apartolas de allí buen rato, diziéndoles que la infanta quería dormir un poco so aquel rosal; y desde Excelonesa las vio bien arredradas, entró con Turián so el rosal, y allí hizo Turián todo su contento con la infanta, y fue el amor doblado a ambos a dos, y hallola acabada donzella, y el cuerpo muy adereçado.

CAP. XXXV. – De cómo salió el emperador a la huerta estando ay Turián escondido; y del gran pavor que hubo, y cómo fue librado.

Desde el emperador se levantó de dormir, salió a la huerta a se espaciar; y viole venir Vergoña, y ovo terrible miedo y fuelo a dezir a la infanta que estuviesse queda, que andava el emperador por la huerta; y quando la infanta lo oyó, amortesciose de miedo, lo uno por Turián y lo otro por ella, y díxole Turián:

– Señora, ¿qué será de mí si soy visto?

Y Excelonesa torciose las manos del gran miedo que había, y díxole:

– Señor mío, no sé qué consolación vos ponga, ca la vuestra muerte compraría yo con la mía si ser pudiesse; pero, señor, lo mejor que puedo presumir deste hecho es esto: que estéis quedo y saldré yo muy passo, e irme he contra el emperador mi señor a hablar con él, y tenerle he compañía, y guárdeos Dios, que os puede guardar, por que mis ojos no vean vuestra muerte; y bien creed, señor, de mí, que si mi señor el emperador os vee, que no dé la vida a vos ni a mí.

Y desque Excelonesa ovo dicho estas palabras, levantose muy passo y salió de so el rosal, y fuesse para donde estava su padre el emperador, haziendo semblante alegre, diziendo que venía de su cámara; y en tanto que Excelonesa y Turián folgaron y el emperador entró en la huerta, pelearon dos cavalleros donzeles dentro en el palacio, y mató el uno al otro, y el que escapó acogiose a una iglesia muy privilegiada por los sanctos padres y por los emperadores, que se llamava santa Eufemia, porque estava allí su cuerpo y otros muchos cuerpos de sanctos; y por esto no podían de allí sacar ninguna persona por ningún delito que oviesse hecho; y aquel cavallero muerto amávalo mucho el emperador, y quando le fue el mandado a la huerta, diose una palmada en la frente y ovo muy gran pesar de su muerte, tanto que pensó ser fuera de su seso, y túvose por deshonorado porque dentro en su palacio le había muerto; y andando por la huerta muy malenconioso, haziendo muy grandes bramuras, passó cabe el rosal y detúvose allí un poco; y desque Turián lo vio, bien pensó que lo había visto el emperador, y el emperador bolvió la cabeça y dixo a su hija:

– ¡A qué en mala hora entrastes acá! ¡Poco havéis visto de lo que se ha hecho! ¡Andad en tal y llamadme un portero!

Y Excelonesa y Vergoña ivan temblando de miedo, pensando que había visto el emperador a Turián, y fueron a la puerta de la huerta a llamar al portero, que le mandava llamar el emperador. Y desque el portero llegó, díxole el emperador muy sañado:

– Anda, ve y llámame algunos de esos cavalleros, y diles que se armen y vengan aquí, y mandarles he lo que hagan.

Y desque Excelonesa aquello oyó, començó a torcer sus manos y llorar, que no sabía qué se hazer, y quisiera que se abriera la tierra, que bien pensava que Turián era visto, y que el emperador que no enbiava a llamar la gente sino para lo matar, y que no había ya ál sino morir. Y desque Turián vio que el emperador estava cabe el rosal y no se quitava de allí, y había imbiado por gente armada, bien pensó que era visto y que no avía ál sino morir. La infanta Excelonesa, cortada toda de la muerte, assentose cabe un naranjo, y díxole Vergoña:

– Señora, vos no moriréis aunque lo vea el emperador, porque sois su hija, que esta gente, según veo, no es sino para matar a Turián.

Y dixo Excelonesa:

– Nunca Dios mande que yo viva después de su muerte una sola hora.

Y dixo Excelonesa a Vergoña:

– Amiga, vámonos de aquí a nuestra cámara, ante que la gente de armas venga, no veamos este pesar.

Y ella llegando a la puerta de la huerta, toda la gente de armas que entrava, y desque ella los vio, assentose sin sentido, que no pudo de allí passar; y desque llegaron ante el emperador, dixeron:

– Señor, ¿qué manda vuestra alteza que hagamos?

Y desque Turián vido la gente assí toda armada, fue muy espantado y no se osava menear so el rosal; pero ofreciéndose más a la muerte que a la vida, púsose sobre las rodillas y echó el manto en el braço, y el espada sacada en la mano, proponiedo de salir a matarse con ellos, que muy mejor le era morir como hombre que no que lo matassen allí deshonoradamente. Y quando esto veía Excelonesa que toda aquella gente estava allí con el emperador y no se mudava para ir a ningún cabo,

fue desacordada, y quisiera muy de corazón ser cerca de Turián por le conortar y morir allí con él; y ellos en esto estando, entraron por la puerta de la huerta un rey y dos condes que ivan a estar con el emperador, y fuéronse assí paseando por la huerta, hasta que llegaron ante él, y desque los vido, apartose con ellos a hablar, y dixo a los cavalleros que estavan armados:

– Deteneos un poco hasta que lleguen estos y hablaré con ellos, y ordenaremos como havéis de hazer.

Y todo esto oía el cuitado de Turián, y bien pensava que la habla todo era sobre él, y comedia en la muerte más que en la vida y quisiera toda vía salir a ellos, y tornávase de su pensamiento, diziendo que si saliesse que él no podría pelear con todos, quanto más estando presente el emperador; y que si peleasse, que podría matar tres o quatro de ellos, y que luego sería tomado y muerto, y assí se tornó de su pensamiento y estava so el rosal muy triste y cuitado, y dixo en su corazón: «Quiero esperar en la merced de Dios, y sabré primero qué habla es esta».

Y desque el emperador huvo fenecido la habla con el rey y con los condes, dixo a los hombres de armas:

– Mudavos dende, e id en aquella iglesia do está aquel malvado, y guardadle no se vaya.

E los hombres de armas fuéronse por la huerta adelante contra la puerta do estava Excelonesa esperando lo que les mandava hazer, pensando que mandaría matar a Turián, y preguntoles que dónde los mandava ir. Y ellos dixeron que los mandava ir a la iglesia a guardar aquel cavallero que havia muerto el otro. Y quando Excelonesa lo oyó, plúgole mucho, tanto como si la hizieran señora del imperio, lo uno porque su deshonna no fuesse publicada y lo otro porque no matasse a Turián. Entonces se fue el emperador a su cámara y assí quedó Turián muy gozoso metido so el rosal, guardando tiempo para salir de allí con su honor; y desque Excelonesa vio al emperador ido a su palacio y la huerta desembargada de la gente de armas, que todos eran idos al combate de la iglesia por tomar aquel cavallero, llamó a Vergoña y díxole:

– Amiga, ruégote por amor de mí, que vamos hasta el rosal a ver qué haze Turián, que havia passado por el punto de la muerte.

Y desque allí llegaron, metiose Excelonesa con Turián so el rosal, y hallolo muy esforçado cavallero, como quien no havia passado pavor ninguno, y travó de ella, y olvidándose del miedo que havia passado, hizo su pagamiento con ella, y allí le dixo ella:

– Señor mío, de aquí adelante escusad la venida de día, e yo buscaré manera como salga a vos de noche.

Y desque huvieron holgado, despidiose Excelonesa de él y fuese a su cámara; y Turián le pidió por merced si después de cenar pordría salir a él. Y ella le respondió que no podía ser aquella noche, por quanto el emperador no yazía en el palacio, que havia de ir a dormir con la emperatriz su señora madre.

CAP. XXXVI. – Cómo preguntó el hijo del emperador a Turián donde havia estado, y de lo que le dixo.

Desque Turián vido venir la noche, con la escuridad saltó de la huerta y fuese a su posada, y todo aquel día lo havia buscado Corvelín por toda la ciudad, que no podía pensar que fuesse hecho a do estuviesse; y desque lo vio fue mucho maravillado donde havia estado, y fuelo abrazar por hacer la deshecha a la puerta de un palacio, y començaron a cantar una canción luego, y dixo Corvelín a Turián:

– Assí veáis buen gozo de vuestra amiga, que me digáis qué ha sido de vos oy; y desque no vos he hallado, he estado el más triste hombre del mundo.

Y Turián le respondió:

– Señor, pues que me demandáis la verdad, quiérovosla dezir. Assí es que aquí está un burgués muy rico, y tiene una muger muy hermosa; este otro día la comencé a requerir de amores y seguila; y esta noche passada rogome que fuesse a su posada, que quería holgar conmigo, y no me dexó partir sin galardón; y otro día de mañana su marido vino, y assentose a la puerta del palacio a tomar cuenta a unos hazedores suyos, y en tanto la señora púsome en buen recaudo, y nunca he havido lugar de salir hasta ahora.

Desque Turián esto hubo dicho, riose el infante y echole los braços al cuello, y con estas palabras le llegó a do estaban los cavalleros, por contarles lo que le había acaescido a Turián y cómo había estado preso, y desque lo oyeron començaron todos a reír; e Turián había hambre, que había estado una noche y un día so el rosal por amor de la señora, y dixo:

– Cavalleros, dexame de vuestro juego y tráyanos de comer.

Y luego lo mandaron traer.

CAP. XXXVII. – Cómo vinieron cartas a Turián de su padre que tenía guerra con otros dos reyes; y de cómo pidió licencia al emperador para su partida.

Estando comiendo, vino un escudero con unas cartas del rey Canamor su padre, y Turián se apartó a las leer, y plúgole mucho con ellas, por saber nuevas de su padre, otrosí del rey Ados y de Floreta su muger; y lo postrero, desseándose ver con unos reyes que maltrataban a su padre; y mandó dar de comer al escudero que las traía, y en tanto mostró las cartas al infante y a otros gentileshombres y cavalleros que con él estaban; y pesosles desto mucho, porque lo amaban todos de corazón, como si hermano de ellos fuera, porque, por virtud de la carta, Turián había de partir, y lo otro por la guerra que su padre había de haver con aquellos dos reyes, y pedía por merced al infante que estoviesse con el emperador y le hiziesse relación de la guerra y fuesse su merced de le ayudar con alguna gente, y todos codiciavan ir con él. Y desque vino la tarde, que el emperador hubo dormido, el infante Corvelín y Turián y todos los cavalleros fueron a palacio, y el infante entró en la cámara, e hizo relación de la carta al emperador que era venida a Turián, de la guerra que había el rey Canamor su padre con aquellos dos reyes; y quando el emperador esto vio, salió luego de la cámara y mandole llamar, y apartose con él por la huerta, y díxole lo que su hijo Corvelín le había dicho de la carta que le era venida, y que le pesava de ello por sola aquella guerra, y que, si él quisiesse, que escreviría para estos dos reyes que se partiessen desta guerra y de hazer enojo al rey Canamor, y que si esto no le abastava que él le daría cinco mil de cavallo pagados por un año o por dos, que fuessen con él; y desque esto hubo dicho el emperador, Turián le besó las manos, y le dixo:

– Señor, yo agradezco a vuestra alteza el bien y merced que, sin méritos que a vuestra señoría por mí sean hechos, vuestra merced se ofresce de ayudar al rey mi señor y padre en esta guerra; empero, señor, hablando con reverencia a vuestra alteza, en lo que dize que escrevirá cartas a estos dos reyes que se partan de esta guerra, señor, a esto suplico a vuestra alteza que no cure de lo hazer, que no sería honor suyo de mi padre ni mío, ni de los que por mí han de hazer, ca dirán que lo hazía con cobardía, pues les rogava con cartas. Otrosí, señor, a lo que dize vuestra merced que me dará cinco mil hombres de armas, esto tengo en singular merced a vuestra señoría; pero, señor, al

presente yo querría primero llegar a mi casa, para consultar este hecho con el rey Ados, mi suegro, que me está esperando; y dende, señor, iré a mi señor padre el rey Canamor a hazerle habla de la ayuda que vuestra merced me da; y ahora, señor, vuestra merced me dexa ir solo, porque me conviene assí.

Y desque el emperador se lo oyó, pesole porque assí se quería ir de su casa, y que avrían que dezir de él; y pofióselo mucho quanto pudo, que no fuesse solo y que llevasse alguna gente consigo, y no lo pudo acabar con él; y desque vio su intención, no le quiso más forçar, y assí se salieron de la huerta, y holgó Turián aquellos días con los cavalleros, que lo amavan mucho.

CAP. XXXVIII. – De cómo la hija del emperador mandó llamar a Turián y hablaron en secreto, y se despidió de ella; y otro día tomando licencia del emperador, y del infante y grandes señores, se fue su camino.

Desque vino la noche, al tiempo que toda la gente reposava, la infanta Excelonesa, estando muy triste por las nuevas de la partida de Turián que le havían dicho, embióle secretamente a rogar con Vergoña, su secretaria, que quisiesse salir a la huerta, que quería hablar con él; y desque Turián la oyó, fue muy gozoso, que por amor de ella se havía quedado en palacio escondido; y desque hubo despedido la mensagera, lançose en la huerta secretamente, y la señora viole ir paseando para el lugar acostumbrado, desde una ventana que se veía toda la huerta. Y desque le vio encerrado so el rosal, salió muy passo de su cámara y fuese sola por la huerta hasta do estava Turián; y desque pasó una pieça de la noche, ella hizo semblante que no sabía cosa ninguna de su partida, por ver qué le diría Turián; y al tiempo que se quería despedir el uno del otro, díxole Turián el hecho de su partida, como el rey Canamor su padre havia guerra con aquellos dos reyes, y mostrole la carta, y díxole como le era forçado de ir allá.

Desque Excelonesa lo oyó, començó a maldezir su ventura, y díxole:

– Señor, pues qué será de mí, triste, que en fin, como vos sabéis, esta es la manera de los hombres, que después que vos aprovecháis de las mugeres, no curáis más de ellas. Por ende, señor, pues soy puesta a la muerte por amor de vos, por Dios vos pido que no me desamparéis, y ponedme algún cobro por que no muera, que este es un hecho que no se puede encubrir, que soy preñada, y el emperador mi señor es forçado que lo sepa brevemente, ca si yo triste supiera que vos érades casado, no se hiziera el error como se hizo.

Y desque Turián la vido llorar, llorava él por no saber qué cobro le poner, que también le pesava a él del mal que ella havia de recevir por causa dél como a ella, y díxole Turián:

– Señora mía, no vos aflijáis tanto; cessen ya vuestros ojos de llorar más lágrimas, las quales a mi coraçón dan tormento; y creed, señora, que mi casamiento no vos embarga nada, que dexadas todas las cosas del mundo, en vos es mi esperança, y posponiendo la venida que venga de este camino que forçado vo, del qual puede ser mi tardança un mes, que a vos plega en este comedio encelar el hecho, que yo vos haré juramento de otra señora jamás conoscer ni amar en toda mi vida, que yo me devo tener por muy contento en casar con vuestra señoría, que assí tengo mi venida prometida al emperador mi señor.

Respondió Excelonesa:

– Señor, las palabras buenas son, si el hecho viniessse con ellas; que, assí me vala Dios, nunca muger quedó tan malaventurada por amor de hombre como yo quedo por amor de vos; por ende yo vos ruego que por Dios me llevéis con vos y no me dexéis aquí padescer muerte.

Turián le dixo:

– Señora, ¡en qué fuerte hora vos conocí! ¡Pluguiesse a nuestro señor Dios que oy fuesse el postrimero día de mi vida, que más deseo ahora la muerte para mí que no para vos; ca, señora, si yo pudiesse entender camino que seguro nos fuesse a vos y a mí, yo no vos dexaría! Mas, ¿dó escaparemos o dó nos ampararemos al poder de vuestro padre? Ca si yo fuesse cierto que la mi muerte fuesse guarda de la vuestra, yo moriría por vos, por que solamente escapássedes; pero, señora, sacándovos yo ahora, éramos luego tomados, y por mayor delicto havría la vergüença, si fuesse traído delante vuestro padre, que la muerte que me mandarían dar; por ende aquí no hay ál sino que vos, por amor de mí, queráis esperar hasta que yo venga, y enceladvos lo mejor que vos pudiéredes, que mi tardança no puede ser más de un mes.

Y desde huvo dicho Turián estas palabras, despidiose de Excelonesa y ella de él llorando de sus ojos, y assí se fue para su cámara, y Turián salió de la huerta y fuese a su posada; y otro día por la mañana levantose y adereçó todas las cosas que havía menester para su camino, y hízolo saber al infante Corvelín, y él levantose prestamente y fuese a palacio a se despedir del emperador, y él no era levantado; y entró Corvelín a la cámara e hizo relación al emperador como se quería partir Turián, y él se levantó luego y se salió abrochando a la sala, y dixo a Turián:

– Amigo, holgad aquí oy, que tengo con vos de hablar un poco.

E Turián le pidió por merced que le mandasse dar licencia y que no lo detuviesse. Y allí le mandó dar el emperador tres cavallos muy arreados y mil pieças de oro, y muchas joyas y piedras para su muger, y quatro escuderos para que fuessen con él, y tres pages muy guarnidos. Y desde esto huvo adereçado, despidiose de los cavalleros y fuese a besar las manos a la emperatriz, y dende a Excelonesa, y despidiose de las donzellas y bolviose al emperador y fincó las rodillas ante él y quísole besar los pies, y el emperador lo tomó por los braços y alçole que no quiso, y besole las manos; y assí se fue su camino y salió con él el infante Corvelín y todos los cavalleros hasta una legua, ca lo amavan y querían mucho, y el infante le rogó muy afincadamente que por su amor él se quisiesse venir lo más aína que pudiesse, y Turián le dixo:

– Señor, no sé qué tanto durará la guerra y los hechos cómo se ordenarán; pero, plaziendo a Dios, si la muerte no me estorva, en breve seré con vos, que el amor de la casa de mi señor el emperador y de todos vosotros me ha de hazer olvidar todas las otras cosas. Y de aquí se despidieron y se dieron paz.

CAP. XXXIX. – De cómo el infante Turián llegó a casa del rey Ados, su suegro, y de su querida Floreta, y cómo todos juntos fueron a socorrer a su padre, y de las alegrías que con ellos fueron hechas.

Corvelín el infante se bolvió, y Turián se fue su camino, y por sus jornadas andando, llegó a la ciudad de Sesena, do el rey Ados y Floreta estaban, que el rey su padre la havía allá llevado para que holgasse con su madre. Y quando supieron que Turián venía, saliéronle a recibir muy honradamente, haziendo muchas alegrías. Y desde llegaron a la villa, fuese el rey a su palacio y Turián a otro, y despidiose de toda la gente, y entráronse él y su gente, y desarmáronle, y fuese luego a do Floreta estava, a la ver, y ella salió a él con muchas alegrías, y entraron a una cámara, y allí huvieron sus gasajados. Y Turián, catando a todas las otras mugeres, le parecían nada a par de ella, y él se maravillava en su coraçón cómo podía estar sin ella, y allí preguntó Turián por nuevas del rey

Canamor su padre, y fuele dicho de cómo le trataban mal aquellos dos reyes. Y dixo al rey Ados su suegro:

– Señor, plégaos que hablemos en estos hechos de mi padre, y no lo echemos en olvido, que la tardança de los más de los hechos es dañosa.

Y el rey le dixo:

– Hijo, mi gente será ahora aquí; y plaziendo a Dios, vos iréis de tal manera, que bien parezca que casastes con hija de rey.

Y en tanto que venía la gente, mandó fletar naves de quanto menester havían; y metieron dentro los thesoros del rey Ados, que eran grandes para mantener la guerra en quanto allá estoviesse, y llevó consigo tres mil cavalleros de los mejores de su tierra, y cada unos de ellos llevaba los cavallos, e ivan pagados a toda su voluntad por medio año. Y Turián huvo miedo que duraría mucho la guerra, y llevó consigo su muger, y toda la gente venida entráronse en las naves; y hazíales muy bien viento y la mar llana, y las naves y galeras que llevaban ivan todas juntas y eran muchas, y a cabo de diez días llegaron a Tersia, a su buena villa, do el rey Canamor estava. Y otro día por la mañana, quando el rey Canamor supo que el rey Ados y su hijo Turián eran venidos, fue muy grande el alegría por la villa, y descendieron a la ribera y recibieronlos con muy magnífico recibimiento, porque veían que venía Turián con tanta honra y tanto bien, porque havia salido de allí como havéis oído y parecía al padre en todos sus hechos; y todas quantas cosas él hazía en armas por todas las partes del mundo, luego lo hazía saber al padre; y el rey Ados y Turián salieron de las naves y fueron muy bien aposentados, y mandaron sacar el bastecimiento todo de las naves; y la reina Leonela, con muy gran gozo, salió con sus donzellas a recibir a su hijo Turián y al rey Ados y a Floreta; y el rey Ados y Turián fueron con el rey Canamor y la reina su muger hasta los palacios, y todos se maravillavan de la hermosura de la señora Floreta, que nunca sus ojos partían de ella; y dixo la reina Leonela:

– Hijo, no vos pongo culpa porque vos metistes a tan gran peligro por cobrar tal señora, que bien creo que vos lleváis la flor de las mugeres terrenales.

CAP. XL. – De cómo vino el duque don Marrón a ayudar al infante Turián con seiscientos cavalleros, y todos juntos fueron a dar la batalla a los reyes, y fueron por Turián muertos y los suyos presos.

Vino en este comedio el duque don Marrón, señor de la Torre de los justadores, y llegó al palacio del infante Turián con seiscientos hombres darmas en favor y ayuda del rey Canamor y de Turián su hijo y de su cormano el rey Ados, y fue muy honradamente recibido; y por amor del duque reposaron quinze días por los cavallos que venían fatigados; y desde los reyes Canamor y Ados vieron que toda la gente havia reposado, movieron contra los reyes sus enemigos que los venían a buscar, y pusieron muy buen recaudo en la villa y en las naves que quedaron en la ribera, y partieron con mucha alegría de allí. Y el rey Canamor llevaba tres mil cavalleros, y el rey Ados otros tres mil, y el duque don Marrón seiscientos, y el infante Turián quatrocientos, que eran por todos siete mil cavalleros, muy diestros y muy adereçados; y llevaban hasta quinze mil peones armados diestramente y ordenadas sus hazes como havían de ir para seguir guerra, e ivan en esta manera: en la delantera iba el rey Turián, y a la mano diestra el rey Ados, y a la siniestra el duque don Marrón, y en la reguarda venía el rey Canamor, y en medio el fardaje muy rico, y de muy ricos pavellones y tiendas, y oro y plata y armas, y assaz otras muchas cosas muy ricas. Y por tomarles adelante,

fuéronse contra la villa que dizen Licia, y es una villa muy hermosa, que era del rey Canamor, y aquesta villa era sobre que había la requēsta, porque ella estava en términos de dos reinos, y requēstavan a quién pertenecía. La qual estava a doze leguas de donde habían partido; y desde los reyes Cadol y Etanos sopieron que eran mudados, enbiéronles a dezir que les esperassen cabe la villa, que dende a quatro días serían con ellos. Y el rey Canamor y los suyos estavan reposados y su real bastecido. E a cabo de los quatro días el rey mandó armar todos los suyos, y que estuviessen apercebidos en el campo para los recibir, y assí como llegassen, que no los dexassen assentar y les diessen luego batalla. Y los reyes traían muy buena cavallería y peonaje, más que estos otros tres tantos, y salieron a un campo fuera de las viñas, que se llamava el Campo Ruvio. Y los reyes Cadol y Etanos venían bien apercebidos a la batalla. Y desde se vieron a ojo, dixo el rey Etanos, como era muy valiente cavallero:

– De mal seso son aquellos reyes en nos atender con tan poca gente; y mejor le fuera al rey Ados holgar en su reino, que no passar acá allende la mar, y bien dirá que el diablo le dio tal consejo.

Entonces dixo a los cavalleros que moviessen contra ellos y les fuessen a herir. Y el rey Etanos, por dar esfuerço a los suyos, salió muy rezio adelante, y movió Turián desde lo vio venir, contra él; y dixo a los otros reyes, a Canamor y a Ados:

– Dexadme con este cavallero, que bien parece que se tiene por valiente.

Y fuéronse a herir ambos a dos de las lanças, y encontrole Turián por mitad de los pechos que le falsó todas las armas, y passó la lança de la otra parte, y sacolo de la silla y dio con él en tierra; y los que venían en pos de él, desde vieron a su señor muerto, desmayaron, y querían bolver las espaldas, y vino luego el rey Cadol y dioles esfuerço, y bolviéronse, y assí mezclaron las batallas. Y Turián hazía gran daño en la hueste de sus enemigos con la espada, tanto que todos huían de él. Y murió mucha gente de ambas partes, y muchos heridos, y muchos cavalleros derribados, e yelmos abollados y lorigas falsadas, y quantos buenos cavalleros había de la otra parte todos murieron. Y Turián mató allí un cavallero afamado que se llamava Anxiel, ca le cortó el brazo con la manga de la loriga; y el rey Cadol estava herido de muchas heridas que el rey Canamor le había dado, y estava desmayado de la mucha sangre que se le iva; y quísose salir fuera y topó a Turián, y firiolo con la espada muy dura[me]nte encima del yelmo, que le quebrantó todas las armaduras, y derribole en tierra un pedaço de la cabeça, y no podía sacar el espada. Y allí murió el rey Cadol, y la otra gente que quedó echaron sus armas en tierra y fueron seguros, y assí cessó la batalla, y tomaron el fardaje, que traían mucho oro y mucha plata, y tiendas y armas, y otras muchas riquezas.

CAP. XLI. – De cómo estando la reina Leonela y la infanta Floreta teniendo novenas en una iglesia, la infanta Floreta fue robada por tres cavalleros.

Partiéndose el rey Ados y el duque y Turián y Canamor para la batalla, la noble reina Leonela y Floreta, con muchas dueñas, prometieron tener novenas en una devota iglesia que era a media legua de la villa do estavan, rogando a Dios que ayudasse a sus maridos y les diesse victoria contra sus enemigos. Y estando las dueñas en aquella iglesia, vinieron tres hermanos, muy valientes cavalleros y de grandes hechos que habían acabado. Los quales se llamavan Tibán, señor de Grasia, y Angote, y el otro Anquibor, y descendieron muy aína de los cavallos, y los dos entraron en la iglesia armados de todas sus armas, y cataron a todas partes y miraron todas las dueñas y donzellas. Y quando llegaron a Floreta, dixeron:

– Ésta es, que no ay aquí otra tan hermosa.

Y asieron de ella, y tomola en los braços Tibán y sacóla de la iglesia, y todas las dueñas y la reina Leonela davan los más fieros gritos del mundo, y no la podían llevar, que se quería matar con sus manos, y pusiéronla en un palafrén, y detrás un escudero que la tuviese, y dixeron al escudero que se abraçasse con ella y la tuviese muy bien, y no la dexasse caer. Y dixo Tibán a las dueñas que estaban en la iglesia haziendo muy esquivo llanto:

– Señoras, dezid a Turián que si se precia de tan buen cavallero como dizen, que se sienta de su deshonra y vaya en pos de su muger; y assí podrá acabar buenas cavallerías si él acá la tornare; y decidle que la lleva Tibán, señor de Gracia; y ahora pugne en seguir mi rastro, que yo le haré venir en guisa que nunca tan buen cavallero halló.

Y assí se fueron su carrera, y Floreta iba dando muy grandes voces, y queríase derribar en tierra y no la dexava el escudero, y los otros tornavan a ella y amenazávanla que callase. Y desde que la batalla fue vencida, los reyes y Turián movieron del campo con sus presos y con todo lo que tomaron. Y Turián, yendo hablando por el camino, llegó un hombre de la villa encima de un buen cavallo muy apresurado, y dixo a Turián:

– Señor, sepa vuestra merced que Tibán, el señor de Gracia, ha llevado por fuerza a Floreta.

E Turián fue maravillado, y dixo al escudero que cómo la había llevado; y el escudero dixo toda la manera de cómo la había tomado de la iglesia: y entonces tomó Turián un cavallo muy bueno y un escudero consigo, y demandó licencia a su padre y a todos los otros señores, y hizo juramento ante todos de no bolver hasta se ver con aquellos cavalleros que tal sinrazón le habían hecho; y el rey Ados quería ir todavía con él y porfiolo mucho, y no pudo con él. Y el rey Canamor, y el rey Ados, y el duque don Marrón, estaban mucho turbados, porque assí fue llevada Floreta, y por el trabajo que Turián había de passar, y assí se despidió de ellos y se fue su camino muy apresurado y triste, siguiendo el rastro de los cavalleros que llevaban a su muger; y el rey Canamor, y el rey Ados, y el duque don Marrón se fueron camino con su gente hasta que llegaron a la villa, y hallaron a la reina y a las otras dueñas y donzellas todas llorando por Floreta. Y quando los cavalleros tomaron a Floreta, aquel día se començó la batalla, assí que llevaban a Turián un día de ventaja; y Turián llegó aquella noche muy cansado con su escudero, que no los podían llevar los cavallos, y fuéronse a casa de un hombre bueno de un lugar que llegaron allí aquella noche, e ivan adelante, que no reposavan cada vez sino un poco en las riberas, que descendían de los cavallos por amor de la dueña, que iba muy enojada, y cuidava que la querían deshorrar o hazer algún mal, y una vez arrebató un espada de Anquibor y quísose matar con ella, y el cavallero sacóselo de la mano, y ella dixo:

– Ay, señor, o me matad, o me dexad matar con ella.

Y Tibán le dixo:

– Señora Floreta, yo vos hago pleito omenaje, como cavallero hijo dalgo, que no recibáis deshonra ninguna, que antes guardaremos vuestro honor y de Turián como si fuéssedes nuestra hermana. E porque yo sé que Turián vos ama con el coraçón como a su vida, vos no recibiréis sinrazón alguna aquí, ca no vos tomamos para vos deshorrar, sino por hazer venir a Turián a mi batalla, que yo bien sé que quando supiere que yo vos llevo, él verná por vos, o morirá en esta demanda.

Y desde que Floreta oyó aquello dezir, perdió quanto quiera el miedo, y más quisiera tener a Turián cabe sí que ser señora del reino de su padre, y pensava que todo aquello le dezía con arte. Y anduvieron los cavalleros toda aquella noche. Y Turián iba de ellos muy alongado. E anduvieron de tal manera los cavalleros que llegaron con la dueña un día antes que Turián a Grasi[a], que era una hermosa villa y era cabeça de su condado. Y de la una parte estava la mar, y de la otra parte grandes montañas y sierras; y corría por medio de la villa un río que había nombre Fiebre, y por toda aquella tierra no había passo sino por una puente muy notable, y al cabo de ella estava un castillo muy

fuerte; y Tibán hizo a la entrada de aquella puente una torre muy alta y muy fermosa, y en medio otra. Y en cada una de estas tres torres estavan sendos padrones hincados, que ninguno podía entrar a la villa si no passasse primero la puente; y guardava la primera torre Angote, y la otra guardava Anquibor. Y el castillo Tibán, que era el mayor, que era señor de la villa. Y allí havía tal costumbre que todo cavallero que aí entrasse, que fuesse extranjero, no havía de salir de allí hasta que se combatiesse con todos aquellos tres hermanos. Y por esta razón no osavan muchos cavalleros ir allá; y como supieron la nombradía de Turián, que era tan hermoso cavallero en armas, no supieron manera para lo allí traer sino en llevarle la muger, ca estos cavalleros havían hecho muchas vezes armas con famosos cavalleros y a todos havían vencido. Y quando allí llegaron con Floreta, subiéronla luego a la torre primera, y diéronla allí dos donzellas que la sirviessen. Y mandó Tibán que ninguno entrasse en aquella torre; y al cabo de tres días passados, alvergó Turián a media legua de la villa, ca venía muy fatigado, y posó en casa de un hombre bueno labrador pobre, en un alcairía, y no halló aí ninguna cosa que comiesse, sino pan y agua, y los cavallos avena montesina.

CAP. XLII. – Cómo Turián allegó adonde estava Floreta, y de las grandes fuerças de armas que ende hizo, y cómo libró cien cavalleros, con sus dueñas, de prisión.

Y otro día por la mañana armore Turián, y cavalgó en su cavallo y su escudero con él, y fuéronse a la villa, y quando llegó a la puerta de la torre llamó, y dixéronle desde la torre que esperasse, y miró al castillo y paresciole bien, y fue maravillado; y entre tanto fuéronlo a dezir a Angote, cómo estava allí un cavallero armado. Y Angote, quando lo oyó, armore prestamente, y subió en un cavallo y descendió a la puente, y mandó abrir a Turián. Y desque hubo entrado, cerraron luego la puerta, y dixo Turián:

– Amigo, ¿por qué cerráis la puerta?

Y ellos respondieron:

– Passad adelante, e idvos a combatir con aquel cavallero que allí veis.

Y Turián les dixo:

– Ruégovos que me digáis la costumbre de este lugar, que yo vengo a una cosa y vos mandáis-me hazer otra.

Y los porteros le dixeron:

– Vos havréis muy caro de sacar de aquí essa demanda a que vos venís; por ende idvos contra aquel cavallero que vos espera; y la costumbre de este lugar es que si fuéredes vos vencido, nunca de aquí saldréis, y si por ventura vos venciéredes a este cavallero, havéis de passar más adelante, hasta que venga mandado de otros dos cavalleros tan buenos o mejores que vos. Y hazed cuenta que nunca de aquí saldréis.

Y desque los porteros huvieron dicho, dixo Turián:

– Amigos, no adivinéis vosotros lo que Dios ha de hazer.

Entonces hirió Turián de las espuelas al cavallo, y fue a herir a Angote con la lança en el escudo, que dio con él del cavallo a tierra; y estuvo assí desacordado hasta que le desarmaron, que pensaron que era muerto. Y desque esto hubo hecho, cató la lança y hallola sana, y maravillose de tan pequeño encuentro caer aquel cavallero. Y dixo si havía de hazer más, y dixéronle que no era nada lo que havía hecho con lo que havía de hazer, y que passasse más adelante, que allá se lo dirían. Y Turián no se detuvo allí más, y passó más adelante, y vio estar a la puerta de la torre a Anquibor, encima de su cavallo muy bien armado, como valiente cavallero, y fuese para él muy

poderosamente, y encuentre en el escudo, de manera que no le valieron nada las armas, y metiole el hierro de la lança por el costado izquierdo, e hízole caer del cavallo en el pilar de la puente, y si más adelante lo echara un poco, no le dieran quantos en el mundo había la vida, ca cayera en el río; y todo esto veía hazer Floreta desde la torre que estava; y allí quebró Turián su lança, y descendió por la de Anquibor que estava sana, y desenlazó el yelmo y puso su escudo cabe sí, y descendió de su cavallo, y mandó a su escudero que traxesse el cavallo su passo a passo por la puente, y tomó el cavallo del escudero, que era muy bueno, y passó adelante por la puente; y quando esto hubo hecho, fuéronlo a dezir a Tibán, señor de la villa, como era allí venido un cavallero que había vencido a sus hermanos de sendos encuentros, y que nunca vieron tan valiente cavallero. Y quando Tibán oyó dezir que assí eran vencidos sus hermanos de sendos encuentros, fue maravillado, y dixo que cavallero que tales encuentros dava, que bien se podía él combatir con él. Entonces se armó y subió en su cavallo, y tomó su escudo y su yelmo; e Turián entró muy aína por el castillo a un portal que era muy llano; y vido a Turián encima de un cavallo y bien armado, y movieron ambos los cavallos uno contra otro muy reziamente, e hirieron con las lanças en los escudos, de guisa que se falsaron las armas y fueron ambos a dos heridos, y las lanças quebradas metieron mano a las espadas, y dábanse tan grandes golpes, que todos se maravillavan, y parecía que lidiavan ciento; y quando se davan en los yelmos parecían llamas de fuego que salían de las cabeças, y a malas penas los cavallos los podían ya sufrir, que andavan muy cansados; y no pudo mucho durar Tibán en la batalla, que traía todas las armas desbaratadas, y sintiose muy malamente herido de los golpes que Turián le había dado, y había desmayado, y tirose afuera, y descendió de su cavallo, y dixo Turián, desde que esto vido:

– ¿Qué cosa es essa, cavallero? ¿Pensáis vos combatir mejor a pie que no a cavallo?

Entonces dixo Tibán:

– No lo hago por esso, sino que he sabor de me partir de vuestra batalla, que ya no lo puedo más sufrir.

Y dixo Turián:

– No vos penséis partir assí de mí, que primero me daréis a Floreta sin ninguna enemistad.

Y dixo Tibán:

– Cavallero noble, védesla do está en aquella torre con todo su honor, que bien ha visto todo quanto havéis hecho, que mal andante sea yo, si de mí ni de otra persona alguna ha rescebido des-honor ninguno.

Y dixo Turián:

– Pues ¿qué es la causa por que la fuistes a tomar de la iglesia donde la sacastes?

Y dixo Tibán:

– Yo tengo bien cien dueñas allí do ella está, mugeres de cavalleros con quien me combatí y los vencí, y allí estarán hasta que sus maridos las rescaten cada una de ellas por gran precio de oro; y assí pensé de hazer a la vuestra, y en sus honores ellas son tan guardadas como si fuessen hermanas proprias mías.

Y quando Turián esto oyó, fue muy maravillado de cómo le duró tan poco en la batalla. Y dixo Tibán a Turián:

– Quiérovos contar mi hazienda, a la qual he menester vuestra ayuda; yo vos pido por merced que a vos plega de me ayudar a cumplir esta demanda. Devéis saber que yo amo tanto a una donzella que me es forçado de tomar muerte por ella si no la he, que ha gran tiempo que la demando y no me la quieren dar; y ella ha quatro hermanos, tan buenos cavalleros que en gran partida no ay su par. Y ella me imbió a dezir que no casaría conmigo si no tomasse un cavallero, e yo y mis her-

manos, y todos quatro lidiássemos con sus hermanos, y si los venciésemos, que casaría conmigo; y esto me dixo por me partir de sí, que ella entiende que no ay en el mundo quatro cavalleros que vencerlos puedan; y por esso tengo aquí detenidas las dueñas, por que vengan los buenos cavalleros a se combatir conmigo, para escoger entre ellos alguno que fuesse muy bueno para me ayudar a esta batalla que os he dicho, que no tengo ya más plazo de nueve días; y ahora soy puesto en las vuestras manos, hazed de mí lo que os plazerá.

Respondió Turián:

– Vos havéis hablado como buen cavallero; yo quiero ahora, si os pluguiere, ir con vos a esa batalla.

Dixo Tibán:

– Señor Turián, ahora me otorgo por vuestro vasallo, que bien soy cierto que si vos fuéredes aí, que veré acabado mi desseo.

Entonces le quiso besar la mano. Y Turián descavalgó y fuelo abraçar, y allí se otorgó Tibán por suyo, y díxole:

– Señor, vos seréis aquí muy vicioso, y harán todo vuestro mandamiento.

Y dixo Turián:

– Amigo mío, yo vos ruego que me deis los cavalleros y dueñas que aquí tenéis, y váyanse libres a sus tierras.

Y dixo Tibán:

– Señor, plázeme muy de grado, y todos os deven besar las manos, que Dios les haze mucha merced, que por vuestra causa ellos son sueltos.

Y dixo Tibán:

– Señor, ahora vos desarmad y comeréis.

Y Turián dixo que lo llevase do estava Floreta, y fueron ambos a dos, assí armados como estaban, para do ella estava, y subieron suso a la cámara, y entraron en una torre do Floreta estava; y ella, como lo vio, fuese los braços abiertos para él, llorando de alegría, y dexolos allí Tibán, y desarmose Turián y holgó con Floreta. Después començaron a departir y entre tanto guisáronles de comer, y quando Turián salió de la cámara, estaban aí los cavalleros atendiendo licencia de Turián para se ir; y él los despidió, y fuéronse en buen hora, y todos le querían besar las manos y no quería Turián, y assí se fueron rogando a Dios por su vida; y Turián y Floreta se quedaron en aquella villa de Tibán, que era muy noble y muy viciosa de todas cosas. Y Tibán y sus hermanos eran muy nobles cavalleros, y pugnaron quanto pudieron por hazer plazer a Turián y a Floreta, y assí estuvo allí muy vicioso hasta que llegó el plazo en que Tibán havia de hazer la batalla con los cavalleros hermanos de la donzella. La qual se llamava Diomana.

CAP. XLIII. – De cómo Tibán y sus hermanos, con ayuda de Turián, hizieron una noble batalla en que conquistaron una donzella, hija del conde don Quirán, para muger de don Tibán.

Venido el plazo que esperavan, dixéronlo a Turián, y dixo:

– Pues, ¡vamos en el nombre de Dios!

Y dexaron allí a Floreta, acompañada de muchas dueñas y donzellas y otras gentes que guardavan la puente, e ya llamavan a Turián conde de aquella tierra, porque la havia ganado por su lança.

E assí partieron para la batalla muy bien aparejados. E ivan todos quatro departiendo, y dixo Turián a Tibán:

– ¿Qué dueña es esta que vos tanto amáis?

Y Tibán le respondió:

– Señor, vuestra merced sabrá que esta donzella es hija del conde don Quirán, que fue un gran hombre y señor de gran tierra, y él es finado, y quedó esta donzella niña en poder de sus hermanos; y el conde su padre amava más que a ninguno de ellos, y dexole mejoría en todos sus bienes por que casasse con hombre que la ensalçasse; y estos sus hermanos no quieren que case por no salir de los bienes que los poseen ellos; yo bien sé que esta donzella me ama en su corazón, y si yo casasse con ella seríame gran ensalçamiento, y por ende, señor, para esto demando vuestra ayuda.

Y desque Turián oyó todas las cosas que Tibán había dicho, plúgole mucho por que por causa suya alcançasse Tibán aquel casamiento por do fuesse gran hombre. Y assí anduvieron su camino hasta que llegaron a un valle do había un campo llano, cerca de una fuente do se había de hazer la batalla, y estuvieron allí hasta el medio día, y comieron y reposaron los cavalleros, atendiendo a los otros que habían de venir a lidiar con ellos. Y desque huvieron comido, vieron assomar por el valle los quatro cavalleros, hermanos de la donzella Diomana con quien habían de lidiar, y vídolos venir Turián, y dixo:

– ¿Son aquellos los cavalleros que atendemos?

Y dixo Tibán, quando los vio venir:

– Señor, estos son.

Entonces cavalgaron prestamente en sus cavallos, y saliéronlos a recibir sin los dexar reposar; assí, quando vieron que era hora de ir a herir, dieron de las espuelas a sus cavallos, y abaxaron las lanças y fuéronse a herir muy bravamente, que era gran espanto de ver tan brava pelea a tan pocos cavalleros. E quando vino hora de nona, los cavalleros todos de la una parte y de la otra habían venido a tierra, sino Turián.

Y allí se apartaron dos hermanos de Diomana a pelear con Turián, que les hazía mucho mal; y desque lo vio Tibán, fuese para aquellos dos cavalleros que peleavan con Turián, y comenzó de ayudar. Y Turián encontró a uno en el yelmo, que le hizo desatinar y perder la vista de los ojos, y cayó en tierra, y fuese para el otro y quebrantó la lança en él, y luego sacó el espada y fuese para él, y dióle muchos golpes en manera que ya no se podía defender, y dixo:

– Señor cavallero, plégavos de me otorgar la vida, y el honor del campo recibidlo vosotros, que mis hermanos y yo haremos lo que a vosotros plazerá e ir queremos por la donzella, como lo havemos puesto con vosotros. E desde aquí adelante no lo agradezcáis, que no la lleváis por nuestro grado.

Y dixo Tibán:

– Ella venga acá si quisiéredes, siquiera os pesa, siquiera os plega, que a Dios y a mi señor Turián lo agradezco, y vosotros ayades ende mal grado, que siempre pugnastes en partir el mi amor y de la donzella Diomana vuestra hermana. E idvos ahora y fazedla venir, y vaya el uno de vosotros para la traer, y queden aquí los otros tres cavalleros.

Y dixo Turián:

– Amigos, ruégovos que sea hecho assí: que vaya uno de vosotros y por la mañana traya la dueña, y no tardéis, ca no parecemos aquí bien; ca plazerá a Dios nuestro señor, que los ayuntará con tal amor que se amen de puro corazón; ca merecedor es Tibán de casar con otra mayor dueña que vuestra hermana, y no embargante esta batalla que havemos hecho, podrá venir tiempo que en lo que a vosotros cumpla nos havréis menester, y hallarnos hedes muy prestos, y no nos queráis mal

por lo que a vosotros es acaescido, que assí podría ser de nosotros. Ca, como quiera que vuestra hermana sea grande, no es menos el cavallero que la lleva, ca ella es señora de toda esta tierra.

Y desde que Turián ovo dicho estas palabras, agradesciéronselo mucho los cavalleros, yuviéronselo en mucha merced; y desde que allí se amaron mucho de puro y verdadero coraçón, como hermanos, dexando olvidar todas las reqüestas que entre ellos havían passado. Y assí partió el uno de los cavalleros por su hermana Diomana. Y en llegando a la villa donde estava, díxole:

– Señora hermana, adereçad y vamos de aquí, que no cumple aquí estar.

Y quando Diomana vio a su hermano entrar muy triste y con gran priessa, fue muy espantada, y díxole:

– Señor hermano, ¿cómo venís assí?

El cavallero le respondió:

– Hermana, sabed que lidiamos en campo con aquellos cavalleros, y llevaron el honor ellos por nuestra ventura, y fuimos nosotros los vencidos. Por ende vamos de aquí, que ya sabéis cómo fue la postura, y no tardemos, si no creo que no hallaremos a nuestros hermanos bivos, que quedavan en rehenes por vos.

E quando Diomana oyó assí dezir a su hermano que havían sido vencidos, fue mucha maravillada, y comenzó a llorar, que bien pensava ella que no havia otros tales cavalleros como sus hermanos, según las batallas que les havia visto hazer, en las quales nunca havían sido vencidos. Y con lágrimas de sus ojos, mandó ensillar tres palafrenes, y tomó consigo dos donzellas, e yendo por el camino, Diomana rogó a su hermano que le dixesse la manera de la batalla y cómo le havia acaescido, y cómo fueran assí vencidos de cavalleros de tan poca manera. Y su hermano se lo contó cómo fueran vencidos por un cavallero muy fuerte de cuerpo y muy valiente en armas que con ellos havia venido, el qual se llamava Turián, y que decían que era hijo del rey Canamor, el qual hazía fieros y terribles golpes de la espada, y muy mortales encuentros de la lança, tanto que no le podían sufrir. Y desde que Diomana oyó a su hermano estas palabras, fue maravillada y codiciava ser llevada al campo por ver este cavallero, y dixo a su hermano:

– Yo me terné toda mi vida por dueña mal casada con este cavallero, ni jamás le amaré en el coraçón, ni haré vida con él sino como con enemigo.

Y luego comenzó a llorar, y dezía:

– Este casamiento es forçado y no de voluntad.

Y su hermano y las donzellas la ivan conortando con dulces y amorosas palabras.

Y dixo Diomana:

– Señor hermano, si esse cavallero no se acertara en essa batalla, creo que nunca se hiziera este casamiento.

Y quando huvieron de llegar a los cavalleros que les estavan atendiendo, saliéronlos a recibir una gran pieça. Y Turián la abraçó primero, y después su marido que havia de ser.

CAP. XLIV. – De cómo Turián y Tibán y los hermanos se partieron con la donzella, encomendando sus hermanos a Dios, y llegaron a casa de Tibán, y fueron las bodas solemnemente hechas, y de mano de Turián la rescibió Tibán por muger.

Assí adereçaron su camino en el nombre de Dios con su donzella para la villa de Tibán, do era señor y sus hermanos, que era una noble villa, y estava a quatro leguas de aquella parte do fue la batalla; y los otros cavalleros ivan delante con las otras donzellas. Y Turián y Diomana ivan detrás,

contándole de la vida que en uno habían de hazer ella y Tibán, y de la manera que con él había de tener, y del vicio que en aquella villa había de haver, y que dexasse olvidar todas las cosas passadas, y poner todo su corazón y verdadero amor con él, que era virtuoso cavallero y poderoso señor, y cómo había de ser señora de muchos bienes. Y que, placiendo a Dios, sería tan bien casada con él, que no le pesaría por la fuerza que le era hecha; y Diomana ívaselo mirando cómo era cavallero noble y virtuoso en sus palabras, y valiente en sus hechos, [y] estava mucho enamorada de él. E desde que le oyó dezir muchas y dulçes palabras, díxole:

– Señor, yo he oído muy bien todas vuestras palabras, las quales tengo que me son dichas en grado de padre y de señor generoso, y del linaje de do venís; yo otorgo aquí ante vuestra merced de las cumplir a todo vuestro plazer, y de las guardar en mi ánima toda mi vida por exemplo y castigo. Pero, señor, si vos en la batalla no fuéades, nunca mis hermanos fueran vencidos de aquellos cavalleros de tan poca manera, que bien sonadas son por toda la tierra las cavallerías suyas y las de mis hermanos, que nunca hasta el día de oy fueron vencidos en ninguna batalla sino en ésta; en la qual, señor, vos fuistes comienzo y fin de su vencimiento; por esto me terné por dueña menoscabada, que por quanto Tibán ha no quisiera la mengua que a mis hermanos viene de aquí por vuestra causa.

Y esto dicho, dixo Turián:

– Señora, yo vos ruego que dexéis olvidar lo passado, ca creed que nunca por aquí vuestros hermanos son menoscabados cavalleros, ca ellos son valientes y poderosos en sus personas, tanto que bien puedo dezir y jurar que nunca me vi con cavalleros que tanto me traxessen al punto de la muerte, ca bien siento en mi cuerpo que ha recebido de ellos assaz golpes.

Y acabadas estas palabras, entraron por la puerta de la villa, y con mucha alegría los salieron a recibir, y subiéronla a la torre donde estava Floreta, y saludáronse ambas a dos amigablemente, y assentáronse en un rico estrado, y hablava cada una de sus hechos, y en tanto guisaron de comer, y lleváronselo; y después que huvieron comido, dixo Tibán a Turián:

– Señor, soy puesto en vuestras manos; plégaos que yo querría adereçar de me casar; ruégovos ante que partáis que vos me deis esta muger y por vos la cobre. Entonces tomó Turián a Floreta, y díxole cómo había ordenado de casar a Tibán antes que partiessen. Y fueron ambos a dos los padrinos, y vinieron a las bodas muchos parientes de Tibán, e hizieron muchas alegrías, y duraron ocho días las bodas.

CAP. XLV. – Cómo el infante Turián se partió de Tibán él y Floreta, y le vinieron nuevas de la muerte de su padre, y de los hijos que ovo, y cómo los dexó por herederos.

Turián entonces los dexó en amor y fuese para su casa con su muger a la Torre de los justadores, que allí era su casa assentada, y tenía gran desseo de ver al duque don Marrón, y que su padre habría gran desseo de lo ver, y la reina Leonela y el rey Ados no menos, que había cerca de un año que andava en estas aventuras. Y a cabo de quinze días que había llegado a la Torre de los justadores, viniéronle nuevas que el rey Canamor su padre era fallecido, y fue allá con su muger, y llevaba consigo muchos cavalleros, que ya tenía casa real y llamábase conde de Grasia, que él la había ganado por su lança. Y quando llegaron a la ciudad de Sesena, las gentes huvieron muy gran plazer y consolación por su venida, y recibieronlo luego por rey y por señor, y huvieron con él muy gran plazer, ca era muy virtuoso y amigable a todos; y quando fue rey mandó llamar todos los cavalleros y grandes hombres de su reino a cortes a la ciudad de Tersia. Y, ayuntados, díxoles muchas cosas

de verdadero amor, y dioles muchas dádivas y grandes riquezas, y leyes nuevas en que viniessen. Hizo obsequias por el buen rey Canamor su padre, y mandó hazer llanto y quebrar escudos por él, y que no traxessen luto por quanto tenían nuevo rey; y después de esto quiso ver el regimiento de cada ciudad de su reino, y oía querellas y cumplía de justicia a aquellos que lo havían menester. Y demandó cuenta de los thesoros que su padre havia dexado, y halló assaz con que guerreó los canarios y los turcos; y en la gran Bretaña muchas islas que ganó de moros, y venció muchas batallas campales y de indianos y de todas las otras naciones, y todos le havían miedo. Y hubo en la reina Floreta dos hijos muy hermosos y desembultos en armas, como su padre, a los quales llamavan: al mayor Canamor como a su abuelo, y al otro Turián como a su padre. El infante Canamor, hijo de Turián, hubo el reino del rey Ados su abuelo, padre de Floreta, que se lo dio en su vida. E hizo entonces maravillosas cosas el moço en los africanos y en los meredianos, y ensanchó su reino. El otro fue duque de Pontis y conde de Grasia, y fue muy buen cavallero a maravilla; y el rey Turián y la reina Floreta vivieron casados veinte y cinco años, y hazían mucho bien a quien lo havia menester. Y murió el rey siete años antes que la reina Floreta su muger, y después finó ella, y quedaron los infantes ambos a dos reyes muy poderosos y ricos y valientes en armas, y muy dadivosos.

A DIOS GRACIAS

